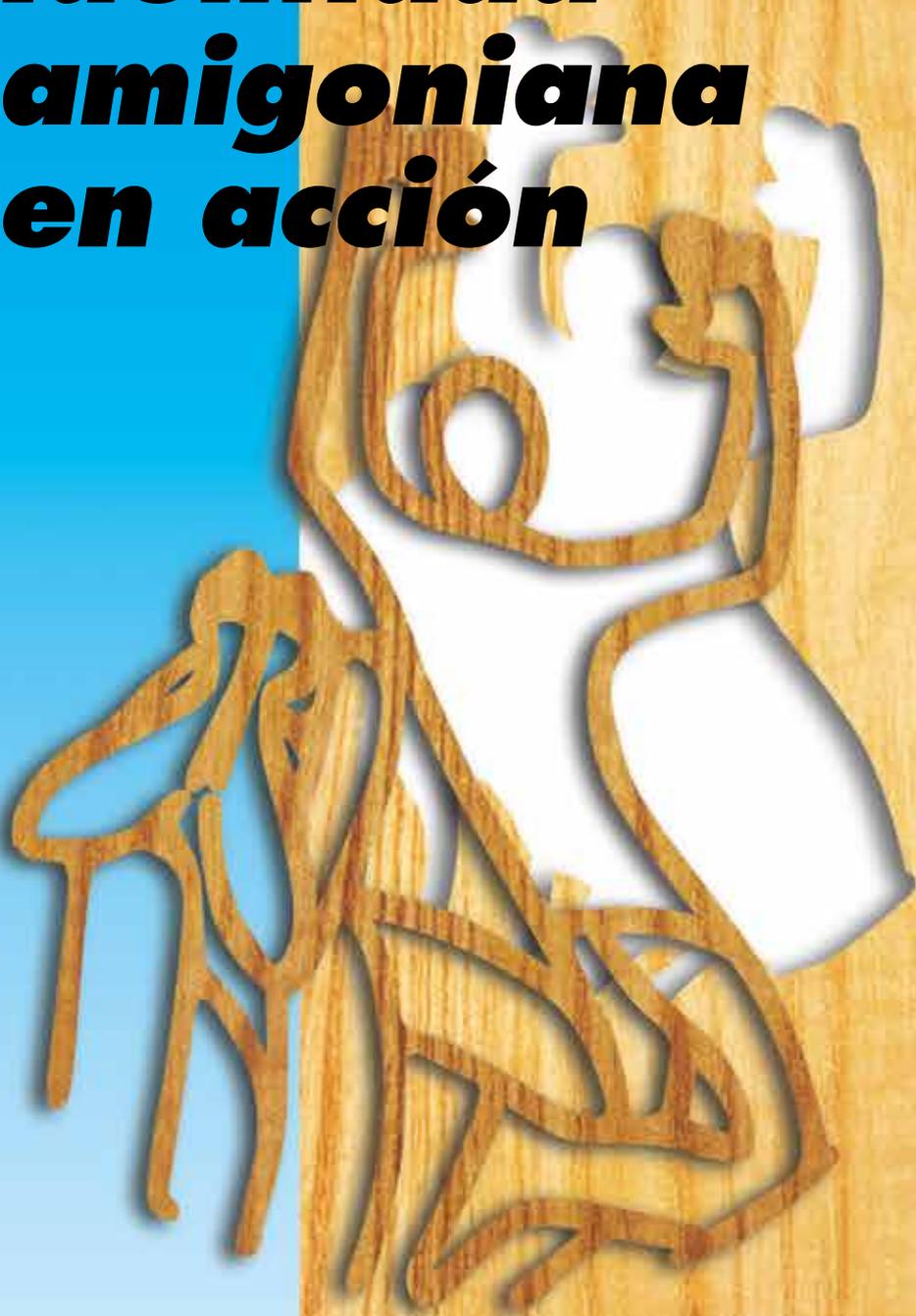


Identidad amigoniana en acción



JUAN ANTONIO VIVES AGUILLELLA

JUAN ANTONIO VIVES AGUILELLA, T.C.

IDENTIDAD AMIGONIANA EN ACCIÓN
Fundación Universitaria Luis Amigó

2.^a edición

Valencia, 2001

Dedicatoria

*A mi hermano Ricardo
y a su esposa Conchín,
cuya casa ha sido para mí,
desde la temprana muerte de mis padres,
un verdadero hogar paterno.*

Con cariño.

© Fundación Universitaria Luis Amigó. Medellín. Colombia.

Portada: Logotipo Proyecto Amigó de Castellón

Impresión y fotocomposición: Martín Impresores, S.L.

Pintor Jover, 1 - 46013 Valencia

Depósito Legal: V-1354-2001

PRESENTACIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN

*Con la fluidez, la claridad y síntesis que le caracteriza, el P. Juan Antonio Vives pone a la consideración de los lectores los densos y asequibles contenidos del presente libro: **Identidad Amigoniana en Acción**.*

*La primera edición fue hecha en Medellín (Colombia), por y para la Fundación Universitaria Luis Amigó, donde es libro de texto en sus aulas. Habiéndolo considerado una riqueza a compartir, y con los debidos permisos del autor y de la antedicha Universidad, ponemos esta segunda edición (primera en España) en manos de nuestros Educadores Amigonianos y de cuantos, a través de sus páginas, quieran asomarse al espíritu que guió a nuestros mayores, durante más de cien años, y sigue alimentando todavía hoy a la **pedagogía amigoniana**.*

*En la primera parte vemos a **Luis Amigó**, el apóstol de la juventud extraviada, en sus facetas de **humanista y pedagogo**, como inspirador y padre de una nueva pedagogía reeducativa. En el segundo apartado, se nos presenta el **soporte antropológico y pedagógico de la amigonianidad**. Sigue en la parte tercera un estudio sobre el **sentimiento pedagógico amigoniano**, como vida y espíritu propio. Finalizando el libro en una armónica síntesis entre **espiritualidad y pedagogía**.*

Al concluir esta reflexiva lectura podremos conocer, en lo fundamental, la auténtica identidad de la pedagogía amigoniana. Con un bagaje de múltiples inquietudes y orientaciones, a tener en cuenta, para su adecuada aplicación en el hoy de nuestras familias, escuelas, y los más diversos centros educativos, necesitados de educadores con actitudes apropiadas para relacionarse especialmente con el joven en desamparo o conflicto social.

Con el presente libro, disponemos, pues, de un instrumento importante para conseguir poco a poco el mismo ser, talante y estilo característico del educador amigoniano.

Nuestros Hermanos Mártires junto con los Autores de Textos Pedagógicos Amigonianos, y cuantos nos precedieron en el tiempo como educadores amigonianos, presididos todos ellos por Luis Amigó, nos hagan partícipes de su espíritu aquí presente.

Nuestra Madre de los Dolores, modelo y protectora de los amigonianos, nos alcance, de su Divino Hijo, la generosidad y la misericordia, la fortaleza y la ternura que requiere nuestra misión educativa.

Siempre zagales de Jesucristo Buen Pastor y Señor.

*Fr. José Oltra, tc
Superior Provincial
Madrid 26 de febrero de 2001*

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN

Alguien dijo, que para llegar a realizar algo, primero debe ser soñado. Pues bien, hoy tenemos en nuestras manos, un viejo sueño acariciado. Sueño, que sin los conocimientos, el afecto, el sentido de pertenencia congregacional, la agilidad de la pluma y la disponibilidad permanente para cruzar fronteras, del Padre Juan Antonio Vives Aguilera, se nos habría quedado en sueño acariciado y no en la bella realidad, que ahora es nuestra, para alimentar nuestro ser, y para hacer posible el “talante amigoniano”, desde unas bases conceptuales.

En este hermoso trabajo, construido desde la simbiosis: fe—razón, sentimiento—conocimiento, saber—hacer, se da cuenta de una identidad, que hemos dado en llamar amigoniana, por nuestro Venerable Fundador Luis Amigó, pero que quiere trascender el concepto, y por eso lo de “en acción”, para dar razón de una manera de ser en el mundo.

El padre Juan Antonio afirmará en su texto que “lo más característico de la maduración amigoniana en el amor es el particular acento que ha puesto la tradición amigoniana en el desarrollo de la dimensión misericordiosa del amor.”

Para una joven universidad, que se la ha querido jugar toda, en constituirse en un baluarte de la formación humana, porque tiene la certeza, que es ahí donde radica el origen de tantas perturbaciones actuales en nuestra sociedad, el desarrollo conceptual y carismático que en este texto encontraremos, será respuesta para el compromiso universitario de acompañar hombres y mujeres en sus procesos de SER, para que, como competentes profesionales, puedan, en los contextos personales, familiares y sociales en donde se desempeñen,

hacer de su vida, una prueba más de que el mundo en donde estamos, sí tiene soluciones, sí tiene posibilidades, sí existe la esperanza.

Y al padre Vives, hemos de decirle, que nuestro agradecimiento será compromiso para hacer del bello texto que nos entrega, una opción de vida, en donde la dimensión misericordiosa del amor, sea el signo visible y característica de nuestra madurez amigoniana.

*Fr. Marino Martínez P., tc
Medellín 15 de junio de 2000*

PRÓLOGO

La presente obra viene a ser como la culminación de un largo y querido proyecto favorecido y sustentado particularmente por el rector de la Fundación Universitaria Luis Amigó, el padre Marino Martínez Pérez.

Todo comenzó en noviembre de 1996, frente al fogón de la cocina de la Curia General de los Terciarios Capuchinos en Roma.

Yo, para entonces –tras doce años de estancia ininterrumpida en la Urbe– ya no residía en ella, pero me encontraba allí realizando distintos trabajos de investigación y archivo. Y aquel domingo –porque era ciertamente domingo cuando todo comenzó– me encontraba cocinando para los de la casa una sabrosa *paella*, plato típico de mi tierra valenciana.

El rector de la FUNLAM –de paso también por la ciudad– me propuso traducir para los seglares mi tesis doctoral *Testigos del Amor de Cristo*, a fin de que pudiese servir de texto base para una cátedra sobre *Identidad Amigoniana*, cuya creación era para él un sueño tiernamente acariciado.

Atraído por la idea y sugestionado por el proyecto que también a mí me seducía, le prometí verlo y analizarlo con más detenimiento y sobre el terreno.

En enero de 1997 –de camino hacia mi nueva residencia en Chile–, me detuve unos días en Medellín y dicté para los distintos estamentos de la FUNLAM cinco conferencias sobre temas amigonianos. La acogida que se me dispensó, pero particularmente el cariño con que percibí que era recibido el mensaje, me animó a implicarme de forma más directa en lo que ya entonces empezaba a llamarse oficialmente *Identidad Amigoniana*.

Al año siguiente –en 1998 y desde Costa Rica donde había pasado a residir– tuve en Medellín un nuevo ciclo de conferencias. El proyecto de Identidad Amigoniana era ya para entonces una feliz realidad en la FUNLAM y se apreciaba con claridad cómo día tras día iba adquiriendo de alguna manera fisonomía de cátedra dentro del saber de la Fundación Universitaria.

No obstante, se continuaba echando en falta la existencia de un texto que –creando unidad de pensamiento en torno al amplio panorama que abarca la amigonianidad– pudiese contribuir a un estudio más sistemático de la misma.

Así las cosas, en noviembre de 1999, durante otra visita realizada –esta vez desde España– a la sede de la FUNLAM en Medellín, consideré que era llegado el momento de emprender con decisión la realización de un sueño –ya un tanto añejo– y de dar cuerpo a un libro que recogiese, de alguna manera, lo más nuclear del sentimiento pedagógico amigoniano.

Decidí, pues, emprender su redacción durante los meses de mayo y junio del año 2000. Para entonces había visto también con claridad que no podría tratarse de una simple traducción de mi obra, antes citada, *Testigos del Amor de Cristo*.

Me propuse, por consiguiente, un reto mucho más exigente: hacer una obra completamente nueva, aunque, eso sí, recogiendo en ella, de forma sistemática, las distintas reflexiones y conclusiones sobre temas amigonianos, que había venido profundizando desde hacía ya varios años.

Y nació así *Identidad Amigoniana en acción*. Una obra con una estructura muy simple que gira en torno a los cuatro ejes que configuran sus distintas partes.

El primer eje, centrado, como es natural, en la persona del padre Luis Amigó, como iniciador que fue de la amigonianidad.

El segundo, dedicado con exclusividad a las grandes líneas de pensamiento y vida que cruzan transversal y horizontalmente la pedagogía amigoniana y constituyen como su soporte metafísico y antropológico, ético y estético.

El tercero –el más vital y, si se quiere, candoroso–, destinado a transmitir, más con el corazón que con la mente, lo más castizo y «sagrado» de la amigonianidad, su *sentimiento pedagógico* hecho vida y paradigma, a través de más de cien años, en la persona de los educadores amigonianos.

Y, finalmente, el cuarto, pensado para aquéllos que, después de haber percibido, a través de los otros tres, la riqueza de la vida amigoniana y de su saber pedagógico, quieran saborear, desde la inspiración espiritual, sus más profundas raíces.

PARTE I

LUIS AMIGÓ
HUMANISTA Y
PEDAGOGO

Capítulo I.

Breve recorrido por su vida.

Capítulo II.

Su concepción del hombre y de la educación.

Capítulo III.

Raíces franciscanas de su antropología y pedagogía.

No podía faltar en esta obra, orientada a presentar de forma sistemática la *identidad amigoniana* y su actuación, una primera parte dedicada a conocer –aunque sólo sea de modo elemental y, principalmente, desde una perspectiva pedagógica– a quien fue su iniciador y a quien debe, dicha *identidad*, su nombre de *amigoniana*.

BREVE RECORRIDO POR SU VIDA

El ambiente familiar

Luis Amigó y Ferrer nació el 17 de octubre de 1854 en Masamagrell (Valencia – España), donde su padre trabajaba como secretario del ayuntamiento.

En realidad, su nombre de pila fue *José María*, pero, al hacerse fraile años después, cambió –como era costumbre entonces– su filiación y se llamó ya en adelante *Luis*.

Su familia –como la mayoría de las familias de la clase media española de mitad del siglo XIX– fue una familia de corte tradicional y patriarcal que se regía por los dictámenes de la religión católica.

El ambiente que se vivió en su hogar fue primordialmente cálido y positivo, gracias, sobre todo, a la amorosa y tierna actuación de sus buenos padres¹. Pero no faltaron en él motivos de sufrimiento y de penalidad, originados fundamentalmente por desafortunadas operaciones económicas que acabaron con el buen nivel patrimonial de que gozó en un principio la familia y que la sumieron en un estado de cierta necesidad. El mismo Luis Amigó nos refleja este clima de sufrimiento y de penalidad cuando nos pinta este revelador retrato de su madre, en el que ella aparece claramente como una verdadera *madre dolorosa*:

- De mi madre puedo decir –escribe él– que no he conocido señora más sufrida; y tan prudente, que jamás se conocían por su semblante los disgustos o penas que la atormentaban, pues decía que ninguna culpa tenían los de fuera de nuestras tribulaciones².

1 Cf. AMIGÓ, L. OC, 4-7

2 AMIGÓ, L. OC. 6.

Ese clima de sufrimiento que se dejó sentir en el seno de su familia se vio acrecentado después con las violentas revueltas que sacudieron a España en el año 1869 y cuyos efectos se vivieron con particular intensidad en Valencia; con la temprana muerte de su padre, con cuarenta y ocho años, y de su madre, con cuarenta y seis, y con el desamparo en que dejó a Luis Amigó y a sus hermanos el resto de la familia, al no brindarles el necesario apoyo³³.

No obstante, dicho clima de sufrimiento y dolor —que no raramente convierte a quienes lo sufren en personas resentidas y encerradas en sí mismas— contribuyó, en el caso de Luis Amigó, a hacer de él —como a continuación se verá— una persona profundamente sensible para con las necesidades de los demás y, de modo especial, con las necesidades de los más pequeños y desamparados de la sociedad.

Tempranas muestras de sensibilidad social

Siendo todavía casi un niño, Luis Amigó —o José María como aún entonces se llamaba— comenzó a dar tempranas muestras de esa sensibilidad para percibir y atender los problemas de los demás, que iba creciendo dentro de él en medio de las alegrías y tristezas que rodeaban su vida familiar.

Acompañado de otros amigos —adolescentes también como él— empezó a dedicar parte de su tiempo libre y de ocio a los marginados de su entorno⁴⁴.

Iba por los hospitales para compartir con los enfermos su salud y alegría, al tiempo que les atendía en las necesidades que le era posible. Frecuentaba las barracas, alquerías y demás casas aisladas de la huerta valenciana para participar a sus habitantes —y en particular a los niños y jóvenes— su saber y su sentir. Y, sobre todo, se acercaba a las cárceles para consolar e instruir a los allí recluidos, haciéndoles de alguna manera el regalo de su propia libertad. Cuentan —respecto a esto último— que le gustaba entretenerse sobre todo con los condenados a

3 Cf. AMIGÓ, L. OC, 11-16

4 Cf. AMIGÓ, L. OC, 9

cadena perpetua y que desarrolló incluso una propia metodología para irse ganando poco a poco la confianza de aquellas personas e irles cautivando progresivamente el corazón.

Un fraile y sacerdote cercano a los hombres

Cuando contaba diecinueve años de edad, nuestro protagonista tomó la decisión de hacerse fraile capuchino. Era exactamente el día 12 de abril de 1874 cuando vistió en Bayona (Francia) el hábito y pasó a ser conocido como *fray Luis de Masamagrell*. Unos años después –residiendo ya en Montehano (Cantabria – España)– fue ordenado sacerdote, con tan sólo veinticuatro años, el 29 de marzo de 1879.

El nuevo “status”, sin embargo, no menguó en él su capacidad de sintonía con los problemas y necesidades de los demás, ni su ansia y afán por atenderlas.

Francisco de Asís, el poeta de la creación y el cantor de la fraternidad universal; Francisco de Asís, el hombre que encontró a Dios al besar al leproso y que quiso que sus frailes fueran “peregrinos” entre los hombres, compartiendo con ellos los gozos y las angustias del diario batallar por la vida, le fascinó y le ayudó a vivir su vocación de fraile desde la cercanía y el compromiso con la gente.

Y esa misma cercanía la siguió manteniendo y madurando posteriormente como sacerdote. También entonces, fue Francisco de Asís el que le ayudó a entender y seguir con radicalidad el mensaje del evangelio y a darse cuenta de que el sacerdocio, cristianamente entendido, es una vocación de servicio.

En la radicalidad del evangelio, el sacerdocio tiene el sentido de ser una *consagración al amor*. Hacerse sacerdote significa “*ser tomado de entre los hombres, con las fortalezas y debilidades de todo ser humano, para ser constituido servidor a favor de los hermanos*” Ser sacerdote significa, pues, en la profundidad y veracidad del mensaje cristiano, *ser servidor de los demás cristianos*, e implica *vivir para los demás y desvivirse por sus problemas, y ser libre en el amor para amar más libre y universalmente a todos*.

Y Luis Amigó, sin ser perfecto, vivió desde el primer momento su sacerdocio como un verdadero servicio a los demás y, particularmente, a los jóvenes y al mundo de la marginación.

Con el fin de colaborar activamente a la educación integral de los jóvenes de los pueblos cercanos a su convento, fundó para ellos distintos movimientos de carácter juvenil en los que se armonizaba lo cultural, con lo religioso y recreativo. Y un día, mientras se encontraba reunido con uno de esos grupos juveniles, sucedió un hecho que tendría en su vida un hondo significado. La noche anterior, alguien había dejado abandonado en la puerta del convento un recién nacido, y tanto el cura como el alcalde y demás vecinos quisieron que fuese, el bautizo de este niño, el primero que celebrase el nuevo sacerdote. Y el hecho de bautizar a aquel niño le sensibilizó todavía más, de cara al futuro, con todo lo que tuviese que ver con el mundo de los niños marginados y desamparados⁵.

Otro de los ministerios a que se dedicó con entusiasmo, recién ordenado sacerdote, fue la visita y asistencia de los encarcelados del vecino penal del Dueso, en Santoña. El impacto que recibió la primera vez que entró en él fue muy fuerte. Reinaba allí una gran frialdad y el ambiente era verdaderamente arisco. La violencia que allí se daba, hacía que el sacerdote que había estado antes que él tuviese que decir la misa protegido detrás de unos barrotes.

Luis Amigó, sin embargo, con la pedagogía propia de Francisco de Asís –entretejida de acogida cariñosa, de trato afable y llano, y de una gran comprensión y misericordia– se fue ganando el corazón de los presos y pudo realizar con ellos una verdadera acción de promoción integral. Pasado el tiempo, hasta el ambiente mismo del penal cambió de forma radical y era ya un placer para él y para los que con él trabajaban acercarse allí.

Pero entonces, algo empezó a rondarle por la cabeza y a menudo se preguntaba con insistencia creciente si aquello que allí se había hecho no se podría realizar de alguna manera en otros penales, multiplicando así su efecto bienhechor. Y, a partir de entonces fue madurando la idea de fundar una congregación religiosa que en un principio pensó que se encargase del cuidado de los encarcelados adultos, y que después, llegado el momento, acabó dedicando –como veremos– a la educación de niños y jóvenes en conflicto con la ley.

5 Cf. AMIGÓ, L. OC, 50-51

Las fundaciones, respuesta a necesidades del entorno

En agosto de 1881 – tras casi ocho años de ausencia de su familia y de su tierra natal–, Luis Amigó regresó a Valencia y fue destinado a un convento que los capuchinos tienen precisamente en Masamagrell, el pueblo que le había visto nacer.

Allí se le encargó reorganizar la *Tercera Orden Franciscana Seglar* en los pueblos de la comarca.

Dicha Tercera Orden es un movimiento de seglares –de cristianos laicos– que se comprometen a vivir el espíritu franciscano en medio de sus quehaceres familiares y sociales. Uno de sus distintivos ha sido – desde siempre– el de colaborar activamente en la ayuda y promoción cultural y social de las clases más necesitadas.

Con la energía y el entusiasmo propio de sus veintisiete años, Luis Amigó desplegó entonces una intensa actividad. En poco tiempo, eran más de cinco mil los terciarios franciscanos –hombres y mujeres– que él acompañaba en los distintos pueblos cercanos a su convento. Quienes lo conocieron por aquellos años nos lo retratan como un *hombre organizador que atraía a la gente como si fuese un imán*. Tenía, no obstante, un don especial para atraer a los jóvenes, quienes se sentían fácilmente impresionados por la simpatía y talante humano de aquel emprendedor fraile para el que no parecía existir la palabra *cansancio*.

Como era natural, las acciones sociales a que Luis Amigó fue orientando a aquellos seglares que se iban reuniendo en torno a él, fueron aquellas mismas acciones con las que él se sintió comprometido en su juventud y que eran, por otra parte, las que venían a aliviar las necesidades más perentorias del entorno. Así, a las mujeres, las comprometió con el cuidado de enfermos, atención a los pobres, y alfabetización de niños necesitados. A los hombres, por su parte, sin dejar de señalarles esos mismos campos de atención, los orientó también al trabajo de voluntariado dentro de las cárceles, que él tenía –como ya sabemos– muy cerca de su corazón desde sus años mozos. Y resultó que un grupo de los más comprometidos unió sus esfuerzos al propio Padre Luis y juntos se acercaban asiduamente a la cárcel de Valencia para consolar, atender y evangelizar a los presos

y se preocupaban además de colaborar a la reinserción social de los encarcelados cuando salían en libertad⁶.

Fruto de todo ese intenso trabajo que el padre Luis Amigó venía realizando con los seglares fue el nacimiento de las dos congregaciones religiosas que fundó. Él mismo nos cuenta cómo algunas de aquellas mujeres y algunos de aquellos hombres a quienes él venía acompañando en su itinerario de maduración personal y de compromiso social, le pidieron formar una nueva congregación con el fin de poderse *consagrar con mayor libertad y generosidad al propio crecimiento personal en el amor y al servicio de Dios en las personas más necesitadas*⁷.

Primero, con tan sólo 30 años de edad, fundó –el 11 de mayo de 1885– la *Congregación de Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia*, a las que indicó como principales campos de compromiso en su quehacer: la atención de enfermos, la enseñanza de niñas y jóvenes y, particularmente, el cuidado de los huérfanos.

Posteriormente –el 12 de abril de 1889–, cuando aún tenía 34 años, fundó la *Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores*, cuyos miembros, en honor de su fundador, son conocidos hoy en día, en todo el mundo, como los *amigionianos*. A éstos –tras haberles indicado en un principio distintos campos de actuación social– los orientó –en 1890, es decir tan sólo un año después de la fundación– a la labor de educar integralmente a los niños y jóvenes en conflicto. Y este mismo quehacer se lo confiaría también con el tiempo a sus *Terciarias Capuchinas*. De hecho, en una carta personal que remitió al papa Pío X en 1910, escribió así:

*- Persuadido íntimamente de la urgente y suma necesidad de volver al recto camino, mediante la cristiana educación, a los jóvenes imbuidos de falsas doctrinas y de malos ejemplos y alejados del camino de la verdad, fundé dos Institutos de la Tercera Orden de Capuchinos, uno masculino y otro femenino, a fin de que sus miembros, llenos de celo, reformasen en el aspecto natural y sobrenatural a los jóvenes desviados del camino del bien, renovándoles en Cristo con todos los medios*⁸.

6 Cf. *I Frati delle carceri*, en *Eco di San Francesco* 16 (1889) p. 398.

7 Cf. AMIGÓ, L. OC, 68 y 83.

8 AMIGÓ, L. OC, 1780.

Y años más tarde, ya en el atardecer de su vida, dejó a sus seguidores, utilizando el lenguaje alegórico de la parábola bíblica del Buen Pastor, el siguiente *testamento espiritual*:

- *Vosotros, zagales del Buen Pastor, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco. Y no temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida, ni os arredren los zarzales y emboscadas⁹.*

El obispo que no renunció a ser sencillo ni hermano

Durante el primer caminar de sus dos congregaciones, a Luis Amigó le tocó sufrir de lo lindo a causa de las fuertes tensiones que en ellas se vivieron y que son, por otra parte, naturales en toda obra que comienza y vive su proceso de identificación. Hacia finales del siglo pasado, sin embargo, aquellas tensiones habían desaparecido y Luis Amigó vivía tranquilo y miraba feliz el desarrollo de su obra. Y, en medio de esa tranquilidad y felicidad que respiraba su vida, recibió, en 1907 cuando contaba 52 años de edad, la noticia de que el Papa lo había nombrado *obispo*.

Definiciones de *obispo* hay muchas. Buenas, no tantas. Una de las más acertadas es, quizá, la de *sacerdote en plenitud*.

Si sacerdote significa *consagrado al amor*, al servicio de los hermanos y de la comunidad, obispo será, tendrá que ser, en consecuencia, el *primer servidor y testigo del amor en su iglesia*.

El amor es el único “mérito” para ascender en el “escalafón del reino de los cielos”.

Cuando Jesús examina a Pedro antes de nombrarle *el primero de los apóstoles*, sólo le examina del amor. *¿Me amas más que éstos?*, es decir, ¿te entregas, sirves, buscas los últimos sitios..., más que los demás?

¡Qué contrasentido! Resulta ser “el jefe”, el último de sus hermanos, el servidor; *el que supo hacerse el menor por amor*.

Luis Amigó entendió todo ese mensaje a cabalidad. Él que había vivido su sacerdocio siendo cercano a los hombres y, en particular, a los más necesitados, quiso vivir su episcopado como *entrega generosa, plena y total al amor*.

9 AMIGÓ, L. OC, 1831.

Su intención quedó recogida claramente en la leyenda que escogió para su escudo: *doy la vida por mis ovejas*.

Fue obispo, primero de Solsona (1907-1913) y, posteriormente, de Segorbe (1913-1934). En ambas diócesis su porción predilecta fueron los jóvenes, la gente sencilla y trabajadora y los marginados de la sociedad. Supo llegar a los más sencillos: *nunca pensé* –decía un labrador que lo conoció de cerca– *que un obispo estuviese tan al alcance de todos... , entendía mi lenguaje*. Acogió a los pobres con generosidad y siempre mantuvo abiertas para ellos las puertas de su casa, de su corazón y de su bolsillo. Sentó a su mesa a gente modesta y obreros ocupados temporalmente en alguna de sus obras. No desdeñó, incluso, ayudar manualmente a los trabajadores, llegada la ocasión, como aquella vez en que a un joven labrador se le volcó a tierra la carga que transportaba en un carro tirado por caballería y él, agarrando una de las palas, le ayudó como la cosa más natural del mundo a cargarla de nuevo. Sencillo y humilde, como buen fraile franciscano y capuchino, suscitó, pues, la admiración de cuantos le trataron, pequeños y grandes. Continuó ocupándose, *con entrañas de misericordia*, del mundo de la marginación. En cierta ocasión –cuentan– recibió en su casa episcopal a un hombre que, acusado por falso testimonio, era perseguido por la justicia y recurrió a él. Pocos días después, el hombre enfermó y dispuso lo necesario para su cuidado y él mismo lo visitaba y atendía frecuentemente. Así lo mantuvo escondido hasta que, aclaradas las cosas, pudo regresar, sano, libre y seguro junto a los suyos. Defendió repetidamente los valores evangélicos de la justicia social y avivó la conciencia de la gente sobre la importancia de la educación cristiana de la juventud y, en particular, de la desviada del camino de la verdad y del bien. Y compartió con todos, a través de sus escritos, la sabiduría vital que encerraba su *ser* y que tenía como verdadero centro y quicio *el amor*.

Vivió feliz y murió sonriendo

La vida de Luis Amigó se alargó en el tiempo más de lo que era normal en su época.

Cumplió, con plena lucidez y conciencia, a pesar de algunos achaques físicos menores, los 79 años de edad, para morir, a las puertas ya de los 80, el 1 de octubre de 1934.

Lo que más llamó la atención de quienes le trataron en sus últimos años fue la serenidad que respiraba su ser y que transmitía, como por ósmosis, a quienes se le acercaban.

Esa serenidad era, en realidad, la expresión más palpable de la armonía que, con el tiempo, llegó a alcanzar su personalidad, como resultado de una continuada y progresiva maduración humana por el amor.

Dicen que la felicidad es el regalo más propio del amor. Y en el caso de Luis Amigó, ello resulta ser una evidencia. Hombre de fuerte personalidad y temple en sus años más jóvenes, su carácter se fue suavizando de tal manera con el tiempo, que llegó a ser un prototipo de dulzura y finura en el trato.

Uno de sus mejores amigos nos dejó de él el retrato que cerrará esta presentación de su vida. En dicho retrato aparece bien a las claras cómo Luis Amigó –tal cual se decía en este último título de su pequeña biografía– *vivió feliz y murió sonriendo*:

- El fondo de su ser, la paz; su vestidura, la humildad. Fue su vida correr manso de un río, sin declives pronunciados ni desbordamientos que rebasan el cauce. A su paso florecieron las flores de toda virtud: la caridad, la pobreza, la humildad, la obediencia....

Poseyó, como pocos, el raro don de una vida inalterablemente serena, sin relieves, sin deslumbramientos, callada en la superficie pura de profundo cauce espiritual.

La bondad de su hermosa alma se le irradiaba en la sonrisa, que iluminaba su rostro; sonrisa que ni la muerte pudo borrar¹⁰.

10 LAUZURICA, Javier, *Presentación a la Autobiografía del padre Luis Amigó*, en Amigó, L. OC., p. 3.

SU CONCEPCIÓN DEL HOMBRE Y DE LA EDUCACIÓN

Como es natural, la ciencia pedagógica encuentra en el hombre su punto referencial, su alfa y omega.

Todo sistema pedagógico se sustenta, pues –y es muy importante tener esto presente–, en una determinada concepción antropológica. Sin ella, el discurrir y el quehacer pedagógicos caminaría sin horizontes, al no tener claro hacia donde se quiere acompañar a la persona concreta en la irreplicable aventura de su propia maduración y crecimiento como tal.

El ideal antropológico es básico, y es también necesario que toda metodología surja y se articule, después, desde la óptica de dicho ideal. Es necesario preguntarse, por ejemplo, en el inicio de todo itinerario pedagógico, qué tipo de sociedad se desea y qué tipo de persona se quiere propiciar.

Por ello, antes de proseguir con la presentación que se está haciendo, en esta primera parte, de la persona que inició y dio nombre a la *identidad* que sustenta a la *pedagogía amigoniana*, es imprescindible preguntarse cuál fue, en realidad, su concepción antropológica.

Y, al respecto, lo primero que se puede afirmar es que la antropología que se encuentra tras el pensamiento, el sentimiento vital y la actuación de Luis Amigó, es la antropología que sigue de modo fundamental toda la cultura cristiana, y que presenta siempre al hombre como un ser referencial y relacional que se realiza en la medida en que, superando la tendencia al autoencerramiento egoísta, es capaz de abrirse a los demás.

Siguiendo el pensamiento bíblico –verdadero sustento de todo el pensamiento cristiano– el hombre fue *creado a imagen y semejanza de un Dios, cuya verdadera identidad es el amor*. Dicho de otra manera el hombre fue creado para amar y encuentra su felicidad y su verdad en la medida en que aprende a amar.

El hombre que no crece en amor hace de su vida una gran mentira. La *verdad* de la vida está en el amor porque sólo en él encuentra pleno y gratificante sentido la vida humana. *La vida es –a decir de Unamuno– el gran criterio de la verdad. Toda creencia que lleve a obras de vida –prosigue el mismo Unamuno– es creencia de verdad y lo es de mentira la que lleva a obras de muerte... Cuando las matemáticas matan, son mentira las matemáticas...*¹¹ Queda también claro que para Cristo la verdad consiste, en definitiva, en encontrar el sentido gratificante y liberador de la propia identidad humana. La famosa frase: *conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*¹², pudiera traducirse muy bien por *conoceréis el amor, maduraréis en él y él os hará experimentar la libertad*. Y la dramática pregunta que hizo un día a sus seguidores: *¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?*¹³, es decir: ¿de qué le sirve a uno *tenerlo* todo, si no ha podido encontrar sentido a su propio *ser*?, sólo encuentra una respuesta válida desde el amor: *el que se busca a sí mismo, se pierde, se arruina, sólo el que es capaz de dar vida, encuentra sentido a la suya propia*¹⁴. Quien no es capaz de dejarse atrapar por el amor, quien no es capaz de crecer “para los demás”, “hacia los demás” y “con los demás”; quien no es capaz de superar las resistencias del propio egoísmo, se queda enanizado en los estrechos, tediosos y tristes horizontes de su “mismidad”. Sólo quien va creciendo en *alteridad*, sólo quien va madurando en el amor –que, por su misma naturaleza, exige *éxodo* del propio “yo” y *peregrinaje* hacia los demás– va iluminando su propia existencia con la luz de la *felicidad*:

- *El amor* –escribía Luis Amigó, haciendo síntesis de su concepción antropológica cristiana– *es el móvil que impulsa al hombre en todos sus actos, desinteresado, recto y conforme a la razón las más veces; egoísta, sensual y acomodado a sus apetitos, otras muchas, siempre resulta que el eje alrededor del cual giran todos sus deseos, afectos y operaciones es el amor; porque para amar fue creado y el amor es la función necesaria de su corazón que no puede vivir sin amar. Porque*

11 UNAMUNO, Miguel. *Vida de Don Quijote y Sancho*, comentario al capítulo 31 de la primera parte, en ediciones de Alberto Navarro, 2ª edición. Ediciones Cátedra, Madrid, 1992, p. 284.

12 Jn 8,32. Puede consultarse también Rom. 8,2 y 21; 2Co. 3,17; Gal. 5,1. 13-14.

13 Jn 12, 24 y de 9,24.

14 Cf. Jn. 12, 24 y Lc 9,24.

Dios, que le hizo imagen viva de sí, quiso que participara de su misma vida, que es amor... Sin el amor, el hombre está muerto...

Formado el corazón del hombre para amar, el amor es su vida. Amar su función capital y el centro a que naturalmente se dirige¹⁵.

A la manera, pues, que al ocultarse el sol toda forma desaparece, queda velada la hermosura de los seres, se retira el vigor de los mismos y se amortigua su vida, quedando el universo frío como un cadáver en la noche más profunda, así los dones más sublimes pierden su esplendor y todo se torna estéril, sin luz, sin calor y sin vida cuando falta el amor¹⁶.

Ciertamente –y esto no se puede silenciar, si se quiere ser fiel a su pensamiento– Luis Amigó como hombre que era de fe, situaba el quicio del propio crecimiento en amor, en el encuentro con Dios. Recogiendo repetidamente el pensamiento de Agustín de Hipona: *me hiciste, Señor, hacia ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti*¹⁷, Luis Amigó considera la apertura a la trascendencia como una dimensión irrenunciable para una cabal educación integral en camino hacia el ideal del amor:

- No es posible –escribe en uno de los textos más identificantes de su pensamiento integral– amar a Dios sin amar también por Él al hombre su obra predilecta, ni amar a éste con verdadero amor si se prescinde del amor de Dios. Ambos amores son como rayos emanados de una misma luz y como flores de un mismo tallo¹⁸.

No obstante esto último, su pensamiento –que nace siendo en él siempre sentimiento profundo– puede ser leído, como sucede, por lo demás, con todo el pensamiento cultural cristiano, desde una visión simplemente antropológica que tiene su indudable validez humana incluso para quienes se sientan llamados a hacer su reflexión sobre la persona humana al margen de una concepción religiosa concreta, o, incluso, al margen de una relación explícita con un ser trascendente.

15 Cf. AMIGÓ, L. OC, 331, 338 y 520. C. También *ibidem*, 1042.

16 Cf. AMIGÓ, L. OC, 1153. Este último texto constituye, no cabe duda, un *poético canto* de Luis Amigó *al amor* y hace recordar de forma espontánea el *si no tengo amor nada soy* de Pablo en su *himno al amor* (Cf. 1Co. 13, 4-7).

17 Cf. AMIGÓ, L. OC, 351. 478. 521. 663. 966 – 967. 1048. 1510. Clásicamente la traducción de la primera parte de esta frase ha sido: *me hiciste Señor, para Ti*. Pero, teniendo presente la expresión latina *ad te*, prefiero traducir *hacia ti*, pues expresa mejor la idea de un *itinerario educativo*.

18 AMIGÓ, L. OC, 1044.

Acompañando a la persona hacia el ideal humano

Del mismo modo que es cristiana la concepción que tiene Luis Amigó sobre el *hombre*, lo es también la que tiene sobre *su educación*.

El Concilio Vaticano II, en uno de sus textos más importantes y luminosos, afirma que Cristo, aparte de revelar al hombre el rostro de Dios, le revela también *lo que significa ser hombre*¹⁹. Esta afirmación del Concilio, orientada a resaltar en Cristo su dimensión de *hombre perfecto*, de *ideal humano*, no es nueva, sino que se remonta a los orígenes mismos de la fe cristiana.

Los primeros cristianos eran ya plenamente conscientes de que la doctrina de Cristo no era una doctrina orientada unidimensionalmente a hacer *feliz al hombre en el más allá*, sino que se encaminaba también y en un primer momento a *hacerle feliz en el más acá*, es decir, en este precioso planeta que le ha sido dado por habitación. Y precisamente por ello, porque *no eran espiritualistas*, sino *espirituales*; porque no distinguían entre espacios y tiempos profanos y sagrados; porque no admitían separaciones entre caminar hacia Dios y hacia el hombre; porque no alimentaban esquizofrenias vitales entre crecimiento espiritual y humano, descubrieron en Cristo, no sólo al hijo de Dios, sino también la *lograda imagen del ideal humano*. Y comprendieron así, con toda claridad, que era el propio Cristo el mejor modelo para su propia educación; para su propio *crecimiento humano por el amor*.

Los textos del Nuevo Testamento que transmiten esa original *concepción de la educación* en las primeras comunidades cristianas son numerosos, pero, entre ellos, considero como más explícitos y dicentes los que traigo a continuación:

- *Os exhorto* –escribe Pablo a una de aquellas comunidades– *a que actuéis con toda humildad, mansedumbre y paciencia, aceptándoos unos a otros por amor... hasta que lleguemos todos al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo... realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor.*

Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva... , antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquél que es la cabeza, Cristo... Vosotros habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús...

19 Cf. *Gaudium et Spes*, n. 22.

a revestiros del Hombre Nuevo... Sed buenos entre vosotros, entrañables, perdonándoos mutuamente.. Vivid en el amor como Cristo os amó...²⁰

- *Os pido* –escribe en otra ocasión– *que colméis mi alegría siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad o por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo²¹.*

- *Revestíos* –insiste Pablo todavía– *de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente... Como Cristo os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones... Y sed agradecidos²².*

Con el tiempo, la cultura cristiana supo recoger esta especie de dogma vital de la primera comunidad y supo presentar a Cristo –incluso para las gentes, que no participaban de su propia fe– como un *modelo válido de humanidad* y, en consecuencia, como un referente cabal de lo que significa crecer humanamente por el amor y de acuerdo a unos valores que constituyen como una especie de *arco iris del amor de verdad²³*.

Y dentro, precisamente, de toda esa dinámica cultural en la que Cristo –dejando aparte los parámetros propios de la fe– se constituye en *patrimonio de la humanidad* y aparece para toda persona de buena voluntad como *referente cabal de identidad humana*, hay que situar el pensamiento educativo del padre Luis Amigó que, a continuación, se trae:

- *Estoy cierto que, siguiendo las enseñanzas de vida que Cristo nos deja, el hombre ha de ser dichoso y feliz en el tiempo y en la eternidad.*

20 Ef. 4, 1-2. 13-14a. 15. 16b. 17a. 21b. 24a. 32 y 5, 1-2a.

21 Filp. 2,2-5 Cf. también Rom. 15,5.

22 Col. 3, 12-15.

23 La escala de valores a la que aquí se hace referencia es, como es fácil deducir, la que tradicionalmente ha sido identificada como *bienaventuranzas*, y que son, en realidad, los matices más identificantes del amor dentro de la cultura cristiana. Sobre este tema de las *bienaventuranzas como arco iris del amor* se puede consultar mi trabajo *Identidad Amigoniana*, FUNLAM – Medellín, 1998, p. 16-23.

*Por ello, teniendo el espíritu de Cristo, el corazón del hombre debe estar poseído de sus mismos sentimientos. Esto es, de su amor inagotable. De su humildad profunda, de su justicia... para poder exclamar que Cristo vive en él*²⁴.

Sólo desde esta perspectiva –pienso–, pueden entenderse en toda su profundidad las expresiones del propio padre Luis que hacen referencia a *instaurar o renovar a las personas en Cristo*²⁵. Para él, dicha renovación comporta –más allá de toda expresión religiosa– una verdadera declaración de principios, por la que se siente comprometido a colaborar activamente a la construcción de la persona, teniendo presente a Cristo como *logrado ideal de humanidad* y exponente de toda una serie de *valores* directamente *relacionados con el amor* que humanizan a la persona al conferirle, por el sentimiento y sensibilidad que comportan, su verdadero rostro humano.

Todo ese *proyecto de humanización* es, por otra parte, el que hay que saber leer también –según creo– tras el clásico concepto de *moralización* usado ya por el propio Padre Luis Amigó²⁶.

Es cierto que el término *moralización* puede resultar equívoco en algún momento concreto de su utilización histórica al confundir o identificar –al menos a nivel del lenguaje– *crecimiento humano con seguimiento de la moral cristiana*. Pero yo considero –teniendo presente todo lo reflexionado arriba– que dicho término –analizado en su verdadero contexto y profundidad– alude en verdad a una realidad educativa que está más allá de toda *ética del deber* y se adentra con propiedad en esa otra dimensión que se relaciona de forma más natural y directa con la *estética del ser*. Dicho de otra forma, el término *moralización* más que hacer referencia al *comportamiento de la persona en crecimiento*, haría referencia al *desarrollo de su propio ser e identidad personal*. Moralización no supondría, pues, en su verdadera profundidad, tanto un educar conductas o comportamientos, cuanto educar el corazón, el sentimiento humano de la persona de acuerdo a los *clásicos valores* con que la cultura cristiana ha matizado de vida y de color *el amor*.

24 Cf. AMIGÓ, L. OC, 480 y 1196.

25 Cf. AMIGÓ, L. OC, 1780 principalmente. Cf. también *ibidem*, 280.

26 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2068 y 2075.

Acompañamiento nacido del corazón

Luis Amigó, que armonizó a la perfección las enseñanzas recibidas en el aula con las que aprendió en el diario vivir, quiso que sus seguidores, además de promocionarse constantemente con los avances de las ciencias psicopedagógicas, tuvieran siempre a flor de piel una sensibilidad capaz de *aprender por experiencia la ciencia del corazón humano*²⁷. Y dicha ciencia sólo se aprende en el diario compartir con el otro las alegrías y tristezas, los encantos y desencantos, los proyectos y trabajos, las ilusiones y realizaciones, *a través del lenguaje del corazón*.

Muchas veces, en la vida, lo que no consigue la *mano técnica*, lo consigue la *mano amiga*. Y para Luis Amigó era vital que todo aquél que quisiera dedicarse a acompañar a otros en su irrepetible aventura hacia la madurez humana, tuviera sobre todo *un gran corazón* y la suficiente sensibilidad para actuar con prudencia y suavidad:

- *Para el corazón del hombre* –escribe en un texto que hace recordar el mensaje de la conversión del Lobo de Gubio que analizaremos en el próximo capítulo– *las misericordias son como flechas encendidas que prenden en él el fuego del amor y acaban por convertir en manso cordero al que era un lobo rapaz*²⁸.

- *A la instrucción, hay que unir la corrección, pues la falta de corrección es la causa de que los jóvenes se abandonen a sus caprichos. Pero ésta ha de ser prudente y hay que saber unir a la entereza de carácter la dulzura y amabilidad que cautive el corazón del joven, para que no le exaspere la corrección*²⁹.

Y, como normas más concretas de esa cercanía de vida y corazón, dejó escrito para los primeros educadores amigonianos:

- *Manténganse y rijanse siempre con prudencia, que ni por demasiada franqueza y familiaridad vengan a no ser respetados, ni por sobrada gravedad, se hagan repulsivos*³⁰.

- *Por cuanto atendida la índole del corazón humano, el medio más hermoso para estimular a los niños es el despertar entre ellos la emulación; nos parece muy del caso el que se procure ésta entre los niños de la casa.*

27 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2047.

28 AMIGÓ, L. OC, 1058.

29 AMIGÓ, L. OC, 1086.

30 AMIGÓ, L. OC, 2026.

*La experiencia les enseñará que con la emulación conseguirán más de los niños que con ningún otro medio*³¹.

Hacia la búsqueda de un método

Aunque la primera pedagogía amigoniana –como se ha dejado dicho arriba–, se orientó a acompañar al joven hacia su madurez humana por medio, principalmente, del *lenguaje del corazón*, bien pronto se dejó sentir la necesidad de contar con un cierto método que –sin coartar la libertad y creatividad que requiere siempre la educación como *proceso artístico* que debe ser– regulase, de alguna forma, el ejercicio de la acción pedagógica, a fin de que *no sólo se hiciese el bien, sino que, además, se hiciese bien*; a fin de que, tras el lenguaje del corazón, no se escondiesen dañinos y enanizantes paternalismos que, por su tendencia al encubrimiento y al proteccionismo, no propician un verdadero e integral crecimiento humano.

Fue el propio padre Luis Amigó quien –inspirándose en los principios y, hasta en el lenguaje, de la tradicional *ascética* cristiana³²– determinó así la *gradualidad* y *progresividad* del sistema amigoniano:

*- Por lo que mira a la conducta moral, se clasificará a los alumnos en tres órdenes, catecúmenos, perseverantes y adoradores. Los primeros, o sea los catecúmenos, serán aquellos niños que todavía conservan resabios de sus pasadas costumbres o que sean indómitos... Perseverantes se llamarán aquéllos que vayan progresando en la reforma de sus costumbres y se conozca en ellos buen deseo de conseguir su perfección. Y últimamente con el nombre de adoradores, se designará aquellos niños cuya conducta ejemplar pueda servir de norma y modelo a los demás*³³.

31 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2049 y 2054. Aunque sobre el término *emulación* se volverá en la parte segunda de esta obra, conviene notar, ya desde ahora, que con él, la tradición amigoniana no pretendió despertar sentimientos de rivalidad o competitividad entre los alumnos, sino despertar en cada uno de ellos los *resortes* y *posibilidades del propio ser, haciendo entrar en actividad la propia identidad personal*.

32 La *ascética* es una parte de la *teología espiritual cristiana* que estudia el *proceso de conversión* que sigue de algunas manera el hombre que se encontraba alejado de Dios en su camino de regreso hacia Él.

33 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2049. Cf. también, *ibidem*, 2051. 2052 y 2053.

Se preocupó además el padre Luis Amigó de que sus seguidores, desde los inicios mismos de la pedagogía amigoniana, realizaran un seguimiento detallado, científico y personalizado de los alumnos:

- Para que conozcan los antecedentes y cualidades de los jóvenes confiados a su cuidado, llevarán un registro privado en el que consten todos los antecedentes que de él se hubiesen podido adquirir, y además sus aptitudes, temperamento y carácter, y las notas que hubieren merecido cada mes³⁴.

Y fue, finalmente, también el propio padre Amigó quien propició una *educación integral* procurando que se uniese a la instrucción y al trabajo distintas actividades formativas de índole religioso, cultural, deportivo o recreativo³⁵.

34 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2029. Cf. también, *ibidem*, 2027.

35 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2029. 2033. 2034. 2068 y 2093.

RAÍCES FRANCISCANAS DE SU ANTROPOLOGÍA Y PEDAGOGÍA

Se ha dejado dicho ya en el capítulo anterior cómo la concepción que Luis Amigó tiene del hombre y de su educación se fundamenta nuclearmente en el evangelio y se encuadra, por ende, dentro del pensamiento cultural cristiano.

Sin embargo, hay que notar aquí –pues ello no deja de tener una importancia decisiva en el caso mismo de Luis Amigó– que él profundizó su vivencia del evangelio y su comprensión de los grandes ejes temáticos de la cultura cristiana en el movimiento espiritual y cultural iniciado por Francisco de Asís.

La novedad franciscana

El gran aporte de Francisco de Asís al mundo cristiano se basó, sobre todo, en la radicalidad con que siguió y vivió el mensaje cristiano. En él –en Francisco– no se encuentran “*novedades*”, sino que todo él se constituye en una gran *novedad*, precisamente por su forma de aceptar y vivir “a la letra”, con toda su fuerza, sin acomodaciones, el evangelio.

En esa *novedad*, además, lo más llamativo –a mi entender– lo constituyó la *profunda humanidad* que distinguió la vida de Francisco y que él quiso que distinguiese también la de sus seguidores.

A todos nos es conocido que, en su juventud, Francisco no fue lo que la gente suele llamar un *chico bueno*. Sus padres le habían educado según los parámetros de la vida cristiana oficial; había asistido a una escuelita parroquial y había hecho como era típico, la primera comunión siendo ya un tanto mayorcito. Pero aquella religión que había *aprendido* no le había satisfecho. Y como el ser humano es un *buscador nato de felicidad y plenitud* –y Francisco era, no cabe duda, una persona profundamente despierta, sensible y vitalista–, se puso a

buscar frenéticamente –como un desesperado– el sentido gratificante y feliz de su *ser* y existir que, hasta entonces, no había encontrado. Y se comportó, entonces, como una especie de *cimarrón* desbocado, como un perfecto desorientado, como un *indudable candidato* –diríamos hoy en día– *a las drogodependencias*.

Buscó la felicidad en el mundo del *tener* y en el del *placer*. Anduvo, como loco, detrás de todo aquello que le prometiese *plenitud*. Y, a pesar de todo, cada día su experiencia personal era más triste y pobre, mientras que la sensación de estar cayendo irremediabilmente al vacío era más fuerte. Cuanto más buscaba el *bienestar* y creía haber encontrado la dicha, tanto más sentía después el *vértigo vital hacia la nada*.

Por afán de novedad y de aventura –más que por convencimiento ideológico– hizo, incluso, la guerra. Pero tampoco ésta satisfizo sus ansias de *vida*. Una enfermedad, contraída en cautiverio, le hizo entrar dentro de sí y, aunque no le dio la solución a su problema, le ayudó decisivamente a emprender una nueva y distinta *etapa de búsqueda*. Sabía ya para entonces que ni el dinero, ni los placeres, ni el poder equivalían, por sí mismos, a *felicidad*, pero aún no había descubierto dónde se encontraba ésta. Y un día, cuando menos lo esperaba, quizá, la felicidad llamó a su puerta. Él mismo, con los años, nos cuenta así lo que fue aquella experiencia:

- Y el Señor me condujo en medio de los leprosos, y yo practiqué la misericordia con ellos. Y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura de alma y cuerpo³⁶.

Esa experiencia de acercamiento a la persona del leproso, que le tornó profundamente feliz, le llevó a descubrir en el hombre –en todo hombre– el rostro de aquel Dios del que había oído hablar desde pequeño, pero que ahora se le manifestaba –no a su mente, sino a su corazón– con un talante distinto. Ya no era el *Dios-juez*, sino el *Dios-padre*, el *Dios de la vida y de la felicidad*.

En el leproso, Francisco descubrió a Dios y, a partir de entonces, en Dios descubrió siempre al leproso y a todo ser humano.

36 FRANCISCO DE ASÍS, *Testamento*, 2-3.

Testigos de humanidad

Dios –como arriba se adelantaba– dejó de ser para Francisco una idea y se transformó para él en *un ser profundamente humano*.

Y Francisco se convirtió así en el profeta del *Dios que se hizo hombre* para mostrar a todo hombre en el *esplendor de su humanidad* y en la *pureza y plenitud misma del sentimiento humano*, el reflejo y el destello de la divinidad.

Y la contemplación del Dios hecho hombre lo llevó a descubrir también que la *felicidad* de la persona está en el mundo del *ser*, y se alcanza en la medida en que el hombre concreto *es, por el amor*, verdadero reflejo de Dios que lo creó a su *imagen y semejanza*. Y, a partir de ese descubrimiento, orientó toda su vida a *ser cada día más profundamente humano*, desapropiándose de todo aquello que pudiera dificultar su crecimiento como *ser para los demás*. Se convirtió así, en *testigo creíble de humanidad* y quiso también que sus seguidores se distinguiesen principalmente, en medio de las gentes, por la fuerza testimonial de un sentimiento humano entretejido, fundamentalmente, de ternura y delicadeza:

- *Manifieste confiadamente el uno al otro su necesidad* –escribe a sus frailes– *a fin de que él le encuentre y proporcione lo que necesita. Y cada uno ame y alimente a su hermano como una madre ama y alimenta a su hijo*³⁷.

Y nos consta que ese deseo de Francisco llegó a ser realidad en la primera fraternidad:

- *Los hermanos* –cuenta la Leyenda de los Tres Compañeros– *se amaban, ayudaban y daban de comer como una madre a su hijo único*³⁸.

¡Qué inmenso amor el que ellos se tenían! –escribe Celano, el primer biógrafo de Francisco en un texto que desborda ternura– *Cuando se hallaban juntos en algún lugar o se topaban unos con otros de camino, era de ver el amor que brotaba entre ellos y cómo difundían un afecto verdadero..., que se manifestaba... en la conversación agradable, en el rostro festivo... Eran concordes en el ideal, diligentes, en el servicio, infatigables en las obras.*

37 FRANCISCO DE ASÍS, 1 Regla 9, 10-11. Cf. 2 Regla 6-8-.

38 Leyenda de los Tres Compañeros, 41.

*Al despreciar todo lo terreno y al no amarse a sí mismos con amor egoísta, centraban todo el afecto en la comunidad y se esforzaban en darse a sí mismos para atender a las necesidades de los demás. Deseaban reunirse, y reunidos se sentían felices; en cambio, era penosa la ausencia; la separación, amarga, y dolorosa la partida*³⁹.

Y ese mismo *testimonio de humanidad* que quiso que distinguiese a sus seguidores a *nivel familiar*, quiso también que los distinguiese en medio de la sociedad:

- *Y cualquiera que venga a vosotros, amigo o enemigo, ladrón o saltador* –encomienda a sus frailes–, *sea acogido benigne*⁴⁰.

- *Guardaos* –les dice en otra ocasión– *de alteraros o enojaros por el pecado o defecto del otro...*, *ayudad más bien al culpable como mejor podáis, pues no son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos*⁴¹.

- *Sentíos dichosos* –insiste, aún– *cuando os halléis entre gente de baja condición y despreciada, entre los pobres y los débiles, entre los enfermos y los leprosos y con los que piden limosna a la vera del camino*⁴².

Preferencia por los marginados

Hay, no obstante, un matiz que Francisco quiso que distinguiese de forma especial el testimonio de humanidad de sus seguidores. Se trata del matiz de la *misericordia*, ese *amor fiel* y “*a la medida*”, esa *ternura personalizada* que impulsa a amar más allá donde hay una mayor carencia o necesidad⁴³.

En un texto que muy bien podemos considerar como la *Carta magna de la misericordia* dentro de la literatura cristiana, Francisco escribe así a un hermano que le pedía consejo sobre qué hacer con otro que constantemente le mortificaba:

- *Ama al que se porta así contigo* –comenzaba por decir– *y no pretendas de él más de lo que el Señor te conceda obtener de él. Y “ámalo tal como es” y no pretendas que sea mejor cristiano para ti.*

39 CELANO, T. *Vida primera*, 38-39.

40 FRANCISCO DE ASÍS, *1 Regla* 7,14.

41 FRANCISCO DE ASÍS, *1 Regla* 5, 7-8. Cf. *2 Regla*. 7,3.

42 FRANCISCO DE ASÍS, *1 Regla* 9,2. Cf. *Leyenda de los Tres Compañeros*, 58.

43 Sobre el tema de la *misericordia* no nos detenemos más aquí, pues se volverá sobre él en la II y IV parte de la presente obra.

Y quiero conocer –añade poniendo el amor a la medida como la verdadera medida del amor– si tu amas al Señor y a mí en esto: que no haya en el mundo hermano alguno que, por mucho que haya pecado, después de haber visto tus ojos, se aparte de ti sin conseguir el perdón, si te lo pide, y si no, pregúntale tú si lo quiere.

Y si mil veces volviera a pecar en tu presencia, ámale más que a mí para atraerlo al Señor... Y muéstrate siempre compasivo con los tales... Y quienes hayan tenido noticia de su pecado, no le avergüencen ni hablen mal de él, antes bien, usen con él de gran misericordia... porque no son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos⁴⁴.

Y ha sido precisamente ese matiz de la misericordia el que ha distinguido tradicionalmente la pedagogía franciscana como una pedagogía que ha sabido educar desde el sentimiento hecho vida y testimonio en los propios educadores:

- Que la paz que anunciáis de palabra –insistía el propio Francisco a los suyos– la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones. Que ninguno se vea provocado por vosotros a la ira o escándalo, sino que por vuestra mansedumbre todos sean inducidos a la paz, a la benignidad y a la concordia⁴⁵.

Hay, al respecto, un texto en la literatura franciscana que considero paradigmático de toda esa educación desde el sentimiento y el afecto, y que transcribiré como final de este capítulo, por su conexión con el mundo mismo de la pedagogía encaminada a la recuperación de los niños y jóvenes en conflicto:

- En el eremitorio que los hermanos tienen encima de Borgo San Sepolcro, sucedió que venían, a veces, unos ladrones a pedir pan a los hermanos; vivían escondidos en los grandes bosques de la provincia, pero de vez en cuando salían de ellos para despojar a los viajeros en la calzada o en los caminos. Algunos hermanos del lugar decían: “no está bien que les demos limosna, ya que son bandidos que infieren tantos y grandes males a los hombres”. Otros, teniendo en cuenta que pedían limosna con humildad y obligados por gran necesidad, les socorrían algunas veces, exhortándoles, además, a que se convirtieran e hicieran penitencia.

44 FRANCISCO DE ASÍS, *Carta a un Ministro*.

45 *Leyenda de los Tres Compañeros*, 58.

Entre tanto llegó el bienaventurado Francisco al eremitorio. Y como los hermanos le pidieron su parecer sobre si debían o no socorrer a los bandidos, respondió: “si hacéis lo que voy a deciros, tengo la confianza de que el Señor hará que ganéis las almas de esos hombres”. Y les dijo: “Id a proveeros de buen pan y de buen vino y llevadlos al bosque donde sabéis que ellos viven y gritad: ‘¡Venid, hermanos bandidos! Somos vuestros hermanos y os traemos buen pan y buen vino’. Enseguida acudirán a vuestra llamada. Tended un mantel en el suelo y colocad sobre él el pan y el vino y servídselos con humildad y buen talante. Después de la comida exponedles la palabra del Señor y por fin hacedles, por amor del Señor, un primer ruego; que os prometan que no golpearán ni harán mal a hombre alguno en su persona. Si pedís de ellos todo de una vez, no os harán caso. Los bandidos os lo prometerán al punto movidos por vuestra humildad y por el amor que les habéis demostrado. Al día siguiente, en atención a la promesa que os hicieron, les llevaréis, además de pan y vino, huevos y queso, y les serviréis mientras comen. Terminada la comida, les diréis: ‘¿por qué estáis aquí todo el día pasando tanta hambre y tantas calamidades, maquinando y haciendo luego tanto mal? Si no os convertís de esto, perderéis vuestras almas. Más os valdría servir al Señor, que os deparará en esta vida lo necesario para vuestro cuerpo y luego salvará vuestras almas’. Y el Señor, en su misericordia, les inspirará que se conviertan por la humildad y caridad que habéis tenido con ellos⁴⁶.

Algo de todo lo dicho en este último apartado es, por lo demás, lo que el propio padre Luis Amigó quiere transmitir en esta estampa de Francisco que nos deja en sus escritos:

- Llevado de su amor, Francisco se hacía todo para todos a fin de salvarlos... Lloraba con los afligidos... buscaba con solicitud más que paternal a los extraviados para con sus exhortaciones, amonestaciones y, más que todo, con la ternura de su amor, conducirles al camino de la salvación... En su magnánimo corazón todos tenían cabida, no reconociendo límites su liberalidad, su compasión y su amor⁴⁷.

46 *Leyenda de Perusa*, 115. Cf. también, *Espejo de Perfección*, 66. Este texto es considerado por algunos estudiosos como el sustrato histórico que habría dado lugar a la leyenda del *Lobo de Gubio* (Cf. *Florejillas*, 21). En realidad, tanto el pasaje, como el mismo del *lobo*, quieren poner de manifiesto que los recursos del corazón son los más efectivos a la hora de colaborar en la recuperación de quien anda *como perdido* por la vida.

47 AMIGÓ, L. OC, 1020.

*SOPORTE ANTROPOLÓGICO Y
PEDAGÓGICO DE LA
AMIGONIANIDAD*

Capítulo I.

El objetivo, encontrar sentido a la vida.

Capítulo II.

El medio, fortalecer la voluntad.

Capítulo III.

El credo, fe ciega en el hombre.

Capítulo IV.

El ambiente, familiar.

Después de habernos internado en la primera parte de esta obra en el sentimiento antropológico y pedagógico que sigue personalmente el padre Luis Amigó, se hace imprescindible profundizar en esta segunda parte cómo acogió la tradición amigoniana ese mismo sentimiento y cómo lo fue desarrollando y constituyendo, con el tiempo, en *soporte y fundamento de su identidad y acción*, de su *ser y hacer*, en definitiva, de la *amigonianidad*.

Como es natural algunas de las ideas de fondo desarrolladas en la primera parte, necesitarán retomarse aquí, aunque se les intentará dar una orientación, en la exposición, que complementa lo dicho anteriormente.

EL OBJETIVO, ENCONTRAR SENTIDO A LA VIDA

De acuerdo al pensamiento de su iniciador –el padre Luis Amigó– y en sintonía, a través de él mismo, con la cultura cristiana, la *pedagogía amigoniana* ha considerado siempre al hombre como un *proyecto de amor* y, en consecuencia, ha orientado de forma primordial su acción educativa a acompañar a sus educandos en el fascinante y comprometido itinerario hacia su propio crecimiento y maduración *en alteridad*.

Jóvenes apartados del camino de la verdad y del bien

Para comprender, sin embargo, en su profundidad lo arduo que resulta dicho objetivo en la práctica amigoniana, y poder discernir, desde el adecuado contexto, la complejidad que conlleva lo que, en sí, parece tan natural y simple, como es el favorecer en el hombre el *desarrollo del amor*, núcleo y germen de todo sentimiento humano, se hace imprescindible que nos adentremos –antes de proseguir con otras cuestiones, y aunque sea de forma somera– en la tipología de los sujetos tradicionales de dicha pedagogía amigoniana a lo largo de su historia.

Dentro del amplio abanico de lo que hoy se denomina *pedagogía social*, el quehacer amigoniano se ha centrado primordialmente en los *niños, adolescentes y jóvenes en conflicto con la ley*.

Tales niños, adolescentes y jóvenes se han caracterizado fundamentalmente y de modo particular –de acuerdo a la experiencia histórica de los propios amigonianos– por su *desorientación ante la vida*.

El padre Luis Amigó solía referirse a ellos con la expresión *jóvenes*

*apartados del camino de la verdad y del bien*¹. Y dicha fórmula tiene, de alguna forma una validez permanente, aunque tiene necesidad de una cierta profundización ideológica.

Que son jóvenes *apartados del camino del bien* es fácilmente entendible. Ellos, con sus actuaciones al margen o en contra de la ley, han sido declarados, incluso a nivel “oficial”, personas al margen de lo “recto”, de lo “bueno”, de lo ético..., en definitiva, al margen del “bien”, tal cual lo entiende y regula la misma ley.

Más complicado resulta, sin embargo, entender en un primer momento la expresión *apartados de la verdad*. Y no obstante es esta expresión la que conlleva un profundo mensaje antropológico. La *verdad* –dentro del pensamiento cristiano, seguido, como se ha visto ya, por el padre Luis Amigó– no es una mera categoría *lógica*, sino *ontológica*. No se trata de decir “verdades o mentiras”. Se trata más bien de *ser verdad* o, por el contrario, *ser una mentira*.

Ser verdad implica encontrar *sentido gratificante a la propia existencia*, es decir, *saborear, disfrutar, la vida*.

Desde esa perspectiva, estar *apartado del camino de la verdad* supone estar viviendo, en carne propia, el peor drama que puede padecer un ser humano; el drama de estar biológicamente vivo sin haber encontrado *la alegría de vivir*; el drama de *andar muerto* por la vida; el drama de vivir *desengañado*² de la vida misma y de *vagar por el mundo* buscando, como un desesperado, la felicidad en falacias que, lejos de colmar las propias expectativas, abocan con vértigo creciente a quien las experimenta a sentimientos de frustración y vacío que hacen recordar de forma espontánea los *sentimientos de desnudez* experimentados por la primera pareja humana³.

Y ese es precisamente el drama que viven –como en una especie de

1 AMIGÓ, L. OC, 1780.

2 La palabra *desengaño* concentra, desde su misma estructura semántica, el pensamiento antropológico cristiano que se ha venido desarrollando en torno al término *verdad*. El desengaño –que surge siempre en un contexto afectivo– se produce cuando la persona se peca de que aquello que ella consideraba *amor*, no era más que una pura farsa. Desengaño significa, pues, salir del engaño en que se vivía al considerar *verdad*, –al creer amor– lo que era en realidad una *mentira*.

3 Cf. Gn. 3, 10.

común denominador— la gran mayoría de los niños y jóvenes con problemas.

Por otra parte, ese drama vital y existencial que representa —como se verá en el capítulo siguiente —un gran *handicap* para posibilitar que la persona pueda asumir, con verdadera autonomía, opciones libres de cara a su futuro, dificulta también, y de forma seria, un verdadero proceso educativo encaminado al *crecimiento en amor*.

Por lo general, detrás de ese drama al que nos estamos refiriendo y que se concreta —como se ha dejado dicho— en un *estado de creciente desorientación*, que suele manifestarse en actuaciones más o menos incomprensibles a primera vista, ilógicas, violentas y hasta aberrantes, se esconde un lacerante *drama afectivo*, provocado por un profundo resentimiento de *desafecto*, sufrido por la persona en cuestión. Dicho desafecto ha sido en ocasiones tan traumático, que la persona llega a dar la sensación, no sólo de que ha perdido la *capacidad de amar a otros*, sino incluso —y esto es, a mi entender, mucho más dramático— la *capacidad de sentirse amada*, apreciada, querida, valorada.

En cómo superar ese drama; en cómo conseguir que esos niños y jóvenes —que han sufrido a veces verdaderos *apaleamientos en su ser*, que se han visto prostituidos en su psique y en su cuerpo, que se han sentido *ninguneados*— *lleguen a creer en el amor*, en su gratuidad y en su bondad, se encuentra el gran desafío que ha tenido planteado desde siempre la pedagogía amigoniana en su proyecto de recuperar a la persona desorientada a través de un *crecimiento integral*.

La felicidad como referente

En su afán por acompañar a sus alumnos en el proceso de ir encontrando sentido a su propia existencia, mediante el crecimiento integral en el amor, la pedagogía amigoniana ha tenido siempre presente en su praxis educativa el *referente de la felicidad*.

Con su clásica expresión *educar para la vida*, la tradición pedagógica amigoniana no sólo ha querido expresar que uno de los objetivos de su actuación es el de preparar adecuadamente al niño, al adoles-

cente o al joven para que pueda reintegrarse después, con garantía suficiente de éxito, en su ambiente familiar y social y en el mundo laboral⁴, sino que con ella quiso expresar también, de alguna manera, el principio pedagógico de que *el educando sólo se siente verdadera y libremente implicado en su proceso educativo, cuando percibe en su propia vida la bondad de lo que está haciendo*; cuando es capaz de experimentar, a través de las distintas terapias educativas, un sentimiento de felicidad; cuando es capaz de *saborear la vida* con verdadero sentimiento de satisfacción y plenitud.

Precisamente a lograr una tal experiencia positiva y feliz se orientaban todos aquellos medios que se encuadraban bajo el común denominador de la así llamada *emulación*. La emulación –como ya se ha dejado dicho, pero ahora conviene explicitar de una forma más enfática –más que con un contexto de *competividad* o *rivalidad*– que por su naturaleza, entraría en conflicto con un proceso de humanización fundado en el amor y en la alteridad– hay que relacionarlo, dentro de la tradición amigoniana, con un contexto tendente a *estimular* o activar las posibilidades del propio ser, o, como alguien preferiría decir, a excitar la propia capacidad de afecto, o *autoestima*.

Y algo de ello se pretendía también con el mismo *sistema de vales*, del que se hablará con más detenimiento en el próximo capítulo. Con él se pretendía, desde una perspectiva complementaria, que el educando aprendiese a *valorar* su entorno, sintiéndose, al mismo tiempo, artista y protagonista de sus propios logros.

En realidad, la misma experiencia enseña que el recurso a *la propia experiencia positiva de vida* es el que ofrece más garantías de éxito en educación, dada la misma estructura del ser humano que busca instintivamente sentirse feliz.

Todo hombre –por pobre que sea su nivel de instrucción académica– es consciente de que hay experiencias que le ayudan a *crecer* y, otras, que lo *enanizan*; de que hay experiencias que lo plenifican y

⁴ Sobre la expresión *educar para la vida* en este sentido que aquí se está tratando, puede consultarse sobre todo: TORRENTE, Valentín de, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, 12.401 y 12.448.

otras que lo vacían; de que las hay que lo ayudan a encontrar el sentido gratificante de la propia existencia y, otras, que lo sumergen en un creciente sinsentido vital; de que hay, en fin, experiencias que dejan en su interior el buen sabor de la paz profunda y de la felicidad duradera, y otras que, pasadas las dulzuras del momento, lo sumen en sentimientos de angustia y frustración. Todo hombre es consciente de que en su vida hay experiencias de *plenitud* y de *vacío*, experiencias de *éxtasis* y de *vértigo*. Lo importante en educación es saber recurrir a esas mismas experiencias para que el alumno pueda evaluar con relación a ellas las situaciones pasadas y pueda descubrir luminosos caminos de futuro para su vida. No basta con decir al alumno: *esto es bueno para ti y para tu vida; esto te hará feliz*. Si el educador no es capaz de articular estrategias que hagan experimentar al alumno, en el aquí y ahora de su historia, la bondad y felicidad prometida, todo habrá sido en vano. La educación no puede limitarse a fomentar el bien, tiene que buscar, de alguna manera, la forma de favorecer su experiencia. El dicho pedagógico de *quien bien te quiere, te hará llorar*, necesita ser sustituido por otro que diga más o menos *quien bien te quiere, buscará siempre que puedas sentirte bien y en paz contigo mismo*.

Hoy en día –quizá más que en épocas anteriores– el hombre tiene necesidad de *saborear* la vida, de centrarse en el *ser*, de superar toda una cultura –cual es la posmoderna– fundada en *sensaciones* agradables que producen *bienestar* y momentos de alegría, pero que, con frecuencia, no dejan después el poso de la serena felicidad.

Frente al esto es “bueno” o es “malo”, la educación –más que nunca– necesita despertar en el alumno las experiencias de “esto me hace feliz” o “esto me torna infeliz”; las experiencias de “esto me ayuda a disfrutar mi vida” y “esto me acaba quitando las ganas de vivir”.

El recurso a tales experiencias puede contribuir, por otra parte, a contrarrestar en los niños, adolescentes y jóvenes actuales algunas de las más acusadas deficiencias que presenta la cultura del momento, como pueden ser, en concreto, *la fragmentariedad, el relativismo y permisividad, y el hedonismo*.

En primer lugar –y por su propia estructura unitaria y armónica– el

recurso a las experiencias de felicidad puede contribuir decisivamente a superar la fragmentariedad en que la cultura actual ha sumido a la persona.

Quizá nunca como en el presente, se ha hablado tanto de la unidad de la vida ni se la ha alabado tanto. Los mismos proyectos educativos apuntan precisamente en ese sentido cuando se apoyan de forma unánime en una educación integral y defienden enfáticamente dicha *integralidad* como un valor irrenunciable. Y sin embargo, tampoco, quizá nunca como en esta época, ha existido tanta “esquizofrenia” cultural y tanta ruptura existencial en las personas. Parece como si en su afán por buscar y encontrar la unidad de conocimientos, el hombre moderno se hubiese olvidado de buscar y encontrar con idéntico “fervor” la armonía de sus sentimientos y, consecuentemente, la de sus pensamientos. Y si grave es la falta de principios conceptuales que den unidad al pensar, mucho más grave es la carencia de sentimientos que confieran armonía a la vida. Hoy se vive muchas veces a nivel de *sensaciones* y las personas, al parecer, no disponen de tiempo para analizar si esas mismas sensaciones son constructivas o destructivas para el propio desarrollo personal. No es raro encontrar por ello, hombres y mujeres que anhelan experimentar las sensaciones más encontradas –y hasta contradictorias– y acaban haciendo así de su vida una especie de combinado “agridulce” que los aboca a la desorientación y los sume, con cierta frecuencia, en la depresión.

En contraposición a este panorama de ruptura estructural de la persona, el sentimiento de la felicidad aporta –como ya arriba se ha indicado– unidad y coherencia interna al ser humano y hace que éste se sienta bien y a gusto consigo mismo. Este sentimiento del “*bien-ser*”, que se exterioriza en alegría, júbilo y satisfacción, lo experimenta el hombre mismo en su más profunda intimidad como una agradable sensación de serenidad y paz. Una serenidad y una paz que no sólo mantienen el equilibrio personal y anímico aun en medio de las adversidades y dificultades de la vida, sino que adquieren, incluso en medio de éstas, los caracteres propios de esa gozosa paciencia que la

cultura bíblica exalta en el hombre profundamente realizado y feliz⁵ y que Francisco de Asís canta en su vida y en sus escritos como *verdadera alegría*⁶.

Desde esa perspectiva, la *felicidad* vendría a ser, en definitiva, ese *tesoro escondido* de que habla el evangelio, es decir, ese *sentido gratificante de la propia existencia*, que, cuando uno llega a descubrirlo, ya no le importa poner el propio ser, hacer y tener a su servicio, ya no le importa orientar *toda* la vida a su adquisición⁷.

En íntima conexión con lo anterior, el recurso a las propias experiencias de felicidad, puede contribuir también a contrarrestar, con garantía de éxito las tristes influencias que, de cara al desarrollo integral y feliz de la persona, tienen las tendencias *relativistas y permisivas* de la actual cultura.

Se ha dicho que el hombre posmoderno es un hombre *sin referentes*, que en vez de ser brújula es veleta⁸. Un hombre que ha roto con todos los absolutos, ha hecho del “bienestar” su gran dios y ha justificado todo aquello que pueda estar al servicio de dicha deidad. La tragedia existencial surge sin embargo porque –como el mismo Pablo expresa, haciendo recurso a sus más íntimas experiencias antropológicas– *todo le puede estar permitido al hombre, más no todo le conviene*⁹, porque no siempre el ámbito del “bienestar” coincide con el de “bienestar”, y porque ningún placer ni ningún “tener” llenan el vacío interior que experimenta la persona *que no se siente a gusto consigo misma*.

Sólo el sentimiento de felicidad, en su calidad de referente y norte, puede conducir a la plena y armónica madurez humana el propio proyecto o leyenda personal.

Finalmente, la *felicidad como referente* constituye un verdadero reto

5 Cf. Mt. 5, 10-12; Rom. 5,3-5; St. 1, 2-3; Ef. 4, 1-2.

6 SAN FRANCISCO, *La verdadera alegría* en *San Francisco de Asís. Escritos, Biografías, Documentos de la época*, en BAC, Madrid, 1978, p. 85-86. Cf. también *Admoniciones* 13. 15. 22 en *ibidem* p. 81-83 y VIVES, J. A. *Trilogía Amigoniana* (separata) p. 105-108, y en *Pastor Bonus* 46 (1997) p. 131-134.

7 Cf. Mt. 13-44. Cf. también VIVES, J.A. En busca del tesoro perdido. en: *Alborada* (edición especial 45 años) p. 4-5.

8 ROJAS, E. *El hombre light*, Ed. Temas de hoy, Barcelona, 1998. p. 47.

9 Cf. 1 Co. 6,12 Cf. también 1 Co. 10,23.

al hedonismo desbordante que hoy impera.

El hedonismo, al absolutizar el placer, lo desvirtúa, privándolo a menudo de su natural relación con el sentimiento humano y privándolo, por ende, de su comunión con el núcleo del amor, que es el que en realidad cohesiona y estructura unitariamente la personalidad y confiere a ésta el sabor y el tono de la felicidad.

Por el contrario, la felicidad, —desde el sentimiento integral de amor del que ella misma surge—, sin condenar el placer, le devuelve su verdadero rostro.

Tan pernicioso es absolutizar el placer, como condenarlo absolutamente. Y es éste el pecado que ha cometido toda moral siempre que, perdiendo la visión unitaria de la vida y dejándose llevar por los dualismos existenciales, se ha convertido en *moralismo*. Con su rotunda condena del placer y con su clásica exaltación —y a veces absolutización— del sufrimiento y de la renuncia, algunos movimientos ascéticos, al tiempo que se han situado en vías de una especie de dañino masoquismo, han privado al referente moral de la felicidad de uno de sus soportes.

El mismo Cristo, a quien algunos malintencionados llegaron a calificar de “comilón y borracho”¹⁰, aparece como una persona profundamente *vitalista* que —sin entrar en absurdas polémicas, como por ejemplo, si es mejor comer o ayunar¹¹, y sin caer en peligrosas contraposiciones entre gozar y sufrir— enaltece fundamentalmente, con su testimonio y con su palabra, el desarrollo de aquellos sentimientos que pueden conducir al hombre a la felicidad y a disfrutar y saborear la vida.

Educación del sentimiento

Lo dicho hasta el momento en este capítulo, encuentra, quizá, su mejor síntesis, dentro de la misma pedagogía amigoniana con lo que ella misma denominó *educación del corazón*.

Frente a quienes —desde una observación fragmentaria, superficial, desencarnada y descontextualizada del método reeducativo clásico de la

10 Cf. Mt. 11, 19.

11 Cf. Lc. 5,33-35; Mt. 9, 14-17; Mc. 2, 18-22; 1 Co. 10, 24-26 y 11, 31.

pedagogía amigoniana— han tachado a ésta de ser excesivamente *conductista* y de orientarse fundamentalmente a un *cambio de comportamiento*, hay que afirmar —con base en la más antigua y genuina tradición— que dicha pedagogía ha situado, desde sus orígenes, el norte de su propia actuación en una maduración personal de los sentimientos del alumno, o dicho si se quiere con una expresión típica en los albores amigonianos, en la *educación del corazón*; en la *educación de los sentimientos* del alumno; en *despertar* o *impulsar* en él la *capacidad de sentir* y, desde ahí, la *capacidad de abrirse con gozo a la vida*:

- *En todo ser humano* —reflexionaba uno de los primeros educadores amigonianos— *hay un germen de sentimiento que nosotros desarrollamos... Para ello hay que tener mucha paciencia y caridad en el trato con los niños...*¹².

- *Cuando haya recurrido a todos los medios para llevar a un alumno por el camino del bien, y él se obstine en ir por el del mal* —recomendaba a los educadores amigonianos la tradición, haciendo hincapié en la fuerza del sentimiento— *busque a un religioso experimentado, para que “haciéndose el enconradizo con él”, le hable al corazón*¹³.

- *Cuando los alumnos se dan cuenta que uno se sacrifica por ellos y que busca su bien de verdad* —escribía otro de los grandes pedagogos amigonianos— *le cobran cariño y por lo tanto podrá trabajar en su reforma*¹⁴.

- *Es menester apelar constantemente* —decía el padre Valentín— *a los sentimientos nobles y generosos del alumno... No se puede sustituir su conciencia personal por una conciencia puramente exterior*¹⁵.

- *Debemos ser artistas* —insistía él mismo— *de esa obra suprema de arte que tiene por fin forjar los espíritus, cultivar la estética del sentimiento*¹⁶.

12 VALENCIA, Javier de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.042–5.043. Cf. también *ibidem*, n. 5.048 y 5.052.

13 TERCERIARIOS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933, y 1946*, n. 228, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*. n. 0.311.

14 PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.124.

15 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.124, 12.126, 12.127 y 12.128.

16 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.024.

- Sólo desarrollando en nuestros alumnos grandes virtudes –valores, diríamos hoy– podremos llevar a feliz término –afirmaba el mismo padre Valentín– el fin de la educación que es, ante todo y sobre todo, formación del corazón¹⁷.

Educar el corazón de la persona es, en definitiva, educarla para ser, es decir, para tomar conciencia de su propia identidad personal, para asumir con libertad el propio derecho a la autodeterminación y para *saborear*, desde ahí, la vida, con el buen gusto de la felicidad.

Dicha educación para ser, para llegar a sentirse feliz y a gusto con uno mismo, comporta, sin embargo, en toda cultura humanista occidental –que más directa o indirectamente hunde sus raíces en la bimilenaria civilización cristiana– un crecimiento de la persona en valores y, particularmente, en el valor que valoriza, *aprecia*¹⁸ y otorga el verdadero sello de autenticidad a todos los demás, que es el amor.

Esos valores, –que son, pues, como los matices o tonalidades que ayudan a identificar el *amor de verdad* y que están compendiados poéticamente en las *bienaventuranzas*¹⁹– confieren al crecimiento en humanidad un talante particular y hacen del hombre un ser: *desapegado y libre* frente a los halagos del tener, *sencillo y servicial* en sus relaciones; *fuerte y recio* ante la vida; *solidario y comprometido* con la construcción de un mundo mejor; *sensible y tierno* para querer a cada uno “como es” y para extremar su cariño con los más necesitados; *afectuoso* con todos y *respetuoso* al mismo tiempo de su libertad y de todos sus otros derechos; *sereno y armónico* en su personalidad y *pacificador* en su entorno; *coherente* con lo que ama y cree de corazón y *decidido y valiente* para dar testimonio de ello y *feliz* –profundamente feliz– con ese gozo que surge de sentirse a gusto consigo mismo²⁰.

17 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.088. Cf. también, *ibidem*, n. 12.138.

18 El verbo *apreciar* se usa aquí en su sentido más etimológico de *poner precio*, de *aumentar el valor o cotización*. Recordemos una vez más el *si no tengo amor, nada vale* de Pablo (Cf. 1Co. 13,3).

19 Desde esta perspectiva, las *bienaventuranzas* constituyen una especie de *arco iris del amor* (Cf. Mt. 5, 1-12). Esos mismos valores, sin embargo, aparecen también enumerados en otros textos bíblicos: 1Co. 13, 4-7; Gal. 5, 12-23; Col. 3,12-15; 1 Pe. 3, 8-9.

20 Como fácilmente puede deducirse, este noveno matiz relativo a la felicidad, aunque no hace

Ya la primera tradición educativa amigoniana percibió con nitidez que la educación del corazón del alumno, desarrollando en él el sentimiento humano, el amor, se favorece en la medida que el propio educador, siendo verdadero *artista y poeta*, aparezca ante sus educandos como un *experto en humanidad*.

Los alumnos maduran en dignidad, si se les trata con dignidad; adquieren verdadera capacidad de decisión y de autonomía en sus vidas, si se les educa en libertad y para la libertad; crecen en amor, si se sienten amados; son compasivos con los demás, si experimentan que se les quiere y aprecia en su individualidad, con sus grandezas y con sus debilidades...; reaccionan, en fin, positivamente, en la medida en que se consiguen pulsar y despertar en ellos la fibra sensible de su corazón.

Uno de los periodistas que visitaron, en sus iniciales años de andadura, el centro de Santa Rita –primer centro educativo amigoniano, situado en Madrid, España– exclamó, gratamente impresionado, al finalizar su gira por la institución: *son ustedes unos verdaderos “cultivadores del sentimiento”*²². Esta definición fue acogida muy positivamente por aquellos frailes amigonianos de principios del siglo veinte, quienes estaban plenamente convencidos –ya para entonces– de que para *ser educadores* necesitaban ser, a través de su propia actuación, *profetas del sentimiento humano*. Los textos que a continuación se traen, son una buena muestra de todo ello:

- *El medio principal, y me atrevería a decir que único* –escribía uno de los primeros educadores amigonianos– *es la caridad en todas sus manifestaciones: benignidad, paciencia... etc.*²³

referencia directa con ninguna bienaventuranza en concreto, está en el trasfondo de todas ellas y las convierte así en un verdadero *Código de felicidad*.

21 Lo que a continuación se tratará de forma un tanto germinal, se desarrollará ampliamente en la parte III de esta obra, dedicada íntegramente a profundizar los matices más específicos e identificantes del *sentimiento pedagógico amigoniano*.

22 Cf. *Los cultivadores del sentimiento*, artículo publicado en el *Heraldo de Madrid*, el 13 de febrero de 1913, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.042.

23 ALACUÁS, Bernardino de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.074. Cf. también *ibidem*, n. 3.073.

- *El verdadero amor se muestra –anotaba otro– en lo incansable de la solicitud por auxiliar y amparar; en la fidelidad en el guiar y ayudar; en la paciencia en aguardar hasta el tiempo oportuno; en la comprensión con los que yerran; en la caridad que todo lo espera y todo lo perdona y que permanece fiel incluso al que desdén (la ayuda) y al que parece ya (un caso) perdido*²⁴.

- “*Más moscas se cazan con miel que con hiel*” o “*más moscas se cazan con una gota de miel que con un barril de vinagre*” –solía repetir un tercer religioso, haciéndose eco de un refrán muy querido por el propio padre Amigó–²⁵.

- *Tratado el alumno con el verdadero cariño que requiere la misión de los religiosos –sintetizaban a su vez, las Constituciones–, se abrirá su corazón a las enseñanzas que se le insinúen*²⁶.

- *Entre las cualidades del buen educador está, sobre todo, –insistía el padre Valentín– la de amar a los alumnos. Porque si no se les ama, se bastardea el fin de la educación... Quien no sienta latir en su corazón el amor, la compasión hacia los pobres muchachos caídos... no tiene vocación para dedicar su existencia a la reforma de la juventud*²⁷.

- *El amor –se leía en la memoria de Santa Rita del año 1927– será siempre condición indispensable, no sólo para educar y moldear los corazones, sino incluso para instruir y grabar en las inteligencias las obligaciones fundamentales que hacen a los hombres útiles para sí mismos y para los demás... Por esto –sin descuidar las enseñanzas de la ciencia– seguimos procurando inspirar nuestros trabajos en el amor*²⁸.

No obstante –y es importante subrayarlo aunque sea ya en el epílogo de todo este *educar desde el sentimiento* al que nos estamos refiriendo ahora–, para la tradición pedagógica amigoniana el *testimonio de*

24 PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.123.

25 VALENCIA, Javier de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.048 y 5.052.

26 TERCERIARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 237 en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.313.

27 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n.12.031 y 12.464. Cf. también *ibidem*, n. 12.410.

28 IGLESIA, Pedro de la, *Memoria de Santa Rita de 1927*, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 10.015 – 10.016.

amor de los educadores –para ser verdaderamente eficaz– debía acompañarse de un adecuado clima de *libertad* y de *respeto* a la persona misma del educando.

Dejando, por ahora, el valor de la *libertad*, del que se hablará en el próximo capítulo, conviene clarificar que, para la escuela amigoniana, el *respeto debido a la persona del alumno* es una verdadera *consecuencia lógica* –o, si se prefiere, *necesidad ontológica*, de su *concepción del hombre y de su educación*.

De acuerdo a dicha concepción, la persona se realiza –se ha señalado ya– en la medida que crece en sentimiento. Y uno de los principales sentimientos que hay que favorecer –de cara a una integral maduración– es precisamente, como también se ha dejado dicho, el sentimiento de la *autoestima*, que tiene inmediatas e irrenunciables conexiones con la toma de conciencia, por parte del educando, de la dignidad y de los derechos que le corresponden por el mero hecho de ser persona.

A fin de favorecer, pues, dicha toma de conciencia por parte de los alumnos; a fin de favorecer el que éstos llegaran a convencerse de que el *ser persona* no es una obligación que se les quiere imponer, sino un *derecho* que se les tiene que respetar, la misma tradición amigoniana insiste en la necesidad de educarles con ese *respeto* –entretejido incluso hasta de los más pequeños detalles– de que nos hablan los siguientes textos:

- *Para enseñar el respeto a lo ajeno* –apuntaba el padre Vicente Cabanes– *es necesario que les demos nosotros ejemplo de respeto a lo suyo. Es necesario, pues, que no “nacionalicemos”, valga la expresión, los pequeños bienes de nuestros alumnos, destinándolos a fondo común. Eso ni es justo ni pedagógico*²⁹.

- *Ya nuestro primer contacto con el alumno* –insiste el mismo padre Vicente– *puede ser natural o artificial. ¿Puede ser natural lo que se funda en una injusticia? He visto centros en los que se aplican a los alumnos medios que van contra todo principio pedagógico, como, por ejemplo, el del “obligatorio corte de pelo a rape”. Los argumentos aducidos para la medida, eran tan sin fundamen-*

29 CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.210.

to, que sólo los podían esgrimir hombres de mentalidad pobre, dictadores en miniatura, y, por ende, poco educadores. ¿No es la “toilette” uno de los signos o manifestaciones de la personalidad, y no es la personalidad uno de los factores que más debemos resaltar en nuestros alumnos?³⁰.

- Debemos tener muy presente todos los educadores —enfaticaba otro de los principales pedagogos amigonianos— que nuestros alumnos son dignos, por todo título, de todo nuestro respeto. Y éste debe llegar hasta la delicadeza por sus cosas. Ya en la primera entrevista, cordial y afectuosa, que el educador tenga con el alumno, se le deben guardar todas las cosillas que trae consigo, aún cuando algunas puedan parecer menos útiles. A veces lo que para las personas mayores resulta baladí, no lo es para los muchachos.

Faltan por lo tanto al respeto debido al menor, los educadores que, por cualquier fútil pretexto, les rompe objetos suyos, quizá incluso haciendo desprecio de ellos, sin considerar, ignorantes, que, al mismo tiempo, lastiman la personalidad del menor y se desprestigian a sí mismos.

Y si a las cosas debe extenderse el respeto. ¿Cuál no deberá ser el que se tenga a su persona? Si queremos que el alumno se respete a sí mismo, empecemos por respetarle³¹.

30 CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.208. Cf. también TORRENTE, Valentín, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.435.

31 PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.120 y 11.143.

EL MEDIO, FORTALECER LA VOLUNTAD

La libertad es, sin duda, el gran regalo patrimonial de la humanidad y ninguna acción puede merecer en profundidad el calificativo de humana, si, de alguna manera, no surge de ella y se orienta también a ella.

Sólo hay verdadera educación, cuando ésta se da en un clima de libertad.

Entre las varias declaraciones de la tradición amigoniana al respecto, se encuentran éstas que aquí se transcriben del padre Vicente Cabanes:

*- La educación es acción, pero esta acción debe estar en el sujeto mismo de la educación. Para actuar el educando necesita libertad, de lo contrario sería un autómatas, pero no un sujeto que sigue, por propio impulso e iniciativa, el trabajo de su educación. El bien debe ser abrazado libremente para que sea consistente*³².

*- El educador debe ser el instructor de la verdadera libertad y no el gendarme de la coacción que mate en el educando su espíritu, su personalidad*³³.

No obstante, dentro de la integral concepción antropológica cristiana –seguida, como ya se ha dejado dicho, por la tradición amigoniana– el hombre –creado *libre* por Dios– ejerce positivamente dicho *derecho a la libertad* en la medida en que sabe hacer en su vida –sin dejarse cautivar por los halagos de la inmediatez– *inversiones de verdadera y estable felicidad que le ayuden a saborear su vida*; en la medida en que es capaz de ir autoeducando su propio sentimiento humano, mediante opciones que le permitan un armónico crecimiento en amor

32 CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.923.

33 CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.107. Cf. también, *ibidem*, n. 14.104-14.105.

y alteridad.

Ahora bien, una tal capacidad de elección, una tal sabiduría en la inversión y una tal autoeducación y crecimiento, suponen en el hombre mismo una paralela maduración, autoeducación y crecimiento de la propia capacidad de fortaleza. *Sólo en la medida en que el hombre es fuerte, se torna responsable de su propio proceso, de su propia “leyenda personal” y goza, en verdad, del privilegio de la autodeterminación.*

La vida no es light

A pesar de que la actual cultura –llevada por un cierto *complejo de avestruz*³⁴ y con pretensiones no exentas de cierta esquizofrenia y rayantes en la absolutización– hace supremos esfuerzos por resaltar tan sólo la dimensión amable, suave y ligera de la vida, no cabe duda de que ésta –por mucho que se quiera ocultar o silenciar– tiene también un rostro menos amable, menos suave y menos ligero.

Una de las más antiguas concepciones antropológicas de la historia humana –cual es la que nos trasmite la Biblia– presenta ya la vida como una realidad dramática. Este dramatismo vital –tal como se ha visto desde otra perspectiva– hunde sus raíces en la misma estructura humana.

El hombre es germinalmente un *proyecto de amor*. Sólo aprendiendo a amar, sólo creciendo en sentimiento, se va personalizando y humanizando el ser del hombre. Este proyecto de amor –que implica, por su propia estructura, una *aventura* hacia el mundo de los demás, un salir, cual peregrino, *de la propia tierra*, del propio “yo”, para descubrir junto a los otros una *nueva tierra* y resucitar con ellos a una nueva realidad– encuentra, sin embargo, su más fuerte y seria oposición en el hombre mismo, quien, en su libertad, siente constantemente la tentación de convertir la *aventura* –arriesgada, pero ilusionante– que supone el *viaje hacia el otro y el encuentro con él a mitad de camino*, en un mero *dar vueltas en torno a sí mismo*. Es ésta la tentación que todo hombre experimenta tras la búsqueda de la plenitud del propio ser, tras el

34 Hay una cierta tendencia hoy en día a soslayar lo negativo de la realidad con la inconsciente pretensión de creer que enterrando la cabeza y no viendo el peligro, éste deja de existir.

anhelo de la serena felicidad. La cultura bíblica expresa bellamente este drama antropológico, revestido con el ropaje de la fe, en el relato conocido como el *pecado original*³⁵. El hombre en su *hambre de deidad*, en su ansia de plenificar felizmente el propio ser, se encuentra dramáticamente en la encrucijada de tener que optar entre la *inversión de futuro* que supone una *felicidad*, que nace del crecimiento pausado y cotidiano en el amor, y las *inmediatas gratificaciones* que le promete –cual “fruto maduro y sabroso” y a precio “de rebajas”– el propio endiosamiento. Halagado por el goce inmediato que le ofrece el egoísmo, al hombre le atrae más ser servido que servir, ser aplaudido que aplaudir, ser encumbrado que encumbrar, ser regalado que regalar..., y, aunque a la larga el mismo hombre es consciente de que todas esas cosas no acaban de satisfacerle, le resulta, cada vez más difícil y doloroso, oponerse a su fatal atractivo y seducción.

Por ello, precisamente, una pedagogía que –como la amigoniana– se orienta a acompañar a la persona hacia *su verdad y felicidad*, no puede renunciar nunca a favorecer también, y de forma armónica, el *crecimiento de la persona en fortaleza*.

En educación hay que ser *realistas*. Y, dada la estructura misma del hombre, si se quiere *crecer en alteridad*, hay que *crecer*, al mismo tiempo, *en esa fortaleza que se necesita para saber decirse no a uno mismo*, a los propios *quereres, pensares, saberes y teneres*. El nacimiento de un *nosotros* sólo es posible en la medida que disminuyen los “*yoes*” individualistas.

Y todo ese *drama estructural* que se encuentra en el trasfondo del proyecto humano y que dificulta su armónico crecimiento en felicidad y en armonía, aparece con fuerza tanto mayor, en la tipología clásica de los niños, adolescentes y jóvenes a los que se orienta primordialmente la pedagogía amigoniana.

Dichos jóvenes –como se ha insinuado ya en el capítulo anterior– presentan, como una de sus más comunes y frecuentes carencias, la falta de la suficiente autonomía para poder elegir entre aquello que les *construye* como personas y aquello que les *destruye* como tales. Son, por lo general, niños, adolescentes y jóvenes que se mueven a nivel de sen-

35 Cf. Gn. 3, 1-24.

saciones y de lo momentáneamente agradable, y no sueñan –y ni siquiera, piensan– en inversiones que puedan prometerles para el mañana una felicidad más estable y duradera.

Esa carencia –que los imposibilita, de hecho, para elegir con libertad entre la *estética del ser en armonía consigo mismo* y la *vorágine* que va precipitando la propia identidad personal en una especie de caída cada vez más acelerada y acelerante– es, por otra parte, uno de los *obstáculos* más difíciles de superar, pues, en el fondo, viene siendo resultado de ese drama afectivo, surgido del desamor y al que se ha hecho referencia en el anterior capítulo. Ha sido precisamente dicho drama el que, a menudo, ha hecho de los niños, adolescentes y jóvenes en conflicto con la ley, personas que no creen en nada ni en nadie, o, si se prefiere, personas que creen –y con fe profunda y firme– que ellos mismos son unos *don nadie*, a los que les es permitido *gozar*, pero no *ser felices*; a los que les son permitidas sensaciones placenteras, pero les es vedado disfrutar el placer de la vida en armonía consigo mismos.

La educación de la voluntad

Consciente, pues, de que la falta de la necesaria autonomía para tomar opciones verdaderamente libres ante la vida constituye una de las dificultades más serias y comunes entre los menores en conflicto y que, por otra parte, esta misma carencia de verdadera capacidad decisoria disminuye –hasta casi anularlas en algunos casos más graves– las posibilidades de afrontar con ciertas garantías de éxito un proceso educativo, la pedagogía amigoniana ha considerado, desde sus inicios, el desarrollo de la *capacidad de autonomía* en dichos menores, como uno de sus objetivos educativos más fundamentales y perentorios y se ha referido clásicamente a él como *educación de la voluntad*:

- *La educación del corazón* –escribía el padre Valentín– *ha de culminar en la formación del carácter que es el hábito de la firmeza de la voluntad cristalizada en el alma humana. Educar sin echar esas bases, sería edificar sobre arena.*

El buen educador jamás debe olvidar que la voluntad es la suprema directora del hombre..., el poder ejecutivo del alma humana... Ella

*es la que lleva al hombre a la victoria y a la derrota*³⁶.

- *De aquí, la gran importancia del sistema preventivo que exige ser fortaleza en el niño la voluntad, enseñándole a “querer” con toda su alma, a conseguir “victorias diarias” sobre sus instintos...; a curtirse al sol del cumplimiento del deber, del sacrificio...; en una palabra, a grabar en sí, con el cincel del hábito, un carácter fuerte y varonil*³⁷.

- *Hay que ir desarrollando en el niño el “espíritu” de lucha contra todo lo que es bajo y degradante, y por otra parte despertando en él ese sentimiento de “altivez y de audacia” que se llama “valor”, sentimiento que duerme latente en todo pecho juvenil*³⁸.

Hacia la autonomía personal, sin engaños ilusorios

A fin de favorecer dicha *educación de la voluntad* que —como arriba se indicaba— no es sino una dimensión de la misma educación del corazón, es decir, de la misma educación del *sentimiento humano*, el sistema amigoniano se ha servido, entre otros medios, del llamado *método de los vales*, que —además de contribuir positivamente, como se ha señalado en el capítulo anterior, a que el alumno fuera creciendo en *autoestima* y fuera encontrando *gratificante* su esfuerzo—, tenía como finalidad primera el que el mismo alumno aprendiese a *valorar* y *apreciar* las cosas, descubriendo cuánto cuesta conseguir algo por insignificante que parezca, y, desde esa experiencia, fuese descubriendo también cuánta fortaleza personal se necesita para salir del propio cascarón egoísta y crecer *hacia los demás*:

- *Uno de los factores que anulan la personalidad* —escribía el padre Vicente Cabanes— *es el encontrarlo todo de balde. Lo que nada cuesta, no se aprecia. Nuestros alumnos llegan sin apreciar el valor de las cosas. Cuando estaban fuera, se les ocurría una cosa y la quitaban. Nada les faltaba porque estaba a su alcance. Pero, dentro del establecimiento,*

36 TORRENTE, Valentín M^a de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.138. Cf. también *ibidem*, n. 12.088.

37 TORRENTE, Valentín M^a de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.139.

38 TORRENTE, Valentín M^a de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.141. Cf. también *ibidem*, n. 12.401 y 12.448.

*existe una moneda sólo válida para el interior; con la que compran cuanto necesitan: ropa..., calzado..., el jabón, los cuadernos... todo, menos la comida. Y ellos que antes, ignorantes del valor de las cosas, destrozaban cuanto a su mano se ponía; después, conocedores del sudor que les cuesta ganar la moneda o “vales”, cuidan perfectamente lo que es suyo porque se lo compraron*³⁹.

- Para que nuestros centros sean escuelas de verdad –insistía el mismo educador amigoniano– hay que hacer que los alumnos aprecien su trabajo y aprendan a comer el pan con el sudor de su frente. El pan del cuerpo, del espíritu, del trabajo y de la dignidad humana.

*Sólo se aprecia lo que cuesta. “Aquí todo cuesta” debe ser, pues, uno de los lemas que presida nuestra pedagogía. Aquí todo se compra. Nada se da de balde. Nuestros alumnos asisten a los talleres. En ellos se les enseña un trabajo. Éste debe ser remunerado, desde el momento de su ingreso, con nuestro sistema de moneda interna o de “vales”. No debe importar que se hallen en período de aprendizaje. Desde el primer día, aunque sólo barran el taller, deben recibir su retribución. Esta remuneración del trabajo debe ser la única que les permita comprarse cuanto necesiten, y no la que proviene de la buena conducta, acomodaticia e interesada las más de las veces*⁴⁰.

No obstante, la mejor estrategia articulada por la pedagogía amigoniana desde su origen para favorecer el crecimiento de la persona en fortaleza; para acompañar a sus alumnos en la *educación de la voluntad*, ha sido la misma *progresividad y gradualidad* del propio método educativo. Dicha *progresividad y gradualidad* descansa fundamentalmente sobre el principio: *a mayor responsabilidad, mayor libertad*:

*- Nuestra autoeducación, principio que informa nuestra pedagogía –dice el padre Cabanes–, está basada en la dosificación. Por ello, en la sección de perseverancia, o de imperativo psíquico, es donde la autoeducación tiene su máxima oportunidad*⁴¹.

39 CABANES, Vicente. *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.928.

40 CABANES, Vicente. *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.526-14.527.

41 CABANES, Vicente. *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.927. Cf. también, *ibidem*, n. 14.909 y 14.853-14.862.

- *La vigilancia llena de amor* –razonaba el padre Valentín–, es una verdadera necesidad, especialmente en aquellos años en que el muchacho... necesita un maestro, un guía, un protector. La vigilancia, sin embargo, no ha de ser igual para todos..., sino que variará según su temperamento, hábitos y condiciones especiales... Deberá regularse sobre la conducta del niño de tal modo, que, si éste abusa de su libertad, se afirme sobre él la vigilancia disciplinaria, mas si usa bien de su libertad, tal vigilancia se aminore y se aminore hasta casi extinguirse. Sepa el educador que a medida que el niño va creciendo y va adquiriendo el uso de su libre albedrío es preciso apelar con frecuencia a su razón, más que al régimen disciplinario. También es menester apelar... a los sentimientos nobles y generosos del alumno... Excusado es decir cómo se esfuerzan los mismos alumnos por merecer la confianza de sus superiores y acrecentar en sí el sentimiento de la propia responsabilidad. Si la vigilancia... se propasase de su justo límite, entorpecería en el educando el libre desarrollo de sus fuerzas y actividades... y sería desastrosa para la educación de su voluntad y pernicioso para la formación de su carácter... “no se puede sustituir la conciencia personal del alumno, por una conciencia puramente exterior”. Y a tan deplorable resultado se puede llegar por una “vigilancia demasiado meticulosa “que, preciándose de verlo todo, resta eficacia a la conciencia propia del alumno. Sería, en tal caso, una “acción maléfica, por lo destructora”⁴².

La educación de la fortaleza hoy

Una de las características más notorias de la actual cultura es –como ya se ha señalado– la de evitar sistemáticamente toda referencia al dolor, al sacrificio, a la renuncia..., como si se tratara de temas *tabú*. Es por ello, que ha sido calificada de cultura *light*. Se exalta en ella, lo *ligero*, lo suave, lo placentero y gratificante. Pero no obstante el silencio cultural que se ha querido imponer, la estructura humana no ha

42 Cf. TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.124, 12.126, 12.127 y 12.128.

cambiado, como es natural, y la misma realidad cotidiana, el mismo entramado social, la misma vida, exigen esfuerzo e *inversiones de futuro*, y sólo los *esforzados*; sólo los que han *fortalecido su ser* y han sabido orientar su *libertad* hacia la verdadera felicidad personal; sólo los adiestrados, de alguna manera, en el arte del autodomínio y de la superación, logran abrirse camino. La *dureza* que se quiere evitar en el discurso, está presente en la realidad diaria y la *exigencia* que no se quiere anunciar en los “spots” publicitarios, la vida misma se encarga de irlo planteando a cada uno. Y es ésta, quizá, la causa de tantas decepciones y desengaños como se dan hoy, con frecuencia, entre los jóvenes inmersos en el mundo de la droga. Se les había ilusionado con un mundo dominado por agradables tonos de *azul y rosa*, que no llegaron a descubrir después en una *realidad multicolor* en la que no faltan tampoco otros tonos más grises y tristes. Y entonces, necesitaron seguir *soñando* en un *mundo de fantasía*, pues no habían madurado lo suficiente para aceptar el mundo real *con sus mieles y con sus hieles*.

EL CREDO, FE CIEGA EN EL HOMBRE

Todo el quehacer pedagógico de la escuela amigoniana ha estado guiado, a través de su caminar ya centenario, por *creer* firmemente en la *bondad natural* del hombre –de todo hombre–, y por *esperar* consecuentemente, y aún contra toda esperanza, en su *recuperación*.

Esa fe en el hombre y en sus posibilidades es, no cabe duda, una herencia más del *humanismo cristiano* que nutre –como ya se ha dejado dicho repetidamente– las raíces mismas de la pedagogía amigoniana.

Uno de los principios de dicho *humanismo cristiano* es el de otorgar a toda persona –por el mero hecho de ser tal– un valor inalienable. Esta especie de *sacralidad* ha constituido en realidad el quicio de todo humanismo y la base irrenunciable sobre la que se apoyó, de alguna manera, la declaración de los mismos *derechos humanos*. Y ha sido, precisamente, el olvido de ese principio el que ha distinguido, como común denominador, todos los *sistemas represivos* que se han sucedido a lo largo de la historia de la humanidad. Estos sistemas, al relativizar el valor de la persona concreta e individual en favor de otros absolutos, como han podido ser, el *bien común*, el *bienestar* económico o, incluso, *el servicio ciego a una deidad* desprovista de todo sentimiento y legamen con el hombre, han acabado pisoteando, cuando no aniquilando, al hombre. Unas veces, los sistemas represores han sido *fundamentalismos* de tipo religioso que han actuado con la pretensión de *defender a Dios* y de *matar en su nombre*; otras, han sido ideologías de signo racista o cultural las que han sembrado la muerte; otras, toda una amplia gama de dictaduras que –bajo la bandera de una mejora económica o social, o amparadas en la quimera de evitar así un mal mayor– han actuado, al margen de todo derecho, con toda brutalidad y, desgraciadamente, incluso con toda *tranquilidad de conciencia*. Pero el común denominador de todas estas tendencias, absolutistas y dicta-

toriales, ha sido precisamente —como arriba se ha indicado— haber despreciado el principio de que toda persona tiene un *valor inalienable*.

La tradición amigoniana ha expresado ese principio fundamental, a lo largo de su historia, en el interés que ha mostrado indefectiblemente por todos y cada uno los niños, adolescentes y jóvenes que han llegado a los propios centros; en el afán con que ha defendido a todo menor, fuese cual fuese su situación ante la ley, y por el ardor con que ella misma ha apoyado en todas las realidades nacionales en que se ha hecho presente una *ley de menores* que fuese *educativa*.

Íntimamente unido al anterior principio —relativo, como se ha visto, a la dignidad personal de todo hombre—, se encuentra, en el mismo pensamiento y sentimiento del humanismo cristiano, la creencia de que *en todo ser humano existe una innata capacidad de querer y de actuar el bien*, por muy desfigurada que ésta pueda encontrarse en determinadas personas y circunstancias. En este sentido, el humanismo cristiano —a pesar de reconocer en el hombre una fuerza que lo atrae hacia la debilidad y a pesar de comprobar que dicha fuerza domina a algunos hombres casi de forma irremediable—, se ha resistido a aceptar las absolutizaciones de aquellas teorías que quieren ver en ciertas estructuras genéticas una predisposición ciega y fatal hacia el mal y pretenden negar, en consecuencia, en determinados grupos de personas toda posibilidad de experimentar sentimientos positivos y constructivos. La defensa de este “dogma”, centrado en la *bondad natural de todo hombre*, es, por otra parte, un dogma irrenunciable —a pesar de todas las limitaciones y debilidades que puedan argüir sus detractores en el campo de las ciencias biológicas y fisiológicas— para todo aquél que quiera ser profundamente *humanista*, y para contrarrestar, de alguna forma, la tentación —no nueva ni esporádica en la historia— que sienten algunos de “*demonizar*” a determinados grupos humanos para proceder después a exterminarlos impunemente bajo la justificación que puede ofrecer el *ir a la caza de brujas*. Es, de alguna manera, lógico que la sociedad, ante la consideración de algunos hechos concretos que pueden ser calificados de verdaderas “monstruosidades”, experimente un cierto desencanto y se resista a creer que tras la persona que los protagonizó existiera el más mínimo rastro de sentimiento humano. Pero es también importante —

incluso, tanto más imprescindible, cuanto mayor es el clima de violencia del entorno— que los pensadores y, sobre todo, los *educadores* de esa misma sociedad ayuden a sus hombres y mujeres, en medio de la “lógica” desilusión por lo que acontece, a conservar la suficiente lucidez para no caer en condenas absolutas y para seguir cultivando, a pesar de los pesares, *ese toque de humanismo* que invita a creer —o, al menos a *soñar*— que incluso esas mismas personas autoras de “monstruosidades” fueron capacitadas germinalmente para la bondad, por más que ni ellas mismas, por causas y circunstancias diversas, llegaron a descubrir y experimentar dicha capacidad.

En sintonía con su fe en la bondad natural de todo hombre, la tradición amigoniana ha transmitido constantemente el sentimiento de que no existe el muchacho *difícil* y, mucho menos, el muchacho malo. Los textos que aquí se transcriben respiran, de alguna manera, esa creencia:

*- Los alumnos que ingresan en nuestros centros no son degenerados, ni siquiera perversos...; son jóvenes inexpertos, distraídos o desviados del cumplimiento del deber..., quienes en la primavera de su vida, atraídos por el fatuo fulgor de los halagos, han revoloteado cual indiscretas mariposas por entre diversos peligros, llegando algunos al extremo de abatir las hermosas alas de sus nobles aspiraciones y caer revueltos en las turbulentas aguas de la disipación*⁴³.

*- Como se observa —decían ya las Constituciones amigonianas en 1910— que los alumnos que ingresan en nuestras casas no son degenerados, sino más bien jóvenes inexpertos, distraídos o desviados del cumplimiento de sus deberes, en ellas no se necesita emplear medios violentos ni fuertes castigos. Los educadores —establecía el mismo texto— tiendan a suavizar cuanto puedan la aplicación del reglamento que se halla establecido; usando del sistema preventivo y echando mano de medios estimulantes, más bien que coercitivos*⁴⁴.

43 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.171.

44 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 229 y 248.

- Pronto volverán a manifestarse en los alumnos –insistían dichas Constituciones, resaltando una vez más la bondad natural de los muchachos– *sus buenas inclinaciones e irán borrándose paulatinamente las huellas de su pasado*⁴⁵.

Importa la persona, no sus actos

Una de las más importantes consecuencias que se han derivado de todo lo anterior para la propia pedagogía amigoniana ha sido la de centrar su atención en el ser de la persona y no, en sus *hechos*:

- *El sistema represivo* –decía el padre Valentín– *mira el delito, en cambio nosotros miramos a la persona que ha delinquido para rehabilitarla y levantarla. Los delitos no nos importan*⁴⁶.

Cuando el *hijo pródigo* de la parábola evangélica⁴⁷ volvió a casa, su padre –que se limitó a acogerlo con el corazón ensanchado y los brazos abiertos y a dispensarle los honores propios de un hijo querido, y hasta preferido– no le hizo ningún reproche ni se puso a averiguar qué había hecho. Frente a la actitud del *hermano mayor* –que encarna los criterios de una justicia que juzga según las obras y acaba reduciendo a la persona a sus acciones–, el *padre*, llevado por un amor *siempre fiel* y “*a la medida*”, y capaz de *amar más a quien más lo necesita*, se alegra “simplemente” porque *su hijo, que estaba muerto, había vuelto a la vida*. Al padre, lo único que le interesa es *la persona* de su hijo. Su alegría no radica, tan siquiera, en que el hijo haya vuelto a casa o en que él lo haya recuperado. El motivo de alegría es el *hijo mismo*, que, antes, andaba como perdido por la vida y, ahora, empieza de nuevo a saborear y disfrutar su vida.

Y ese relato –que, más allá de toda significación religiosa, contiene un verdadero y universal *poema pedagógico*– fue el que alimentó tradicionalmente el sentimiento educativo amigoniano, confiriéndole precisamente ese matiz de *saber trascender los hechos y centrar el corazón de la acción pedagógica en la persona*.

45 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 238.

46 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.113.

47 Cf. Lc. 15, 11-32.

A partir de ese centrar el corazón de toda su acción educativa en la persona, la pedagogía amigoniana ha desarrollado también una gran capacidad de *saber hacer la vista gorda* para acoger a sus alumnos, como si nada hubiesen hecho, y para mirar hacia el futuro de los mismos y no, hacia su pasado. El pasado ya no se puede cambiar, pero el futuro siempre es posible comenzararlo de nuevo.

Por todo ello, la pedagogía amigoniana ha sido celosa en silenciar los expedientes de sus alumnos, rodeándolos de una cuidada reserva que se ha extendido incluso al interior del propio centro y ambiente educativo.

No obstante, el texto que –a mi entender– mejor expresa todo ese sentimiento de *perdón* y *de olvido* del pasado es el que transcribo a continuación:

- No son las plantas ni las flores sólo, ni son los cuadros ni los pájaros los que hacen acogedora una casa de familia... es el cariño, la alegría, los brazos abiertos de una madre que oculta las faltas del hijo, que olvida sus andanzas, aunque las recuerde en el santuario de su corazón para prevenirle y evitarle la recaída; que recoge las lágrimas de su hijo, fruto del dolor y del arrepentimiento, para juntarlas con las suyas propias que son de amor y de perdón; que cicatriza sus heridas con el bálsamo salido de sus labios... Y este espíritu existe entre los educadores amigonianos y sus alumnos⁴⁸.

Esperar contra toda humana esperanza en la recuperación

Otra de las consecuencias que ha tenido para el *ser* y *hacer* de la pedagogía amigoniana su creencia en la bondad natural del hombre, ha sido su *incondicional apertura a la esperanza*.

Desde sus inicios, la pedagogía amigoniana cultivó con esmero este otro matiz de su sentimiento educativo a través de dos textos bíblicos que –como tantos otros– encierran una gran lección antropológica.

Se trata del texto de los *huesos secos* que trae el profeta Ezequiel⁴⁹ y del pasaje de la *resurrección del hijo de la viuda de Naim*⁵⁰ que refiere el evangelio. En ambos, la moraleja es la misma: *tratándose de la recupera-*

48 CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.204 y 14.866.

49 Cf. Ez. 37, 1-14.

50 Cf. Lc. 7,11-17.

ción de las personas, nunca hay que “tirar la toalla” y nunca nadie puede darse por vencido. Siempre es posible o, al menos, hay que soñarlo así, que los huesos –por muy secos que parezcan– recobren de nuevo la vitalidad por el espíritu, por el calor del amor. Y siempre es posible que una persona –por más muerta que aparente estar; por mucho que la gran mayoría de la sociedad se empeñe en creer que no queda, sino darle sepultura– vuelva a la vida. A veces, lo único que hace falta es que haya alguien con el suficiente cariño y convencimiento en su corazón y en sus palabras que le diga con renovada esperanza: niño, joven, levántate⁵¹; Lázaro, sal fuera⁵².

Haciendo propios los gritos del *hijo pródigo*, cuando se decide a volver a casa –*Surgam* (me levantaré) – y de Jesús dirigiéndose al joven de Naim –*Adolescens, surge* (joven levántate)–, la tradición amigoniana ha confesado siempre su indefectible fe –profesada incluso, a veces, contra toda humana esperanza– en que todo hombre –y especialmente, todo niño, adolescente y joven– por muy “muerto” que parezca, por muy grandes que puedan ser sus “deficiencias”, puede *volver a la vida*.

Y no cabe duda que el *Joven, levántate* dirigido a todo muchacho y, en particular, a los más difíciles, con la profunda convicción de que siempre es posible el cambio, constituye el más adecuado refuerzo pedagógico para que el alumno, convencido de sus propias posibilidades, a través del afecto sentido, pueda pronunciar con sus labios y con su corazón, con optimismo y alegría, su propio *Surgam* en la vida, su decisión de *levantarse* y cambiar definitivamente el rumbo.

Por otra parte, dicho credo en la recuperación de la persona es el que ha dado al sistema amigoniano su capacidad de *seguir soñando* en medio de una realidad cotidiana que no es precisamente fácil, y el que lo ha rodeado de un cierto *hábito de magia*. Y la educación siempre tiene que tener algo de magia, pues magia –y no otra cosa– es lo que regala a la vida el amor a través de su inquebrantable e incondicional

51 Cf. Lc. 7,14.

52 Cf. Jn. 11,43. Con relación a este texto puede reflexionarse el poema que se propone como lectura al final de esta parte.

fidelidad. Y esta dimensión mágica –común por lo demás a toda vida humana– se hace tanto más necesaria en sistemas que, como el amigoniano, se dirigen a personas que presentan mayores carencias que el común de la gente. Pareciera como si entonces fuese más imprescindible el recurso a esa *varita mágica* que sólo se actúa cordialmente.

El educador que no cree en la posibilidad de cambio de sus alumnos difíciles, se limita, en el mejor de los casos, a ser comprensivo con ellos, pero no ejerce en su integridad la misión educadora, que le compromete a ser un acompañante fiel de sus alumnos en su *proyección de futuro*. Sólo desde una invencible esperanza se puede contribuir positiva y eficazmente a la recuperación de aquellos alumnos que presentan mayores deficiencias. Algo de todo este sentimiento es lo que nos transmite uno de los grandes pedagogos amigonianos en este texto:

- Dos palabras, como de paso, sobre los incorregibles. ¿Sabéis quiénes son los incorregibles? Algunos llaman así a aquellos alumnos que, por tener una voluntad muy obstinada en el mal, no dan esperanzas de corrección. Pero, decidme sinceramente: ¿cuándo se puede decir con verdad que un alumno es “incorregible”?

Sólo cuando se hubieran agotado los recursos divinos y humanos; cuando se hubieran agotado todos los recursos de la “ciencia y de la gracia”, se podría hablar así. Pero ¿quién será el osado que se atreva a asegurar que él ha empleado todos los resortes que le ofrece la ciencia? ¿Quién el atrevido que ponga límites a los abismos insondables de la gracia?... No juzguemos, pues, a la ligera a nuestros alumnos porque... Dios puede hacer de las piedras hijos de Abraham.

Además, no es propio de los buenos educadores calificar así a la ligera, sino de educadores bisoños y principiantes, quienes, muchas veces sin suficientes elementos de juicio, adelantan criterios ofensivos a la caridad que debemos tener para con nuestros alumnos.

Yo, en 20 años como educador, jamás me he atrevido a llamar “incorregible” a un alumno. Hemos de amar mucho a nuestros alumnos, y el que los moteja con semejantes calificativos, demuestra, bien a las claras, que los quiere muy poco⁵³.

53 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.009.

EL AMBIENTE, FAMILIAR

En orden a una armónica e integral maduración de la persona en humanidad y en amor, la tradición pedagógica amigoniana –fiel, una vez más, a sus raíces, cristianas por cultura y por fe– ha resaltado desde sus orígenes lo importante que es el hecho de que en los *grupos educativos* reine un verdadero *ambiente familiar*:

- *El primer ambiente natural y necesario de la educación* –decía en 1934 el padre Valentín– *es la familia. De modo que regularmente la educación más eficaz y duradera es la que se recibe en ella... Y ¿qué hacemos nosotros en los reformatorios sino sustituir a las familias...? La ley de menores... busca un centro donde colocar a los muchachos “como en familia”. Por tanto, nosotros venimos a... constituirnos como los padres de nuestros alumnos. Tan es así, que hasta han desaparecido, felizmente, esas agrupaciones numerosas de alumnos en secciones y han sido sustituidos por grupos de quince o veinte...⁵⁴.*

- *La familia* –había escrito también el padre Valentín– *es el medio natural de educación más eficaz porque como dice D. Manuel Siurot: «la educación nace y se constituye en el hogar y la madre es la eterna educadora del alma como madre y como esposa»...*

De ahí, la suma importancia que tiene que, cuando un muchacho viene a nuestros centros, encuentre entre nosotros esa acogida atenta, ese cariño, ese «accueil» como llaman los belgas, que le hacen abrir las puertas de su corazón y se entrega rendido a sus educadores...

Tal vez ese muchacho no había sentido en su vida lo que era una prueba de cariño, tal vez jamás había experimentado la dulzura de una sonrisa, tal vez no había jamás visto satisfecho su estómago hasta ese dichoso día en que el agente de la autoridad, o por mejor decir, el Buen Pastor, nos traía esa ovejita descarriada para curarla y sanarla.

54 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n.12.068.

*Nada de caras serias, nada de ceño torvo, nada de temperamentos hoscos e intratables*⁵⁵.

- *El régimen y el marco de nuestras secciones, o grupos educativos* – afirma el padre Vicente en su libro “Observación Psicológica y Reeducción de Menores” – *da la impresión de una vida íntima, de una vida familiar.*

Para nosotros es básico el régimen familiar...

*La vida de familia es necesaria en cualquiera de nuestros reformatorios... Si los educadores deben de hacer en ellos las veces y oficio de padres de sus alumnos, difícil será hacerlo si la organización no corresponde a un criterio familiar. Los alumnos de un reformatorio carecen de hogar o no pueden vivir en él; de aquí la necesidad de suplir tal deficiencia, dando la sensación de un verdadero hogar familiar. Nada de grandes caserones y de secciones numerosas donde impera la disciplina cuartelaria*⁵⁶.

La creación de un tal ambiente familiar, sin embargo, aunque se ha visto favorecida incluso por una distribución física agradable, *saturada de verdor y llena de vida*⁵⁷, ha sido, ante todo y tradicionalmente, el resultado del *sentimiento educativo* que han hecho propio y han testimoniado en sus actuaciones, los educadores amigonianos⁵⁸.

Educando a través del grupo

El grupo social –ya sea de carácter familiar, o más amplio– aparte de constituir un ámbito imprescindible para el armónico crecimiento humano, se convierte también, de alguna manera, en una especie de *educador - corporativo*.

Es evidente que en el normal y complejo entramado social, el protagonismo de la educación de los miembros más jóvenes, aunque corresponda primordialmente a los padres de familia, es ejercido y compartido por otros estamentos, como puede ser la escuela, el barrio o el grupo de amigos.

55 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n.12.064.

56 Cf. CABANES, Vicente. *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.865.

57 Cf. CABANES, Vicente. *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, esp. n. 14.204 –14.207 y 14.866.

58 Este sentimiento educativo del que se ha dicho ya algo en el capítulo I de esta parte II, se desarrollará con detenimiento –profundizando en sus principales matices– en la parte III de la presente obra, dedicada íntegramente al mismo.

Por otra parte, hoy en día –y como influencia de una cierta cultura tendente a relativizar cada vez más el primordial papel de los padres y de la familia en la educación–, se ha reforzado de tal manera en la práctica la importancia del *grupo de pares*, que, en algunos ambientes⁵⁹ es fácil apreciar cómo los verdaderos educadores de los jóvenes son, de hecho, sus mismos amigos.

La tradición pedagógica amigoniana –sin caer, por supuesto, en el extremismo de esta última tendencia cultural, y sin desvirtuar el rol del educador, delegando en el grupo las funciones educativas que le corresponden a él, personalmente– ha reconocido de forma constante el importante papel que tiene el grupo, como tal, de cara al crecimiento y maduración de cada uno de sus miembros.

A través, principalmente, del deporte y de otras actividades recreativas y culturales comunitarias, la pedagogía amigoniana ha fomentado –de forma constante a lo largo de su historia– que todos los integrantes del mismo grupo educativo colaborasen entre ellos a crecer mutuamente en valores, a limarse unos a otros los egoísmos y las asperezas de carácter, y a educarse comunitariamente para vivir en sociedad, reconociendo, en la práctica, toda una serie de derechos y obligaciones.

En este sentido, ha sido aleccionador el comprobar cómo muchas de las grandes *lecciones de vida*, los alumnos las fueron asimilado con más naturalidad y eficacia cuando provenían espontáneamente del grupo de compañeros, que cuando les habían sido *dictadas*, de alguna manera, por el *educador*.

Y toda esta experiencia del quehacer amigoniano –que ha sabido hacer del grupo mismo un agente educativo– puede constituir un buen aporte al mundo de la pedagogía, en un momento histórico, en que muchas de sus escuelas –y particularmente las que se centran en la recuperación de los jóvenes drogodependientes– están resaltando el valor de las *terapias grupales*, prefiriéndolas, en muchos casos, a otras

59 Al hablar aquí de ambientes, no me refiero necesariamente a ambientes problemáticos o desestructurados. El fenómeno arriba mencionado se da hoy incluso, como diría el refrán, *entre las mejores familias*.

de tipo más individual, que, en ocasiones, favorecen más el desarrollo de un *ego*, que el de un *nosotros*⁶⁰.

Educando al menor y a su entorno

Uno de los lemas educativos más asumidos tradicionalmente por la pedagogía amigoniana ha sido –como ya se ha dejado dicho– el de *educar para la vida*⁶¹.

Sin embargo, dicha educación para la vida –con ser ello muy importante y, en ocasiones, imprescindible– no puede limitarse, como clásicamente se hacía, por lo general, hasta la segunda mitad del presente siglo, a un capacitar laboralmente al alumno y a un inculcarle unos adecuados comportamientos sociales.

La educación para la vida no puede realizarse cabal e integralmente sin una colaboración activa de los distintos estamentos sociales relacionados con el alumno. Y quizá ha sido la falta de esta colaboración integral, la que ha significado una de las más evidentes limitaciones históricas de la pedagogía amigoniana, que con cierta frecuencia, ha sido tan celosa por salvaguardar la independencia del trabajo educativo realizado en el internado y la intimidad de los propios centros, que ha podido dar la sensación de que educaba al margen de la vida social.

Con el tiempo, la pedagogía amigoniana fue asumiendo la dimensión social que debe tener toda educación para ser integral y, de tal manera desarrolló esta dimensión en determinados tipos de actuación en medios abiertos y en trabajos de calle y barrio, que comenzó a acuñarse en su seno la expresión *reeducar–resocializando*⁶². No obstante,

60 Las terapias individuales, aplicadas indiscriminadamente y sin una visión antropológica abierta y encaminada al crecimiento de la persona como *ser en relación*, más que favorecer la expansión de la persona hacia los demás, han alimentado todo una serie de *egoísmos*, que la han ido *enanizando* progresivamente.

61 Cf. TORRENTE, Valentín M^a. de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.143 ; 12.401 y 12.448. Cf. también Terciarios Capuchinos, *Manual de Usos y Costumbres de 1933 y 1946*, n. 214 y *Espiritualidad Amigoniana* (Manual de Espiritualidad), n. 167.

62 Esto que aquí se afirma se inició históricamente, dentro del amplio campo de la pedagogía amigoniana, con el trabajo desarrollado por la Congregación en el barrio marginal Auf den Hügel, de la ciudad de Bonn, capital de la entonces, República Federal de Alemania.

fue a partir fundamentalmente del trabajo terapéutico desarrollado por la pedagogía amigoniana en el mundo de las drogodependencias, cuando se percibió, con toda claridad, la necesidad de dar su verdadera importancia a dicha dimensión social, incorporando para ello –en la medida de lo posible y de forma activa– a la familia y al propio ambiente social que la rodea, en los programas de recuperación de los menores internados por conflictos con la ley.

Y la importancia de una tal apertura de la pedagogía al ambiente social de los menores atendidos en los internados, pienso que puede ser refrendada también, de alguna manera, desde los mismos textos del evangelio, que inspiraron nuclearmente el nacimiento y posterior desarrollo del *sentimiento pedagógico amigoniano*.

Los textos a los que me refiero, son particularmente las tres parábolas con que el evangelista Lucas elabora una misma unidad *temática*⁶³.

En las tres aparece indefectiblemente, como final del relato, la celebración de una reunión festiva y jovial.

Ni el pastor, ni la mujer y ni mucho menos el padre, resisten a la tendencia natural que todo hombre experimenta a compartir y a participar a los amigos, a los vecinos, a los de casa, su alegría por la recuperación del bien perdido. Entre los festejos organizados por esos tres personajes⁶⁴ sobresale sin embargo, por la expresividad y viveza de los sentimientos, el tercero de ellos, en el que se celebra «a bombo y platillo» el hecho de que el hijo pequeño *estaba muerto y había vuelto a la vida*⁶⁵.

Además, no es difícil apreciar, en ese tercer relato, cómo la fiesta que organiza «con los de casa» el padre de la parábola, no es sólo una ocasión para poder compartir con sus próximos la alegría que él mismo siente por el hijo recuperado, sino que constituye al mismo tiempo una especie de *nueva presentación* de su hijo *en sociedad*. Una

63 Cf. Lc. 15, 1-32, donde aparecen las parábolas de la oveja perdida, de la dracma perdida y del padre misericordioso.

64 Cf. Lc. 15,6. 9. 23-32.

65 Cf. Lc. 15, 24 y 32.

nueva presentación social en la que el padre busca fundamentalmente que su hijo se sienta acogido y querido, no sólo por él mismo –que como padre le ha permanecido siempre fiel y lo ha amado *a la medida*–, sino también por «todos los de la casa», por su propio ambiente social. Una nueva presentación que, por otra parte, requiere por lo general –como se evidencia en la misma parábola a través de la actitud del hijo mayor⁶⁶– una terapia educativa que prepare a los distintos miembros del entorno de la persona en conflicto –particularmente a los padres y a los hermanos– para que sepan acoger adecuadamente al que vuelve y puedan ofrecerle un ambiente renovado.

66 Puede ser aleccionar al respecto, el diálogo que mantienen, a las puertas mismas del convite, el padre y el hijo mayor. Las palabras del padre se dirigen en todo momento a que su hijo cambie no sólo las ideas, sino fundamentalmente los sentimientos y pueda acoger así, con corazón amplio, a su hermano pequeño. (Cf. Lc. 15, 28-32).

EL SENTIMIENTO
PEDAGÓGICO
AMIGONIANIANO

Capítulo I.

Un contrato de simpatía.

Capítulo II.

Atención a la individualidad.

Capítulo III.

Fidelidad inquebrantable.

Capítulo IV.

Credibilidad y testimonio.

La pedagogía amigoniana, en su proyecto de contribuir a la reconstrucción de la persona desde el desarrollo de sus capacidades de sentir como tal y de decidir con libertad, ha apostado siempre fuerte –como se ha visto hasta el momento– por conmover las entrañas de los alumnos, a pesar de los traumas padecidos, y ha propiciado para ello en sus educadores un talante educativo humano y humanista, que los hiciera ser en verdad *expertos en humanidad y profetas del sentimiento humano*.

Y ese *talante* educativo –singular y extraordinario aporte de la pedagogía amigoniana al mundo de los menores en situación de riesgo o de conflicto– ha hecho posible, no sólo que el cotidiano quehacer de dicha pedagogía se transformase en *arte*, sino también que los mismos educadores adquiriesen, de alguna manera, la dimensión de *poetas* de la acción, ya que poeta es, en definitiva, todo aquél que tiene la virtud de convertir en vino, el agua; de convertir en *sentimiento*, lo que el intelectual llama “ideas” y lo que el legalista gusta denominar “la ley” o “los reglamentos”.

A profundizar, pues, ese *talante* típico de la amigonianidad, se dedicará íntegramente esta parte III en la que se desarrollarán aquellos valores que lo han identificado con más propiedad y casticismo.

UN CONTRATO DE SIMPATÍA

La educación del sentimiento, la educación del corazón –principal objetivo educativo amigoniano–, sólo es posible –como ya se ha dejado dicho– desde el testimonio.

Sólo crece en sensibilidad y en capacidad de amar, la persona que se ha sentido querida. Detrás de todo drama personal hay siempre una profunda carencia afectiva.

Y en la progresiva superación de ese drama afectivo se encuentra, quizá, el verdadero secreto de una sincera recuperación personal. En la medida que la persona se va sintiendo querida, acogida, valorada, se va desarrollando en ella la innata capacidad de sentimiento y, junto al primer y más radical de los sentimientos –que es precisamente el del amor, el del aprecio y cariño– va experimentando también el sentimiento de la propia dignidad personal, el sentimiento de la *autoestima*, básico para que se despierte en ella esa imprescindible capacidad de fortaleza que se requiere para optar con verdadera libertad por inversiones que favorezcan un desarrollo de la propia identidad en felicidad y armonía.

De cara, pues, a dicho propósito, la tradición amigoniana ha desarrollado, como un *matiz* primordial e imprescindible del propio talante educativo, el de la *empatía*, al que se hará referencia en este capítulo a través de esa expresión *contrato de simpatía*, utilizada ya por uno de los primeros educadores amigonianos¹.

La empatía –esa capacidad de sintonizar con el otro, asumiendo, con sacral respeto, sus más íntimos sentimientos en el propio corazón– además de contribuir a la creación del típico clima familiar que ha reinado tradicionalmente en los grupos educativos amigonianos, se

1 DOS HERMANAS, Bienvenido de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.330.

ha distinguido principalmente, en la misma escuela amigoniana, por una *cercanía de vida y de corazón* de los educadores hacia los alumnos, que –como se verá con más detalle en los apartados que configuran este capítulo– ha matizado el mismo quehacer amigoniano *de presencia constante, de convivencia, de sensibilidad y disponibilidad, de solicitud, de sencillez y de alegría*.

Acogida cariñosa

La acogida cariñosa de quien llega es muchas veces el primer y principal refuerzo educativo que se puede ofrecer al educando. En ocasiones, la mera acogida amable de quien se siente en dificultad y desamparado, o el mero escuchar, en silencio pero con sentimiento, a quien necesita comunicar su situación, puede constituir para él un estímulo tal, que desde ahí, se sienta animado, de forma decisiva, a sobrellevar con otro talante, o incluso a superar, su difícil situación. En el mundo mismo de los niños, adolescentes y jóvenes con problemas, el hecho de acogerlos cariñosamente es ya –como afirma con insistencia la tradición pedagógica amigoniana– un impacto muy positivo para favorecer el proceso educativo posterior. Es importante, pues, que la acogida constituya en realidad un *primer testimonio de ternura* y un *primer contacto de cordial comunicación, de empatía y simpatía*, entre educador y educando:

- *Desde el momento que ingresa el alumno* –decía ya en 1906 el padre Domingo de Alboraya– *debe ser objeto de cuantas atenciones necesite, sin escatimarle nunca el cariño*².

- *La primera obligación de todo educador* –insistía el padre Jorge–, *es, sea quien fuere el alumno ingresado, recibirlo con cariño...*

Máxime se ha de extremar la afabilidad, en la acogida dispensada a aquellos que han sido tratados mal y no han gozado de la alegría legítima y pura.

El educador que –conocida o no– la historia del menor, le recibiese con desdén, sin palabras de cariño y aliento..., quizá habría cerrado las puertas del corazón del alumno.

2 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.248. Cf. también: TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 253, 237 y 244, y *Manuales de 1933 y 1946*, n. 212.

*Cuanto antes, pues, se facilitará al alumno que pueda ducharse, y, si viene sin comer, se le preparará enseguida cubierto, mesa limpia y comida confortante*³.

- *Es de suma importancia* —escribía el padre Valentín de Torrente refiriéndose también al momento de la llegada del nuevo alumno— *que encuentre entre nosotros esa acogida atenta, ese cariño, que le hacen abrir las puertas de su corazón... Recíbase, pues, al alumno con muestras de "gran simpatía" por él. Ninguna de sus cosas ha de ser mirada con indiferencia por el educador, sino al contrario, muéstrese solícito y afanoso por servirle... muéstresele "un verdadero amor por su reforma", por su bien*⁴.

- *Si al pisar por primera vez los umbrales de nuestro establecimiento* — insistía aún el padre Vicente Cabanes— *el muchacho se encontrara con un hombre serio, con rigidez y frialdad pétreas, y las primeras palabras que oyera en nuestra casa fueran de reproche y de ironía, exigentes e investigadoras de las faltas cometidas, aquel pobre muchacho podría muy bien volverse a su casa. El centro ya no sería para él educativo, sino carcelario*⁵.

- *Tengamos en cuenta una vez más* —añadía el mismo padre— *que no son las plantas, ni las flores sólo, ni son los cuadros... lo que hacen nuestro centros acogedores... es, sobre todo, el espíritu de penetración existente entre educadores y alumnos*⁶.

Conocimiento por vía del corazón

Desde que —en el ya lejano año de 1892 el padre Luis Amigó recomendara a sus seguidores que *aprendieran por experiencia la ciencia del corazón humano*⁷, los amigonianos, aún siendo pioneros, dentro de España, en la aplicación de las ciencias psicopedagógicas orientadas al conocimiento del menor, consideraron, de forma constante e indefectible, que el mejor medio para conocer en profundidad al alumno

3 PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.152.

4 Cf. TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.064 y 12.420 – 12.421. Cf. también *ibidem*, n. 14.204 y 14.866.

5 CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.733. Cf. también *ibidem*, n. 14.734 – 14.743.

6 CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.866. Cf. también *ibidem*, n. 14.204.

7 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2047.

es la vía del corazón, es decir, el entablar con él una relación cordial, empática, que le vaya impulsando a darse a conocer a través de la dinámica misma de la vida diaria.

A ese convencimiento contribuyó, no cabe duda, la meditación de la parábola del Buen Pastor que el mismo padre Amigó les legó como paradigmática, no sólo de su crecimiento integral, sino también de su actuación pedagógica. La parábola del Buen Pastor –como se ha dicho ya de la del *hijo pródigo*– más allá de su significación espiritual, constituyó para la tradición amigoniana un verdadero *poema pedagógico*. Un poema en el que, entre otros matices que se irán viendo, aparece precisamente éste *del conocimiento por vía del corazón*. El Buen Pastor, dice el texto, *llama a las ovejas por su nombre y las conoce*⁸.

Llamar por el nombre y conocer son dos realidades que en la cultura semita se revisten de *sacralidad* por cuanto que superan el ámbito de lo conceptual y se internan en esa esfera de los sentimientos humanos que tiene siempre algo de *sagrado*, incluso desde una visión meramente antropocéntrica.

En la cultura semita, el nombre es reflejo de la personalidad, de la identidad o “mismidad” de cada ser. De aquí que cuando una persona experimenta, de alguna manera, una transformación en su identidad, queda ésta patentizada en el consiguiente cambio de nombre⁹. Desde esta perspectiva, *llamar por el nombre* implica *conocer* a la persona. Sólo en la medida en que se conoce a quien se llama, deja de ser el nombre “una simple voz” y sirve para evocar su personalidad. La dinámica de *llamar por el nombre* se entrecruza así con la del *conocimiento*. Un conocimiento entretrejado más de *vida* que de *conceptos*, más de *sentimiento* que de *ideas*. Un conocimiento que viene por *vía del corazón*. Sólo amando se conoce a la persona, porque sólo en el amor se comparte la vida, se comparte el *ser*¹⁰.

8 Cf. Jn, 10, 3 y 14.

9 Cf. por ejemplo, los casos de *Abraham* (Gn, 17,5) y *Jacob* (Gn. 32, 28 y 35,10).

10 El tema del *conocer*, entre los semitas y orientales en general, es mucho más profundo que en nuestra cultura occidental. Trasciende lo conceptual para adentrarse en lo sentimental. No radica en el cerebro, sino en el corazón, en el *leb*, como decían los hebreos. Es, ante todo, *un acto de amor*. De aquí que, en ocasiones, el verbo *conocer* tenga en dichas culturas connotaciones de *relación sexual*, pero, en esos casos, más que revestirse el conocimiento de sexualidad, es la sexualidad la que, revestida de sentimiento, se torna *poesía*.

De esa forma, el *conocimiento por vía de corazón* alude, además, al núcleo mismo de la *empatía*, por cuanto que implica un compartir sentimientos, un sintonizar de las personas desde la profundidad del propio *ser*. Y tal fue la forma como afrontó desde sus inicios, la escuela amigoniana, el apasionante tema del *conocimiento de los alumnos*. Ya los primeros amigonianos se percataron de que el pedagogo tiene mucho camino andado *si estudia a fondo los movimientos del corazón humano*¹¹ y buscaron, en consecuencia, la manera de *hablar al corazón* de sus alumnos¹². Los medios principales de que se ha servido tradicionalmente el educador amigoniano para conocer a sus alumnos, han sido –como dejan entrever los textos que a continuación se traen– el compartir con ellos alegrías y tristezas y el crear con relación a los mismos un ambiente de empatía y de franca relación personal:

- *El mejor medio para ayudar a los alumnos en su recuperación* –decía el padre Bernardino– *es “aconsejar, sufrir, vigilar y llorar con ellos y reír con sus alegrías”*¹³.

- *Los religiosos* –constataba en 1906 el padre Domingo de Alboraya– *responden a los alumnos cariñosamente y sin reservas y establecen con ellos, esa mutua relación de estima y afecto que suaviza y hace llevaderas las prescripciones del reglamento*¹⁴.

- *En nuestros centros* –comentaba el padre Vicente Cabanes– *existe tal espíritu de compenetración entre educadores y alumnos, que aquellos viven, comen, juegan y alternan con éstos, formando una familia cuyo hermano mayor es el educador*¹⁵.

Educación desde la cercanía

El sentimiento de la *empatía* se ha nutrido y expresado primordialmente en la escuela amigoniana, a través de la actitud de *cercanía*. De una *cercanía* que requiere en el educador una gran dosis de generosi-

11 Cf. ALACUÁS, Bernardino de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.014.

12 Cf. TERCERIARIOS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933 y 1946*, n. 228 y *Espiritualidad Amigoniana*, n. 195. Cf. también Os. 2, 16.

13 ALACUÁS, Bernardino de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.008.

14 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.251. Cf. también, *ibidem*, n. 6.034 ; 5.058 ; 5.061 ; 11.126.

15 CABANES, Vicente. *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*. n. 14.866.

dad, que lo compromete a involucrarse directamente en la misma acción educativa y que se manifiesta particularmente en una *presencia constante* y en una *convivencia afectuosa, descomplicada y sencilla*.

Generosidad es el primer requisito que necesita poseer todo aquél que quiera ejercer la educación *desde la cercanía* con sus educandos.

Quien vive para sí o pone su seguridad en el *tener* es siempre tacaño en el compartir. Por otra parte, la medida de la verdadera generosidad no está en *cuánto* sino en *cómo* se da. No consiste en dar más o menos, sino en *darse*, compartiendo con el otro la propia vida, a fin de ayudarlo, desde ahí, a encontrar sentido a la suya. En un mundo, en el que muchas veces se pretende hacer feliz al otro con los más variados y costosos regalos, conviene recordar, con énfasis mayor, que el regalo más precioso que uno mismo puede hacer al otro, es el regalo de la propia persona, hecha, para él, *compañía, escucha y palabra*. Y esta necesidad de donación interpersonal –importante siempre en educación– se hace tanto más perentoria cuando se trata de acompañar en su proceso de maduración a personas que, por sus grandes carencias, particularmente en el orden afectivo, tienen mayor urgencia de sentirse *enriquecidas* por el sentimiento de quien se *desvive* por ellas¹⁶.

Y junto a la generosidad, el educador necesita también poseer una gran capacidad de *inserción* para implicarse e involucrarse en la vida misma de los alumnos y en sus actividades. Fue precisamente esta capacidad, una de aquéllas en las que hizo mayor énfasis el propio padre Luis Amigó, quien siempre consideró la capacidad de *identificarse en todo con los otros*, como una cualidad propia del amor:

- *Propio es del amor* –decía él– *procurar identificarse en un todo con el amado, elevándole de su condición si es necesario, o descendiendo de la suya el amante... El corazón de tal modo busca vivir unido e identificado con el amado, que hace propios sus goces, sus alegrías, sus penas... y cuanto le afecta*¹⁷.

16 Entre los muchos textos de la tradición amigoniana que hacen referencia a la *generosidad* que debe poseer el educador, pueden consultarse, los que se han citado ya en el apartado *Educando en el sentimiento* del capítulo I de la parte II, o los que aparecen el capítulo III de esta parte III.

17 AMIGÓ, L. OC, 343 y 525. Cf. también, *ibidem*, 783.

Fieles a las enseñanzas de su fundador, los amigonianos supieron hacer desde sus inicios de esa *capacidad de inserción y de compromiso* con la vida de sus educandos uno de los distintivos más característicos de su actuación, generando así una *pedagogía de la presencia y de la convivencia*.

Entre los textos que nos hablan precisamente de esa *presencia y convivencia* merecen particular atención los siguientes:

- *Los religiosos educadores* –anotaban el padre Domingo en 1906– *comen con sus alumnos de la misma olla, con ellos trabajan y con ellos se solazan, tomando parte en sus mismos juegos*¹⁸.

- *Si todos los religiosos de la casa se deben a los alumnos* –rezaba el Manual de 1933– *de manera especial los primeros educadores; para ello, parte del tiempo que no estén con sus alumnos, deben dedicarlo a preparar la vida de la sección... informarse sobre los alumnos, hablar con ellos...*¹⁹

- *Cuál es el lema de nuestro sistema?* –se preguntaba el padre Valentín de Torrente. “*El amor que vigila*” –respondía. *Y añadía: “la vigilancia es como una protección..., mejor aún como un latido maternal siempre solícito por sus hijos”*²⁰.

18 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.251. Cf. también, *ibidem*, 6.034 ; 5.058. 5.061, 11.126 y 14.866.

19 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933 y 1946*, n. 247.

20 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.154 y 12.123.

ATENCIÓN A LA INDIVIDUALIDAD

La atención a la individualidad constituye –no cabe duda– otro de los matices más característicos del sentimiento educativo amigiano.

Dicho matiz encuentra su inspiración primera en el valor evangélico de la *misericordia*, es decir, en ese valor característico del amor que – como ya se ha dejado dicho en estas páginas– está entretejido de *fidelidad* inquebrantable y de *comprensión* total hacia la persona concreta, y que impulsa a amar más –y con atención preferencial– a quien presenta mayores y más perentorias necesidades o carencias.

Frente al criterio unificador de la justicia que tiende a equiparar a todos ante la ley –por más que esta pretensión haya resultado históricamente utópica en la práctica–, la misericordia se inclina por aplicar parámetros personales. La misericordia supera así la fría justicia, pues no se orienta tanto a la salvaguarda de la ley cuanto a la recuperación de la persona concreta, contemplada ésta en su individualidad y circunstancias. La misericordia no afrenta la ley, sino que la relativiza y le devuelve ese hábito de sensibilidad humana que inspiró su nacimiento.

Por otra parte, ese criterio personalizante del amor y de la justicia; ese criterio individualizador de la educación –necesario siempre– adquiere, como es natural, una especial importancia cuando se trata de acompañar en la aventura de su propia maduración humana a personas que sufren desarreglos de personalidad más fuertes y que acusan de un modo más patente los consecuentes desarreglos conductuales. Las técnicas terapéuticas de la ciencia pedagógica necesitan ser proyectadas y aplicadas con esa sensibilidad humana que es capaz de percibir en cada momento las necesidades o carencias más perentorias de la persona concreta, y es capaz, además, de res-

ponder a ellas de la forma y manera con que esa misma persona “espera” que le sean respondidas:

- *La observación y la experiencia* –escribía en 1906 el padre Domingo– *han sugerido y sugieren cada día a los educadores... no sólo un régimen general para la buena marcha y armonía de la Escuela, sino también y principalmente el régimen particular e individual conforme con el estado de fuerzas, aptitudes, inteligencia... y modo peculiar de ser de cada alumno, a fin de no exigirle más de lo que pueda, pero sí todo lo que deba*²¹.

- *El ejercicio* (la terapia) –decía a su vez el padre Valentín– *debe de proporcionarse a la capacidad del educando... El buen educador sabe distinguir entre alumno y alumno y no exige a todos la misma perfección, sino que se contenta con la medida de cada cual*²².

- *La causa de nuestro éxito* –aseguraba otro educador amigoniano– *está en que individualizamos el tratamiento en cuanto es posible; procuramos la pedagógica “a la medida”*²³.

- *Como la labor pedagógica será tanto más eficaz cuanto sea más a la medida del sujeto a quien se aplica, los educadores* –prescribía en 1933 el Manual de Usos y Costumbres– *procurarán individualizar el tratamiento*²⁴.

Desde la individualización del tratamiento terapéutico, la tradición amigoniana tendió a considerar la acción pedagógica como un *contrato bilateral*²⁵, establecido sobre la base de que educador y educando buscasen juntos y simultáneamente lo más adecuado o apropiado en cada caso concreto.

A lo largo de la historia ya centenaria de la pedagogía amigoniana, ese criterio individualizador de la educación que la ha caracterizado; ese *lenguaje personalizado* dirigido, por su propia naturaleza, *al corazón de la persona*, se ha manifestado: unas veces, a través de pequeños detalles; otras, con silencios acogedores; otras, con ese “saber hacer

21 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.176 – 6.177.

22 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.056.

23 DOS HERMANAS, Bienvenido de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.139.

24 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1933 y 1946*, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.246. Cf. también *ibidem*, n. 10.016.

25 Cf. DOS HERMANAS, Bienvenido de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.144.

la vista gorda”, tan necesario en la vida, y siempre, con esa *comprensión* que impulsa a *relativizar reglamentos*.

Los reglamentos —es cierto— son importantes en su calidad de elemento favorecedor para el acompañamiento de un grupo educativo. Pero no se puede olvidar nunca su carácter *relativo y relativizable*. Absolutizar reglamentos significa matar la pedagogía como *arte*, pues todo arte tiene de a la individualidad, a la creación de la “pieza única y maestra”:

- Mientras el reglamento —decía uno de los principales pedagogos amigonianos— es la ley común, aplicada con equidad, y no pasa del ahí, produce efectos saludables... , pero si traspasa los límites de lo necesario... o desciende a pormenores..., o se exige con rigor su cumplimiento: entonces, se convierte en un instrumento envolvente que mata todas las iniciativas del individuo. El espíritu de los alumnos queda entonces cohibido; sus actividades, coartadas y muertas; su carácter, apocado, y su libertad, enteramente atada... Tales alumnos no son educados para la vida, sino para la servidumbre. El reglamentarismo es siempre un abuso, “una embriaguez de reglamento”.

Y rayando con el reglamentarismo está el militarismo que es el espíritu de reglamentación mantenido por medio de una disciplina de cuartel. El sistema de cuartel es muy impropio para la formación del carácter de los alumnos. Por ser el carácter, como la dote del alma y el sello de la propia personalidad, tiene que desarrollarse “de dentro a fuera”, es decir, desenvolviendo gradualmente las fuerzas interiores del alumno. Toda imposición extrínseca sobre el alumno obra en sentido contrario y, por tanto, coarta el libre vuelo de su alma y mata todo el desarrollo de sus actos...

*Nuestra disciplina debe convertirse en una “solicitud verdaderamente paternal” que actúe según lo reclamen las distintas circunstancias de la persona...*²⁶

Querer al otro “como es”

Una de las primeras y principales consecuencias que se derivan del *criterio educativo de la personalización*, es la del querer a los alumnos

26 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.119 – 12.121.

con una *fidelidad* tan inquebrantable, que se les llegue a querer y *apreciar* “tal como son en cada momento de su historia personal”.

En el mundo de los sentimientos, el único criterio verdaderamente justo es el de querer a las personas en su concreta individualidad. A la persona, o se la quiere como es, o no se la acaba de querer nunca. Quien quiere a una persona mientras es como él quiere que sea, se está queriendo en realidad a sí mismo en el otro. Y quien pretende querer a todos “por igual y de la misma manera”, termina por no querer a nadie.

El *amor a la medida del otro* constituye, no cabe duda, la expresión más pura, más incontaminada de egoísmo. Implica querer al otro desde la *desnudez del propio yo* y con una *desapropiación tal del tú*, que se le quiera en verdad *desde él y para él*; implica, dicho si se quiere de otra forma, amar al otro, no desde el propio *yo*, sino desde el *tú*, apreciarlo como persona y no como un mero objeto.

La *objetivación* de las personas bajo el manto del amor es una de las tentaciones más frecuentes y peligrosas que pueden darse en el mundo de la educación. Padres y educadores tienden a reflejar, y a veces idealizar, en sus alumnos lo que ellos mismos hubiesen querido ser, o lo que ellos mismos consideran “*lo mejor*” para el otro.

Dicha *objetivación* —que viene a ser como una tendencia a reproducir clónicamente en los demás el propio *ser* o los propios *sueños*, y que suele conllevar funestas consecuencias para el proceso educativo— es resultado de una cierta inmadurez afectiva en la persona misma de los padres o educadores que la provocan.

La afectividad, el lenguaje del corazón, es sin duda la mayor potencialidad comunicativa que posee el hombre. Pero tiene el peligro de convertirse también en una fuerza ciega que —manejada, no desde el amor entendido como *encuentro con el otro a mitad de camino y en libertad*, sino desde el egoísmo— rompa toda vía de comunicación interpersonal.

Orientada, pues, originalmente a favorecer ese *encuentro generoso con el otro* que plenifica el ser del hombre, la afectividad puede convertirse en un medio de *posesión del otro*. En la medida en que la persona es dominada por su yo, rehuye salir al encuentro del otro en un

clima de mutuo respeto y libertad, y busca posesionarse de alguien a quien, no respetando como persona, va convirtiendo poco a poco en “su objeto”. Y este acaparamiento posesivo del otro, lejos de plenificar, va aniquilando a la persona y lejos del hacerle feliz, le hace experimentar un sentimiento de ansiedad, siempre creciente e insatisfecha.

En cierto sentido, la pretendida posesión del otro representa el *mito de Prometeo*. Cuánto más lucha y se esfuerza el hombre por poseer al otro, más desfigurado lo ve y más inalcanzable lo siente. Y cuando al final cree poseerlo, se percata de que lo que tiene entre sus manos no es ya aquél a quien deseó, sino el “objeto” que de él se fabricó.

Por su propia naturaleza, la persona no puede ser poseída, ni su libertad violentada o sometida. Quien esto pretende, destruye para sí la identidad humana del otro y se va destruyendo a sí mismo como persona.

La capacidad, pues, de *querer a los alumnos “como son”* viene a ser también como una especie de termómetro de la madurez afectiva del propio educador.

Un educador que no es capaz de educar *desde el tú* del alumno, no lo educa en verdadero clima de libertad ni le concede la necesaria autonomía para ser protagonista de su propio proceso.

El *querer al alumno “como es”*, es, pues, en ese sentido, presupuesto para un verdadero proceso educativo.

No obstante, el hecho de querer al alumno “como es”, no implica por parte del educador una actitud pasiva con relación al proceso de maduración del alumno mismo. Por el contrario, apoyado precisamente en esa manifestación de cariño y aprecio “a la medida”, el educador debe hacer comprender al alumno que por el hecho de que se le acoja y quiera “como es”, no puede él permanecer inactivo y conformista en su proceso de formación. Es más, apoyándose también en el creciente sentimiento de *autoestima* que se va suscitando en el propio alumno al sentirse apreciado en su individualidad, el educador debe espolearle a una superación constante, tomando conciencia de que, en la irrepetible aventura de su propia maduración humana, nadie podrá hacer por él, lo que a él le corresponda hacer.

Preferencia por el más necesitado

Junto a ese *querer al otro “como es”, el criterio educativo de la personalización*, enraizado dentro de la escuela amigoniana –como se ha dejado dicho– con el valor cristiano de la *misericordia*, comporta también el *querer más a quien más lo necesita*.

Las mismas palabras testamentarias del padre Amigó a sus seguidores: *id, cual zagales del Buen Pastor, tras la oveja descarriada*²⁷, contienen, más allá de toda alegoría religiosa, una verdadera invitación a tener esa preocupación preferencial por los marginados, que fue siempre una constante en la historia pedagógica amigoniana.

Estimulados por esas mismas palabras de su iniciador, los educadores amigonianos se han comportado indefectiblemente como unos *buscadores infatigables de quien más necesita encontrarse y ser encontrado*, y han hecho de la *predilección* por los más necesitados –como indican los textos que a continuación se traen– uno de los rasgos más identificantes del propio talante educativo:

- *Este alumno* –confiesa uno de los primeros y más castizos de los educadores amigonianos, poniendo de manifiesto su capacidad para amar más a quien más lo necesitaba– *es el que más me ha hecho practicar la humildad... Yo, cosa que no he hecho con nadie, le concedí el azul y los estudios (aunque no se lo merecía). Por ser más “difícil” tengo que quererlo más; esto es lo que dicta la caridad; pero conste que fue producto de un grande esfuerzo moral mío*²⁸.

- *Apliquemos el reglamento* –insistía en ese mismo sentido otro educador amigoniano– *teniendo más caridad y benevolencia con los caídos, los menos simpáticos y pobrecitos...*²⁹.

27 Cf. AMIGÓ, L. OC, 1831.

28 ALQUERÍA, Lorenzo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 8.043 En conexión con esta preocupación preferencial por los más difíciles, puede consultarse también, *ibidem*, n. 0.311, donde se trae el antiguo precepto de la pedagogía amigoniana de que ante los casos más rebeldes, un educador debía buscar la manera de *hacerse el enconradizo* con dichos alumnos para *hablarles de corazón*.

29 VALENCIA, Javier de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.044.

FIDELIDAD INQUEBRANTABLE

La *capacidad de amar al otro*, y de amarle “como es” y de ser capaz de establecer con él vínculos de *empatía* a través de la diaria convivencia; la capacidad de permanecer junto al alumno *como un latido maternal siempre solícito por el hijo*³⁰³⁰; la capacidad de hacer vida en uno mismo esos dos matices del sentimiento educativo amigoniano, que se han visto hasta el momento, está en relación directa con la capacidad de *fortaleza* que se necesita para permanecer inquebrantablemente *fiel* a los alumnos y a la propia misión educadora, sin huidas ni abandonos, en los momentos de dificultad, que suelen ser abundantes y fuertes en el mundo de los niños, adolescentes y jóvenes con problemas.

El padre Luis Amigó –conocer profundo del corazón humano y de sus resortes más íntimos– encareció por ello, a sus seguidores: *andad siempre solícitos en el servicio de los demás, no perdonando medio alguno a este efecto, hasta sacrificar la propia vida si necesario fuere*³¹³¹.

Uno de los temas centrales de la parábola del Buen Pastor –esa parábola que, como se ha dejado dicho ya, más allá de toda significación religiosa, posee para la tradición amigoniana un claro sabor de *poema pedagógico*– es, precisamente, el de la *vida*³²³². Este tema destaca particularmente a través de las expresiones: *doy la vida, la doy voluntariamente y he venido para que tengan vida*. En todas ellas, el mensaje de fondo es el mismo: *un morir para dar fruto*³³³³, un *desvivirse para generar vida*.

30 Cf. TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.123 y 12.154.

31 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2359. Cf. también, *ibidem*, 251.

32 Cf. Jn. 10, 9. 10. 11. 15. 17. 18.

33 Sería interesante profundizar desde los principios que informan la *antropología metafísica cristiana*, la expresión: *doy mi vida para recobrarla de nuevo* (Jn, 10, 1) a la luz de aquella otra: *si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto* (Jn. 12, 24).

La misma tradición amigoniana –consciente de que el amor es utópico si no se fundamenta en una *personalidad fuerte* y consciente también que sólo desde la reciedumbre de ánimo es posible hacer vida en uno mismo y testimoniar con *fidelidad inquebrantable* un *proyecto educativo* fundado en la calidez y cercanía del sentimiento humano– recalcó la necesidad del valor de la *fortaleza* con textos tan expresivos, como los que a continuación se traen:

- *Bastante ejercicio (de fortaleza) es para un amigoniano* –proclamaba en 1911 el Manual de la Congregación– *la fiel adaptación de su persona en cuerpo y alma, al espíritu de sacrificio que exige y supone su ardua misión*³⁴.

- *Cuiden* –recomendaba el mismo Manual a los formadores de los futuros amigonianos– *de educarles en el espíritu de sacrificio (fortaleza) que exige la propia misión educativa, para que, venciendo a sí mismos, no se nieguen jamás a lo que aquélla pida de ellos...*³⁵.

- *Dedicados por vocación y animados por la fe y entusiasmo que sienten y alimentan por la consoladora misión que se han impuesto* –escribía ya en 1906 el padre Domingo de Alboraya, refiriéndose a los educadores amigonianos– *éstos no perdonan medio ni sacrificio para conseguir el fin que persiguen*³⁶.

- *Los primeros educadores amigonianos* –constataba también otro religioso, poniendo énfasis una vez más en la importancia de la fortaleza– *llevaban una vida alegre, sacrificando sueño, recreo y comodidades, apacentando, como zagales, los niños y jóvenes que les habían sido confiados, con gusto y abnegación*³⁷.

- *El espíritu de sacrificio* –enseñaba el padre Valentín, recalcando la íntima conexión del valor de la fortaleza con el sentimiento de cariño y amor– *es consecuencia del amor. Cuando hay amor es natural que sean vencidos los obstáculos y dificultades que se oponen a la realización de lo que se desea.*

34 Cf. TERCERARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1911*, n. 74 en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.110. Cf. también ALACUÁS, Bernardino de *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.028.

35 Cf. TERCERARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1911*, n. 221.

36 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.166.

37 Cf. SEDAVÍ, José de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 2.042.

*¿De dónde nacen los mil y mil sacrificios que se imponen los padres por sus hijos? ¿No es acaso del amor que les profesan como pedazos de sus entrañas? ¿Por dónde conoceremos, pues, que un educador quiere y estima a sus alumnos? Por los sacrificios que se imponga por ellos. ¡Y qué pronto conocen éstos –incluso los más pequeños– si su educador es poltrón o sacrificado*³⁸.

Fortaleza ante las dificultades

La consecuencia más directa y general del valor de la fortaleza es – como ya antes se apuntaba– una *fidelidad* inquebrantable ante las dificultades.

El padre Luis Amigó solía decir a sus seguidores:

*- No huyáis del trabajo que se hace por Dios*³⁹.

Y, pensando en los niños y jóvenes con problemas les encareció en el contexto mismo de su testamento espiritual, humano y pedagógico:

*- No temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren los zarzales y emboscadas*⁴⁰.

La huida es el remedio de los débiles, su pseudovictoria. La huida no es educativa ni para el alumno, ni para el mismo educador, pues, por su misma naturaleza, es frustrante.

El educador está llamado a ser *hombre–frontera*, es decir, a ser una persona que, sin buscar insanamente dificultades o contrariedades, sabe asumir y afrontar con libertad, con gallardía y con alegría las que cada día va encontrando en el proceso –agradable siempre, pero no fácil– de acompañar a otros en el itinerario de su propia maduración personal.

Pero esa actitud de *hombre–frontera* es patrimonio de quien es lo suficientemente *fuerte* para no echarse atrás, para no refugiarse en la *retaguardia* de la educación:

38 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.464. Cf. también *ibidem*, n. 12.114 y 12.410.

39 AMIGÓ, L. OC, 1827.

40 AMIGÓ, L. OC, 1831.

- *La de privaciones, sinsabores, disgustos y contrariedades que habré tenido que pasar*—confesaba un educador amigoniano de primera hora, haciendo gala de la gallardía que se necesita para no desertar de la educación entre los niños, adolescentes y jóvenes en conflicto— *pero en esta misión... de cobardes no se escribe*⁴¹.

Dedicación completa, “sin horarios”

La dedicación completa —o, como familiarmente solía decirse *sin horarios*— a los alumnos, ha sido tradicionalmente otra de las más claras consecuencias del valor de la fortaleza o reciedumbre de ánimo que ha distinguido el ser amigoniano, y ha constituido además una de las muestras más patentes y testimoniales de la *fidelidad* inquebrantable que ha caracterizado su sentimiento educativo.

Siempre la *presencia* afectuosa junto al otro es signo de una cierta predilección en el amor. Pero cuando esa presencia se produce en momentos de dificultad, adquiere con claridad el tono de un *amor incondicional*.

El permanecer junto al otro cuando las cosas no le van bien, cuando arrecian las dificultades, cuando todos tienden a abandonarle, o el permanecerle cercano más allá de “lo legal”, más allá de “lo obligatorio y establecido”, es una prueba muy dicente de que se le quiere por lo que en realidad “es”.

- *Los educadores* —insistía en 1933 el Manual, haciéndose eco del espíritu fuerte, fiel y generoso que debía distinguirles— *han de poseer espíritu de sacrificio para soportar con gusto, o al menos con paciencia, a los alumnos, aun en aquellos días en que más molesten; para no reparar en horas y no demostrar cansancio de estar con ellos; para hacerles la vida en el establecimiento lo más agradable y llevadera posible, teniendo en cuenta que vienen a nuestras casas, más que a sufrir una pena o castigo, a educarse, y que bastante castigo es la privación de libertad y cambio de vida. Ninguno de ellos debe tener como castigo el estar con los alumnos*⁴².

41 ALQUERÍA, Lorenzo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 8.261.

42 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933 y 1946*, n. 212, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.106 y 0.170. Cf. también, *Constituciones de 1910*, 257 f.

- *El educador que va de mala gana y refunfuñando al encuentro de los alumnos* –escribía el padre Valentín, recalcando desde otra perspectiva lo dicho en el texto anterior– *sólo estará allí de cuerpo presente, mientras le toca su hora, pasada la cual, no podrá estar un minuto más, sin protestar y mostrar visiblemente su desagrado. A estos educadores, si es que merecen tal nombre, los muchachos los aborrecen y no pueden hacer obra educativa. Un buen educador jamás puede pronunciar frases como: “estoy harto de chicos”... “chicos para el que los quiera”... Cualquiera de ellas revela sobradamente a una persona que ya no hará ningún bien con los alumnos*⁴³.

Y los educadores amigonianos, en su actuación histórica, hicieron vida ese ideal –entretejido de presencia, de generosidad y de compartir– con su saber estar sin limitaciones de horario al lado de sus alumnos, con su saber participar en sus actividades educativas y con su saber empatizar con sus sentimientos, y fueron haciendo así, de la propia pedagogía –como ya antes se ha dicho⁴⁴–, una *pedagogía de la presencia, de la cercanía y de la convivencia*.

Ciertamente ese ideal necesita en la actual cultura una relectura que lo haga armonizable con la realidad que hoy presenta una sociedad profesionalizada. La justicia social ha recorrido –no cabe duda– durante el siglo XX su verdadera andadura y sus avances –que constituyen uno de los grandes méritos de la actual civilización– han aportado nuevos y positivos valores al mundo laboral que no pueden ser ignorados ni “dejados a un lado”. No se trataría pues ahora –a la luz del ideal de la *dedicación completa*– de añorar patrones laborales con interminables horarios de trabajo ya superados, ni tampoco de renunciar a los justos logros sindicales. No sería lógico ni justo. Se trataría, tan sólo, de unir a la adecuada preparación técnica, la necesaria disposición, generosidad y reciedumbre de ánimo, para que el educador no sólo sepa *estar* entre sus educandos, sino que sepa *ser* –y *ser entre ellos*– una persona que les acompañe, les anime y corrija, les escuche y hable; una persona que comparta sus sentimientos y acti-

43 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.543 D - 12.543 E.

44 Cf. arriba, capítulo I de esta parte III, apartado: *Educando desde la cercanía*.

vidades y, sobre todo, una persona que les quiera y se haga querer de ellos.

Por mucho que se profesionalice, la educación siempre deberá superar el ámbito de lo laboral. Por orientarse, no a la construcción de *objetos*, sino al acompañamiento de *sujetos*, nadie podrá establecer nunca un código ético para la profesión que vaya más allá de unos mínimos. Su ideal –por entrar en el ámbito del sentimiento humano y, por ende, del *arte*– siempre implicará por parte del educador –por encima de toda legislación laboral– un amplio margen de maniobra en el que él podrá dar cauce a sus “sueños” y podrá manifestarse como un verdadero *poeta de la acción* educativa.

CREDIBILIDAD Y
TESTIMONIO

Para ser un verdadero *acompañante* de los alumnos en su proyecto de crecimiento humano *por el sentimiento*, el educador necesita ser – como repetidamente se ha dejado dicho en esta obra⁴⁵– *testigo* de ese mismo sentimiento.

El alumno no sólo necesita *ser amado*, sino también –y de modo fundamental– *sentirse amado*. Cuentan que un maestro en su afán por enderezar a uno de sus alumnos, de tal forma ponía en él su atención, que cada día terminaba por pillarle en falta y aplicarle, en consecuencia, el correspondiente castigo. Un día el “distinguido” alumno, cansado de tanta “predilección”, se atrevió a preguntarle a su preceptor por qué le castigaba de forma diaria. El maestro, con tono solemne, respondió al niño. *Ten presente, hijo, que quien bien te quiere, te hará llorar*. Pero el muchachito, con menos solemnidad, pero con toda franqueza, le replicó: *pues, señor maestro, no me quiera tanto*.

En educación el amor, para ser eficaz, necesita ser *creíble*. El mundo actual –suele decirse– está cansado de *maestros* y necesita *testigos*. Los alumnos –hoy más que nunca– sienten la necesidad de ver reflejado –encarnado– el mensaje que se les proclama en personas que sean para ellos *modelos de identificación*.

Esa necesidad de testimonio es tanto más perentoria en un sistema pedagógico que –como el amigoniano– se orienta fundamentalmente a favorecer en la persona el desarrollo del sentimiento humano y de los valores que le son más propios.

45 Cf. Especialmente, parte II, capítulo I, apartado: *Educando desde el sentimiento*, También los capítulos I, II y III de esta parte III hacen referencia, desde una perspectiva complementaria, a esto mismo.

No obstante, en el ámbito del sentimiento humano y de sus valores, sólo puede ser *modelo creíble de identificación*, quien se distinga –entre otros valores– por su *honestidad* y por su *coherencia*.

Esos valores hacen referencia, en realidad, al mismo núcleo vital, pero mientras el primero indica de una forma más directa el ámbito del ser, el segundo, se relaciona más directamente con el del *actuar*.

La *honestidad* –al igual que la honradez– implica en la persona unidad y armonía de ser, y se contrapone, por su misma naturaleza, a toda esquizofrenia vital y a todo dualismo existencial. La *coherencia*, por su parte, supone consecuencia entre lo que se *es* y lo que *se hace* y se opone a todo comportamiento doble, ficticio, de tipo farisaico. Ambas, al presentarse unidas, convierten al educador en *testigo*, y lo transforman, por ende, en un agente válido para acompañar un proceso de crecimiento y maduración en amor, en sentimiento.

La escuela amigoniana, a partir del magisterio del propio padre Amigó –concentrado de alguna manera en los textos que de él se transcriben a continuación– prestó una especial atención al valor de la *coherencia en el ser y en el hacer* y lo constituyó como uno de los distintivos del talante característico de sus educadores:

- *Además de la instrucción y corrección* –escribía el padre Luis Amigó a sus seguidores– *debéis de procurar para la educación de vuestros alumnos servirles de ejemplo, no sea que destruyáis por una parte lo que por otra edificáis... Id delante de ellos con el ejemplo, que es el mejor predicador y cuya fuerza de persuadir es irresistible... Considerad la alteza de vuestra misión y el bien o el mal que con vuestra conducta podéis hacer a los jóvenes confiados a vuestro cuidado para su corrección. No os quepa duda de que el buen ejemplo es lo que tiene más ascendiente sobre el corazón humano y la más eficaz exhortación para la práctica del bien...*

*Tened presente que nadie da lo que no tiene y, si habéis de enseñar a otros el conocimiento de la virtud, es necesario que la practiquéis vosotros, pues de este modo, aun sin grandes trabajos, seguirán vuestras enseñanzas, porque el ejemplo es el mejor predicador*⁴⁶.

46 Cf. AMIGÓ, L. OC, 1087. 1805 y 1816. Cf. también, *ibidem*, 1076 y 1146.

Testimonio hecho vida en el compartir

Una de las expresiones más clásicas del *testimonio*, dentro de la tradición amigoniana, ha sido la de *compartir* con los alumnos la misma dinámica educativa.

La presencia y la convivencia –esos matices tan típicos del propio sentimiento educativo, como ya se ha dicho⁴⁷– se revistieron así de *compromiso* en la acción misma. No se trataba ya tan sólo de *estar junto* a los alumnos en sintonía de corazón ni de *convivir* con ellos, haciendo propias sus alegrías y tristezas, sino que el educador se adhería también –y en primera persona– al ritmo cotidiano y normal del mismo grupo educativo o, según el caso, al ritmo de un alumno concreto. El educador se convertía así –más allá de su palabra hablada y de su afecto expresado, y más allá incluso de su coherencia personal de vida– en *testigo* creíble en medio de la acción educativa.

Ese matiz del compromiso –ancestral, como otros tantos, en la praxis amigoniana– encontró uno de sus primeros motivos de inspiración en esa actitud educativa del Buen Pastor, quien, en vez de mantenerse en la retaguardia de la acción, *va delante de las ovejas*, haciéndose así para ellas, de alguna manera, *camino al andar*:

- *La gran palanca para los brillantes resultados de esta escuela* –escribía en 1906 el padre Domingo de Alboraya– *es el ejemplo vivo y personal. En ellas no se obliga al alumno a ejecutar el trabajo u alguna obra por sí solo; nunca se le dice “haz esto”, sino “hagamos esto”...; el educador come con el alumno...; descansa en el mismo salón, toma parte en sus juegos y con él trabaja, llevando siempre la peor parte. Con esto está dicho todo: El discurso vence, pero el ejemplo arrastra* ⁴⁸.

- *Cada cinco o seis alumnos* –decía en 1913 el padre Javier de Valencia– *tienen un educador a su cuidado; y el educador jamás dice: a fregar!, a barrer!, sino que sonriendo exclama: vamos a fregar, vamos a barrer... y el educador es el primero que empieza a fregar, lavar y barrer*⁴⁹.

47 Cf. en esta parte III, capítulo I, especialmente apartado: *Educación desde la cercanía*, y capítulo II, apartado: *Dedicación completa, “sin horarios”*.

48 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.033-6.034. Cf. también, *ibidem*, n. 6.251.

49 VALENCIA, Javier de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.058.

- *Vayan delante con el ejemplo* –insistía años después el mismo padre Javier a un grupo de jóvenes educadores– *Así, pues, al mandar nunca empleen las frases : Vayan a estudiar, vayan a trabajar... , sino estas otras más caritativas y convincentes: vamos, vayamos a estudiar, a trabajar...*⁵⁰.

Testimonio descomplicado, sencillo y alegre

La descomplicación, la sencillez y la alegría en el trato y en el compartir es, sin duda, uno de los grandes aportes que hizo a la amigonianidad la escuela espiritual y pedagógica iniciada por Francisco de Asís.

Uno de los distintivos de dicha escuela franciscana es precisamente el énfasis que pone en el *talante servicial*. Para Francisco el *testimonio de amor* es tanto más válido y creíble cuanto más se actúa con la actitud de quien sabe estar entre los demás, no como *maestro* o señor, sino como *servidor* y “uno más”.

Querer *compartir* con los alumnos sin renunciar a la aureola de ser el principal y primero o sin renunciar a un estatus de privilegio y distanciamiento clasista, no deja de ser una utopía. Un educador, por mucho que esté involucrado en todas las actividades del grupo educativo, es percibido como *distante* por los alumnos, si, al mismo tiempo, no es capaz de *hacerse uno de ellos*; si no es capaz de *entender* su lenguaje y *hacerse entender* por ellos; si no es capaz de superar las distancias – incluso culturales– que lo separan de ellos y proyectar y tender, desde ahí, *puentes de encuentro* con ellos mismos.

El que no es capaz de hacerse cercano con los otros; el que no es capaz de bajar de la “tarima del propio yo”, no ama; a lo máximo, se limita a amarse en el otro, o a pretender *darle como limosna* su amor.

El clásico educador amigoniano ha vivido –como alguien diría– tan *untado de muchacho*–, que ha procurado incluso que su porte externo, su mismo estilo de moverse y vestir, no crease distancias entre él y “sus alumnos”:

50 VALENCIA, Javier de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.061.

- *Convivimos tan familiarmente con los educandos* –escribía a principios del siglo XX el padre Javier de Valencia– *que no sólo los conocemos, sino que nos confundimos con ellos*⁵¹.

- *Los educadores, comprensivos y abnegados* –añadía el padre Bienvenido de Dos Hermanas– *descienden a las necesidades y aun simples deseos de los alumnos para, ganándoles la voluntad, remontarlos al cumplimiento del deber, del que se constituyen modelos*⁵².

- *Por la suavidad y gradualidad del método* –escribía en 1906 el padre Domingo, recalcando el ambiente tranquilo y alegre que reinaba en el centro– *no se produce tirantéz en las relaciones entre educadores y alumnos, sino que se goza de esa tranquilidad y alegría que tan provechosas son para adelantar en una recta formación*⁵³.

- *Para adelantar en la corrección de los alumnos* –decía el padre Jorge de Paiporta– *será de utilidad la alegría de carácter en el educador, excelente medio de comunicación entre educadores y educandos*⁵⁴.

Testimonio generador de familiaridad

Ya como conclusión de lo que ha supuesto para la configuración de la *identidad amigoniana en acción* el valor del *testimonio* como un compartir descomplicado, servicial y alegre de los educadores y educandos, restaría señalar que ha sido precisamente este valor el que ha influido de forma decisiva para que la educación amigoniana gozase de ese ambiente familiar que, como ya se ha dicho⁵⁵, la distingue.

En efecto, ese ambiente familiar de la educación es, en gran parte, –como dejé dicho en *Testigos del Amor de Cristo*⁵⁶– el resultado de que tradicionalmente los educadores amigonianos:

51 VALENCIA, Javier de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.053.

52 DOS HERMANAS, Bienvenido de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.139. Cf. también, *ibidem*, n. 10.016.

53 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.254. Cf. también, sobre ambiente agradable y de alegría, TERCEROS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933 y 1946*, n. 212 y 239.

54 PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.126.

55 Cf. arriba, capítulo IV de la parte II.

56 Cf. VIVES, Juan Antonio, *Testigos del Amor de Cristo*, p. 388-389.

- *Vivieron entregados por completo a sus alumnos*, sin reparar en horas, ni exigir para sí mismos: derechos, honores, privilegios o descanso;
- *compartieron con los alumnos la vida, ideales, alegrías y penas...*, comiendo con ellos, trabajando con ellos y jugando con ellos;
- *educaron más con el compromiso en la acción que con la palabra*, implicándose en las mismas actividades y terapias educativas;
- *acogieron como verdaderos padres a sus alumnos*, dispensándoles, desde el momento de su ingreso, cuantas atenciones necesitaron, no escatimándoles nunca el cariño;
- *y propiciaron en los grupos educativos un verdadero clima de hermandad y simpatía*, al ser ellos mismos *testigos y promotores* de esa sencilla alegría que debe reinar siempre en la educación.

Para finalizar, traigo de nuevo un texto del padre Vicente Cabanes que, aunque ha sido ya citado en otros contextos, recoge con maestría todo lo desarrollado en este último apartado:

*- Tengamos en cuenta que no son las plantas ni las flores sólo, ni son los cuadros... los que hacen una casa de familia acogedora..., es el cariño, la alegría, los brazos abiertos de una madre que oculta las faltas del hijo..., que olvida y recuerda...; ese "espíritu de compenetración" es lo que hace acogedora una casa. Y este espíritu existe entre educadores y alumnos de nuestros centros. Con ellos viven, comen y juegan; con ellos alternan y forman una familia cuyo hermano mayor es el educador*⁵⁷.

57 CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.866. Cf. también, *ibidem*, n. 14.204.

PARTE IV

ESPIRITUALIDAD Y PEDAGOGÍA

Capítulo I.

El carisma amigoniano un nuevo talante de ser y hacer.

Capítulo II.

Tras el Buen Pastor.

Capítulo III.

Madre del dolor, madre del amor.

Capítulo IV.

Con el estilo del servidor.

La pedagogía amigoniana no es sólo cristiana por *cultura* –como se ha venido insistiendo en esta obra–, sino que lo es también por *fe*.

Consecuentemente, quien quiera internarse en profundidad en el *ser y hacer* amigoniano, no podrá renunciar nunca a *saborear*, de alguna manera, el *sentimiento religioso* que inspira sus primeras y más vitales raíces.

Ello, como es lógico, no implica el que la persona tenga necesidad de identificarse, desde la *fe*, con ese sentimiento religioso. El evangelio no sólo es una *buena noticia* para el que cree que Cristo es el hijo de Dios, sino también lo es, de algún modo, para el que reconoce en Jesús a *un gran maestro de humanidad*.

Toda las religiones, a su manera, se encaminan a iluminar la *verdad* del hombre y de todas se puede recibir luz, aunque no se participe de sus creencias concretas.

EL CARISMA AMIGONIANO UN NUEVO TALANTE DE SER Y HACER

La palabra *carisma*, de origen griego, puede traducirse muy bien por *don* o *regalo*.

Desde una visión cristiana de la vida, los carismas son *regalos* que Dios hace a una persona determinada o a una institución a fin de que dicha persona o corporación los invierta en el bien común. Los regalos de Dios son siempre *regalos para regalar*, pues con ellos no quiere Él aumentar el *ego* de la persona –algo que se opondría diametralmente a su proyecto original de hacer de la persona un *ser para el amor*–, sino que quiere precisamente favorecer el *desarrollo en alteridad* de la persona misma o de una comunidad determinada.

En el caso de la persona concreta, se consideran *carismas* –regalos de Dios– sus buenas e innatas cualidades o aptitudes, que, desarrolladas adecuadamente, dan el tono característico de su personalidad.

En el caso de las comunidades, la cuestión es muy similar. Se considera *carisma* al *característico talante, o modo específico de ser y hacer*, que distingue y da, como el sello de identidad, a cada una de las comunidades.

Y lo que se propone nuclearmente en el presente capítulo es, precisamente, profundizar en el *específico talante* o *carisma amigoniano*.

Un crecimiento unitario en amor

Todo carisma o *talante específico de ser y hacer* tiene como común denominador en la tradición cristiana el *amor*. El *amor* es, en la escala de valores propuesta por Cristo en las *Bienaventuranzas*, el único valor que no puede ser relativizado y que, sin embargo, relativiza todos los demás. Todos los demás valores cobran vida y colorido desde el amor y todos ellos son *válidos* y *apreciables* en la medida que reflejan y tras-

miten el amor. El *ya pudiera yo dejarme quemar vivo, si no tengo amor, soy nada*¹ es, sin duda, una perfecta síntesis de todo esto.

El talante específico de ser y hacer de una comunidad se distinguirá, en consecuencia, por fundamentarse en el *crecimiento de la persona por el amor*. Un crecimiento en el que *espiritualidad y humanidad* se perciben y viven como perspectivas de una misma realidad vital.

Uno de los más frecuentes y dañinos dramas de las religiones suele radicar, sin embargo, en *espiritualizar la espiritualidad*.

La mejor definición de *espiritualidad*, es a mi entender, la que proviene de su misma etimología. Según ella, *espiritualidad* es *vivir de acuerdo al espíritu*. Y la naturaleza de esta *vivencia según el espíritu* la explica con toda nitidez Pablo de Tarso, quien tenía, entre otros, el raro don de ser profundo y hacerse entender. Solía usar él, para profundizar en dicha *vivencia según el espíritu*; para expresar con nitidez la esencia misma de la vida espiritual, el paradójico binomio *carne-espíritu*², o su equivalente *hombre viejo-hombre nuevo*³. Siguiendo su discorrir, se podría decir que el *hombre viejo o carnal* es aquél que en su proyecto de realización personal ha escogido como base el engañoso y frustrante sendero del egoísmo en cualquiera de sus múltiples manifestaciones⁴, mientras que el *hombre nuevo o espiritual* es aquél otro que, aun en medio de sus dificultades o debilidades, va creciendo y madurando integralmente, a la luz de Cristo⁵, según el Espíritu de Dios, según el *espíritu del amor*:

- *Toda la ley* –dice Pablo en su carta a los Gálatas– *alcanza su plenitud en este solo precepto: amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

Por mi parte os digo: Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais. Pero, si sois conducidos por el espíritu, no estáis bajo la ley. Ahora bien, las obras de la carne son

1 Cf. 1Co. 13, 3.

2 Cf. Rom. 8, 57; Gal. 5,13-25. Cf. también 1Co. 3, 1-3 y 2Co. 10,3.

3 Cf. Rom. 6, 6; Ef. 4, 22-24; Col. 3, 9b-10. Cf. también Rom. 13, 12-14; 2Co. 4, 16b; 2Co. 5, 17; Ef. 3, 16-19.

4 Cf. Rom. 1, 29; Gal. 5, 19-21.

5 Cf. Ef. 4, 13-16. 24; Col. 3, 11; 2Co. 4, 10-11.

*conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio el fruto del Espíritu es el amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu*⁶.

Desde esa visión paulina, se puede definir *espiritualidad* como un *vivir según el Espíritu* o, si se prefiere, como un *madurar en el amor* de acuerdo al mensaje de la *buena nueva*. Y desde esa óptica, también aparece con claridad, como ya arriba se indicaba, que *crecer en espiritualidad* y *crecer en humanidad* no son aspectos superpuestos, ni tan siquiera dimensiones complementarias, sino que son perspectivas interequivalentes de una misma realidad vital. Pretender separar en el camino espiritual el crecimiento del hombre hacia Dios, del crecimiento del hombre hacia sí mismo y hacia los demás, es un error tan grande como pretender disociar el misterio de la Creación y el de la Redención. Si la persona *en camino hacia Dios* no *crece en humanidad por el amor*, es porque, en vez de adorar *en espíritu y verdad* al Dios-Amor, se está adorando a sí mismo. El *crecimiento en humanidad* se constituye así, en la prueba más palpable, en el termómetro más fiable, del mismo *crecimiento en espiritualidad*.

Algo de todo eso es lo que el apóstol Juan, expresa en este sugestivo y revelador texto:

*- Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios porque Dios es Amor... A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud... Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él*⁷.

6 Cf. Gal. 5, 14-25. Otros textos de Pablo, relativos al *crecimiento de la persona en amor*, pueden encontrarse en la parte I de esta obra, capítulo II, apartado: *Acompañando a la persona hacia el ideal humano*, donde se cita a Ef. 4, 1-5, 2 ; Filp. 2, 2-5; Col. 3, 12-15.

7 1Jn. 4, 7-8. 12. 16b.

No obstante —y a pesar de ser tan claro el mensaje en las mismas fuentes del cristianismo— los dualismos, los compartimientos estancos, las parcializaciones sectoriales de la propia personalidad, las esquizofrenias vitales y existenciales, han constituido siempre el gran peligro de toda vida espiritual en camino hacia la madurez. Cuando no se crece en un crecimiento integrado por el amor, empiezan a surgir los más variados monstruos del espiritualismo. Y es que en realidad la línea que divide *espiritualidad*, de *espiritualismo*, con ser tan substancial, es al mismo tiempo tan sutil, que a veces resulta difícil distinguir cuándo se está en el buen camino y cuándo se ha perdido el norte. Los mismos actos que distinguen a un *gigante de la vida espiritual* pueden encubrir a un *enano en el espíritu*. El crecimiento de la persona no está determinado por, las así llamadas, *acciones buenas*, sino por el espíritu que las anima. Si las actuaciones son fruto del *espíritu del amor* que va renovando interior e integralmente a la persona, son expresiones de una verdadera, aunque siempre perfeccionable, vida espiritual; si, por el contrario, esas mismas actuaciones son resultado de la *carne del egoísmo*, son encubridoras de las más diversas y engañosas egolatrías. Esta es, en realidad la moraleja del cuento que a continuación se transcribe⁸:

Dicen que un día, una chinita —entrada ya en años— recibió una divina revelación, en la que Dios —el Dios de ella, el Dios de piel amarilla y ojos rasgados— le pidió que hiciese algo por él.

La pobre mujer, pasado el primer susto —pues siempre las visitas imprevistas sobresaltan un tanto, sobre todo, si son de Dios—, empezó a cabilar la forma y manera de responder lo mejor posible al deseo de su buen Dios. Y tras mucho cabilar tomó la decisión de crear una *beca* para facilitar el que otra persona pudiese dedicarse con libertad absoluta a la oración y a la contemplación, haciendo así compañía a aquel Dios que parecía anhelarla.

Construyó una pequeña casita en la parte trasera de su reducida finca, la amuebló con lo esencial y, cuando consideró que ya todo

8 Este cuento —como otros muchos nacidos de la sabiduría oriental— fue popularizado en occidente gracias a la obra del padre jesuita de origen indio *Anthony de Mello*. De él, pues, se toman aquí las grandes líneas de dicho *cuento*, que se recrea con libertad.

estaba pronto, salió por las calles de Pekín en busca de un joven candidato al oficio de *monje*. Se fijó en uno con cara de despistado y con los ojos un tanto traspuestos y le propuso este simple contrato: *ella le acomodaría en la casita que acababa de construir, ella se encargaría de lavarle semanalmente la ropa, y ella le tendría dispuesta cada día la comida; él, por su parte, sólo tendría que dedicarse a estar junto a su Dios y a orar.*

Aceptó complacido el joven tan generosa oferta y, sin pérdida de tiempo, comenzó a ser el contrato una cotidiana realidad.

Los días pasaron tranquilos y, con ellos, los meses y los años; hasta que un día —más o menos cuando estaban para cumplirse las *bodas de plata* de tan singular contrato— las dudas vinieron a sembrar zozobra en el ánimo de la pobre señora. Le angustiaba pensar que el monje no estuviese cumpliendo su parte del compromiso, pero no hallaba la manera de poderlo calibrar. Por fin, tras mucho cabileo, tomó una sagaz decisión: pondría al monje en trance de una fuerte tentación.

A tal fin, marchó de nuevo por las calles de Pekín, aunque en esta ocasión no buscaba ningún joven con vocación de “seminarista”, sino una muchachita y con semblante más bien despierto.

La encontró fácil. Era una preciosidad de muchacha. La llevó a su casa y, a pesar de que no necesitaba ya mucha escuela, la adoctrinó sobre lo que tendría que hacer:

- *Se trata* —le dijo— *de que te acerques a aquella cabaña y tientes a un monje que tengo allí desde hace unos veinticinco años. Sólo tienes que ponerte insinuante y proponerle hacer lo que él desee.*

Fue decidida la muchachita hacia la cabaña, mientras la viejita observaba desde la ventana de su casa. Pero ¡hete aquí!, que tan pronto como ella llegó donde el monje, sin que mediase tiempo ni tan siquiera para la más mínima insinuación, el monje, armado con la escoba, empezó a perseguirla amenazante.

Ante el espectáculo la viejita salió al encuentro de la alborotada pareja y, poniéndose en medio de la víctima y su verdugo, dijo a la primera:

- *Vé y espérame en casa.*

A renglón seguido, sin darle tiempo a reponerse del sobresalto, dijo al monje:

- *Usted, vaya, recoja sus cositas y puede irse, nuestro contrato ha terminado.*

- *¿Por qué?* –dijo la muchachita que lo había observado todo desde la casa– *¿por qué ha despedido al monje, si él no sólo no cayó en la tentación sino que ni me concedió tan siquiera la oportunidad de planteársela?*

- *Para apartar de sí la tentación* –respondió la viejecita– *no hacía falta que te tratase con violencia.*

Y añadió con inmensa tristeza:

- *¡Tantos años en oración! Y no creció en humanidad.*

Acentos particulares del carisma amigoniano

Partiendo de la base de que la *espiritualidad* cristiana implica siempre –por su propia naturaleza– un *crecimiento en amor*, sería el momento de clarificar qué aporta de específico a dicho crecimiento el calificativo de *amigoniana*.

Es cierto que –según la fe y el pensamiento cristiano– todo hombre está llamado a madurar en el amor, pero es cierto también que *no todos de la misma manera*. Y esto, que se afirma de la persona concreta, tiene su correspondiente aplicación cuando se trata de la *persona corporativa*. Todos los carismas religiosos –los distintos modos de ser y hacer existentes en la iglesia– se orientan a favorecer en sus miembros el *crecimiento humano por el amor*, pero no todos viven y actúan dicho crecimiento del mismo modo. Cada instituto, cada congregación confiere a la común maduración en el amor una tonalidad específica que dará su sello de autenticidad a la propia *identidad* y al propio *estilo de actuación*, o que, si se prefiere, dará su carácter de identidad al propio *talante en el ser y hacer*:

- *La caridad* –escribió el padre Luis en las primeras Constituciones de los amigonianos– *es el complemento de la ley y como el alma de las demás virtudes, sin la cual no hay perfección posible... Por esto, pues, los diversos Institutos Religiosos que hermocean la Iglesia de Dios... se consagran de un modo especial a la práctica de esta virtud, aunque no todos la ejerzan del mismo modo*⁹.

9 AMIGÓ, L. OC, 2359.

- *Cada congregación* –expresó él mismo en otro documento– *tiene su espíritu propio conforme a la misión que el Señor le confía*¹⁰.

Ahora bien, ¿qué es lo característico del crecimiento amigoniano en el amor?, ¿qué es lo que confiere a la integral maduración amigoniana su sello característico?, ¿qué es lo que otorga al ser y actuar amigoniano un talante propio dentro del conjunto armónico de la Iglesia?, ¿qué es, en definitiva, lo que distingue el carisma amigoniano, es decir, lo que da a los amigonianos su sello característico, su identidad de *zagales del Buen Pastor*, como el propio padre Luis Amigó los llamó¹¹?

Evidentemente, definir en toda su complejidad y riqueza la vida es una tarea imposible. Se pueden definir los conceptos, pero las vivencias tan sólo pueden, muchas veces, ser descritas. El mundo de los conceptos puede ser entendido desde fuera, el mundo de las vivencias es captado en la medida que es compartido y asumido. No obstante, y a pesar de la dificultad, puede darse, aunque sólo sea por vía aproximativa, una cierta respuesta a los interrogantes arriba planteados. Y esta respuesta, aun cuando no llegue a aclarar de todo la cuestión, puede, al menos, favorecer su intuición.

Se podría decir –sintetizando todo un rico mundo de sentimientos– que lo más característico de la maduración amigoniana en el amor es *el particular acento que ha puesto la tradición amigoniana en el desarrollo de la dimensión misericordiosa del amor*.

Ese acento en la dimensión misericordiosa, dentro del crecimiento humano en el amor y por el amor, ha favorecido que en la identidad amigoniana sobresalgan matices que, enraizados en el *ser*, tienen su incidencia en el ámbito del *hacer*. Estos matices que en concreto se traducen: en la *sensibilidad para convivir y empatizar* con los alumnos; en la *sensibilidad para atender a la individualidad*, para querer a cada uno “como es” y querer más a quien más lo necesita; en la *sensibilidad para mantenerse fuerte y fiel* en medio de las dificultades, y en la *sensibilidad necesaria para actuar con coherencia*, han sido ya profundizados ampliamente –como se sabe– en la parte III de esta obra, bajo el

10 AMIGÓ, L. OC, 1920.

11 AMIGÓ, L. OC, 1831.

título genérico de *sentimiento pedagógico amigoniano*. Y el hecho de traerlos aquí de nuevo, es simplemente, para poner de manifiesto con mayor énfasis la simbiosis que se establece entre *espiritualidad* y *pedagogía amigoniana*; entre su *identidad* y su *praxis*; entre su *talante de ser* y su *estilo de actuar*.

Los matices pues, que distinguen el sentimiento pedagógico amigoniano; los matices que le dan su verdadero toque humanista —o, si se prefiere, los valores más castizos y característicos de la amigonianidad—, surgieron y se cultivaron en un ámbito *espiritual*, que, por ser tal, no sólo no deshumanizó la identidad de los primeros amigonianos, sino que la humanizó en profundidad.

La espiritualidad, fuente de sabiduría pedagógica

Desde lo anterior, se percibe con claridad que en la tradición amigoniana no sólo se establece un creativo *diálogo* entre fe y razón, entre creencias y realidad vital, sino que se produce una verdadera *convivencia* y *simbiosis* —como ya antes se dejó dicho— entre ambas perspectivas de la misma realidad. La vivencia amigoniana de la fe, por ser profundamente cristiana, fue profundamente humana y no sólo contribuyó eficaz y decisivamente al crecimiento integral de los educadores amigonianos en sensibilidad, sino que informó de alguna manera todo su *sistema* e, incluso, su *método* pedagógico.

Algunos de los aportes que el ámbito de la fe hizo a la pedagogía amigoniana se han visto con detenimiento a lo largo de la presente obra. Entre ellos sobresalen, sin duda, su sentido del hombre —o *antropología metafísica* del sistema¹²—; su concepción de la educación¹³; su sentido positivo de la persona¹⁴, y el mismo sentido positivo del esfuerzo y de la fortaleza de ánimo en todo proceso de autoeducación¹⁵.

12 Cf. parte I, capítulo II, y parte II, capítulo I.

13 Cf. parte I, capítulo II, apartado: *Acompañando a la persona hacia el ideal humano*, y parte II, capítulo I.

14 Cf. parte II, capítulo III.

15 Cf. parte II, capítulo II.

Sin embargo, con ser fundamentales y trascendentales dichos aportes, la influencia de la fe en la praxis amigoniana fue mucho más amplia desde sus orígenes y algunos de sus otros aportes —como el *sentido integral e integrador* de la educación y su *sentido individualizado y progresivo*— merecen ser destacados en este contexto:

El sentido integral e integrador de la educación se asienta, no cabe duda, dentro de la tradición amigoniana, en la misma visión que ésta tiene del hombre desde la antropología cristiana.

En dicha visión, las dimensiones teológica, psicológica y social de la persona no son compartimientos estancos, sino *vasos comunicantes* que se interfieren constantemente y se van complementando al unísono. De donde se deriva, por ejemplo, que la dimensión teológica de la persona no sólo se atiende cuando se habla a la persona explícitamente de Dios, sino también cuando se le ayuda a que se encuentre consigo misma, a que descubra su dignidad como persona, o cuando se educa su conciencia social. Y de donde se deriva también —siguiendo el ejemplo anterior— que la maduración del hombre en su dimensión personal y social se favorece asimismo y de forma eficaz cuando éste aprende y acepta libremente desde la fe el propio proyecto de *crecimiento humano por el amor*.

Educar integralmente al alumno supone en conclusión, desde esa visión cristiana de que participa la pedagogía amigoniana, acompañarle en su proceso con el convencimiento de que la fe, además de ayudar al hombre a acercarse a Dios, le ayuda también a encontrarse consigo mismo, con las raíces de la identidad humana, y con el convencimiento, además, de que toda acción educativa —de índole personal o social—, por intrascendente que pueda parecer, tiende en el fondo a la trascendencia y favorece el que el hombre, desde su propia reconstrucción personal o social, desde el encuentro consigo mismo y desde el agradable sabor de la propia vida, pueda encontrarse con Dios.

Y, junto al sentido integral e integrador de la educación, también el *sentido individualizado y progresivo* de ésta, hunde sus raíces en la concepción cristiana del hombre.

En realidad, tras ese sentido individualizado y progresivo se esconde la categoría religiosa de la *conversión*, es decir, de ese proceso

que, según el pensamiento religioso, sigue el hombre en su vuelta a Dios.

El mismo padre Luis Amigó que posiblemente desde la sensibilidad que desarrolló en él el *carisma misericordioso* que Dios le había regalado, tomó profunda conciencia de la realidad que comporta la *conversión*, y que la desarrolló fundamentalmente en sus escritos a través del relato del hijo pródigo, recalcó en su magisterio sobre esta parábola dos actitudes básicas —la actitud misericordiosa del padre y la actitud penitente del hijo— tras las cuales es muy fácil descubrir esas características de *individualidad* y *progresividad* que aquí se mencionan.

En efecto, en la *actitud misericordiosa* del padre queda remarcada la *individualidad* al dejar claro que lo único que le importaba a éste era “hallar al hijo que había perdido”¹⁶. Mientras que en la *actitud penitente* del hijo no deja de insinuarse todo un *proceso* que le lleva progresivamente a *romper* con todo, a *vencer* dificultades y a *sujetarse* y *aceptar* hasta los mayores sacrificios para acabar encontrándose con su padre¹⁷.

Conocedor, pues, el padre Luis de que la realidad teológica de la conversión comporta una *atención individualizada* de Dios con relación al hombre, y una *acción progresiva* de éste hacia Aquél; y consciente, al mismo tiempo, desde su visión integral del hombre, de que este proceso teológico coincide últimamente con el proceso humanizador, comenzó primero por aplicar sus deducciones de orden teológico al apostolado que él mismo ejerció con los presos, a los que trataba personalmente con una técnica “pausada, gradual y progresiva”; para

16 Cf. AMIGÓ, L. OC, 389.

17 Cf. AMIGÓ, L. OC, 533. La *progresividad* del mencionado proceso está insinuada indudablemente a través de los verbos *romper*, *vencer* y *sujetarse*. Analizados estos verbos en el contexto total del sistema educativo del padre Luis se puede apreciar que esta insinuación es mucho más consistente de lo que primeramente pudiera parecer. En efecto, el verbo *romper* hace referencia a un momento —muy compenetrado y unido al propio de la reflexión— en el que se hace necesario un *corte* absoluto con las circunstancias ambientales de la vida anterior (cf. al respecto AMIGÓ, L. *Constituciones 1910*, n. 243); el verbo *vencer* indica una posterior lucha en el interior del propio hombre por la que éste debe ir fortaleciendo su voluntad que aún parece resistirse al bien (cf. AMIGÓ, L. *Constituciones 1910*, n. 247); mientras que el verbo *sujetarse* indica ya una sumisión de la voluntad a las indicaciones de la propia conciencia (cf. esta idea con AMIGÓ, L. *Constituciones 1910*, n. 254).

insistir, posteriormente, y en el ámbito ya de sus seguidores sobre la necesidad de que la educación por ellos ejercida se encaminase tanto a tratar individualmente a cada alumno, como a reconducirlo de forma gradual.

Normas que indican su voluntad de transmitir una *educación individualizada* son:

- Aquéllas que se encaminan a inculcar a sus seguidores la necesidad de llevar una especie de registro personal de cada alumno con el fin de anotar allí sus circunstancias familiares, ambientales, aptitudes, temperamento, carácter, y otros datos de interés, para “poder adoptar con fruto el método a que se le deba someter”¹⁸;
- aquéllas otras que ponen de manifiesto cómo el educando debe ser tratado, no conforme a criterios globalizantes –como puede ser los de edad–, sino de acuerdo a sus *propias cualidades*, teniendo presente que cada alumno requiere un procedimiento educativo propio según “su carácter, temperamento, aptitud, disposición de ánimo...”¹⁹.

Normas que indican, por otra parte, su intención de transmitir una *educación progresiva* son aquéllas que hacen relación a la división del proceso reeducativo del alumno en distintos períodos. Estas normas han sido ya vistas en la presente obra, indicando incluso que, en su primera formulación, hacían directa referencia al lenguaje mismo de la *ascética cristiana*²⁰.

Y ya como conclusión de todo este extenso apartado en el que se han explicitado detalles que ayudan a percibir con mayor nitidez la simbiosis existente entre espiritualidad y pedagogía dentro de la tradición amigoniana, hay que señalar que con ello, no se ha agotado el tema. La *espiritualidad* –es decir el crecimiento en *humanidad* alimentado desde Dios– no sólo ha sido *fuentes histórica de sabiduría pedagógica*

18 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2029. Tanto estas normas, como las que se citarán en la nota siguiente están –como es fácil deducir– tras ese matiz del sentimiento pedagógico amigoniano que tiende a *atención de la individualidad* y que se ha reflexionado en la parte III, capítulo II.

19 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2051.

20 Cf. arriba, parte I, capítulo II, apartado: *Hacia la búsqueda de un método*. La tradicional ascética cristiana dividía el proceso de conversión en tres períodos o vías: la *purgativa*, la *iluminativa* y la *unitiva* que se correspondían directamente con los períodos de *catecúmenos*, *perseverantes* y *adoradores* de que allí hablaba el padre Amigó (Cf. AMIGÓ, L. OC, 2049 – 2054).

ca, sino que lo continúa siendo para todos aquéllos que siguen acercándose al ámbito del espíritu para encontrar en él nuevos impulsos que mantengan el propio *ser en actividad* y en crecimiento humano por el amor.

Modelos de la amigonianidad

Dentro de la misma dinámica del espíritu, la tradición amigoniana ha reconocido desde sus inicios como modelos válidos del crecimiento en amor y humanidad según los matices y acentos características del propio talante y estilo, al *Buen Pastor*, a la *Virgen de los Dolores* y a *San Francisco de Asís*, a quienes se dedicarán los capítulos que completarán esta última parte de la presente obra.

En realidad, entre ellos tres, la figura central y principal es, lógicamente, la del Buen Pastor, la de Cristo, único *Modelo y Maestro* en propiedad de toda vida cristiana.

En el Buen Pastor encuentran su primera y fundamentalmente fuente de inspiración los matices y acentos que distinguen el crecimiento en amor y humanidad típico de los amigonianos.

Sin embargo, ese típico crecimiento en amor se enriquece también, de alguna manera, desde la figura de la Virgen de los Dolores –en la que el sentimiento amigoniano se reviste fundamentalmente de la ternura y fortaleza que respira la maternidad– y desde la figura misma de San Francisco, en la que se resaltan sobre todo los tonos de la sencillez y de la servicialidad, típicos del que sabe ser *menor* en la vida, de quien no se cree nunca superior a nadie.

Dicho de otra forma, esos tres modelos forman como una especie de tríptico en el que la tabla central –ocupada por el Buen Pastor– representa al *Maestro* de la identidad amigoniana, pero en el que las tablas laterales –ocupadas por la Virgen de los Dolores y por San Francisco– no dejan de tener también su significado y no dejan de transmitir un mensaje, al reflejar, con luminosidad propia y característica, la lección misma del Buen Pastor.

Hoy, a estos tres tradicionales modelos de la amigonianidad, hay que añadir, sin duda, la figura misma del padre Luis Amigó, por cuanto que fue él el primer depositario del carisma, del talante misericordioso que distingue el *ser y hacer* amigoniano, y por ser él el que, desde

su vida, lo hizo *testamento* para sus seguidores. No obstante, al padre Amigó, aunque no se le dedique aquí un capítulo, le ha sido dedicada –como ya se sabe– toda la primera parte de este libro.

TRAS EL
BUEN PASTOR

El texto del decreto oficial mediante el cual el padre Luis Amigó fue declarado *Venerable*, el 13 de junio de 1992 en presencia del Papa Juan Pablo II, se iniciaba con estas iluminadoras palabras:

- *La ofrenda generosa del Buen Pastor –“Doy mi vida por mis ovejas”– es el quicio espiritual sobre el que giró la vida del padre Luis Amigó y Ferrer*²¹.

Y así fue ciertamente. La figura del Buen Pastor ayudó, al padre Luis, a concentrar y sintetizar de alguna manera toda la riqueza de su profunda vivencia cristológica.

La predilección del propio padre Amigó por dicha figura de Cristo empezó a fraguarse en el seno mismo de la familia capuchina, a la que perteneció –como ya se dejó dicho– a partir del año 1874²².

Entre los capuchinos españoles existía, por aquellos años de finales del siglo XIX, una gran devoción a la Virgen, bajo la advocación de *Madre del Buen Pastor*. Ella era considerada la especial patrona y protectora de las misiones que tenían en tierras americanas y, particularmente, en los territorios de la Guajira colombiana y venezolana.

La Madre del Buen Pastor –a la que solían llamar Divina Pastora y, más familiarmente aún, *Zagala*²³– marcó, pues, la vida de aquellos frailes entre los que se encontraba el padre Luis. Éste, de hecho, dejó escritos, ya en 1894, algunos significativos textos en los que se aprecia con claridad cómo soñaba, ya entonces, con personas que, *no buscán-*

21 Cf. *Decreto de declaración de Venerable*, en *Pastor Bonus* 41 (1992) p. 75.

22 Cf. parte I, capítulo I, apartado: *Un fraile y sacerdote cercano a los hombres*.

23 Desde este término de *Zagala* o *colaboradora con el Buen Pastor* con que los capuchinos se referían a la Virgen, adquiere una profunda significación religiosa y mariana el término mismo de *zagales* con el que padre Luis definirá nuclearmente el talante de sus seguidores.

*dose a sí mismas, tuviesen la virtud de atraer los corazones hacia Jesucristo, Camino, Verdad y Vida; con personas que, dejando las noventa y nueve ovejas fieles en el aprisco, estuviesen dispuestas a correr tras la que va de precipicio en precipicio y fuesen capaces de no cesar en su empeño de ilustrarla y amonestarla hasta conducirla al redil del Buen Pastor*²⁴.

No obstante, fue a partir de su ordenación como *obispo*, cuando sus textos relativos a la figura del Buen Pastor empezaron a multiplicarse²⁵. De hecho, el lema que escogió ya para su escudo episcopal fue – como ya se ha dejado dicho repetidamente– el propio del Buen Pastor: *doy mi vida por las ovejas*²⁶. Lema que él mismo explicaba así a sus seguidores:

*- Al dirigirme a vosotros, quiero, ante todo, haceros presente el amor que en Jesucristo os profeso; amor que me dispone a dar la vida, si necesario fuera, por todos y cada uno de vosotros... Vigilaré, pues, cual solícito pastor sobre vosotros, para impedir que lobos voraces puedan hacer presa en vosotros, apartándoos del redil del Buen Pastor*²⁷.

Conforme fue profundizando en esa figura cristológica, el padre Luis fue descubriendo en ella la más lograda representación del *Cristo Redentor*, que fue el verdadero centro y motor de su vida y actuación. En la actitud del Buen Pastor, que fue capaz de dejar las noventa y nueve ovejas en el campo para ir a buscar la que se le había perdido y que, *cual amante, trepa montes y cruza collados*²⁸ en busca de su objetivo, descubre con toda nitidez el propósito mismo de Cristo que se presentó ante todos como aquél que no *había venido a salvar a los justos, sino a los pecadores, y que no quería que se perdiese ninguno de sus pequeñuelos*²⁹.

Al mismo tiempo, en la estampa del Buen Pastor, el padre Luis va percibiendo con claridad a ese *Cristo Encarnado y Crucificado*, en el

24 Cf. MASAMAGRELL Luis de, *Novena a Nuestra Señora de la Fe*, Orihuela, tipografía de la lectura popular, 1894, p. 16 y 19-20.

25 AMIGÓ, L. OC, 251. 260. 666. 811. 889. 940. 1136-1138.

26 Cf. Jn. 10, 11 y 15.

27 Cf. AMIGÓ, L. OC, 251 y 260.

28 Cf. AMIGÓ, L. OC, 889.

29 Lc. 19, 10; Lc. 5, 31-32 y Mt. 18, 14.

que se han inspirado históricamente las actitudes de *hacerse todo para todos*³⁰ y de *dar la vida si necesario fuere por los demás*³¹, que han constituido como los dos grandes ejes del más profundo sentimiento amigoniano. Actitudes como *conocer las ovejas, llamarlas por su nombre, caminar delante y no huir ante el lobo*³², son una referencia directa a compartir la realidad del otro, a identificarse con sus sentimientos y su situación³³. Mientras que el *dar la vida*, y el *darla en abundancia y libremente*, aluden a esa capacidad de amar incondicionalmente y con una fidelidad inquebrantable³⁴.

Junto a todo ello, el padre Luis se va percatando también de que en el Buen Pastor queda sintetizada magistralmente la cristología del Hombre Perfecto, del Nuevo Adán, del acabado *Modelo de humanidad* que se contiene en la expresión de *Cristo, Camino, Verdad y Vida*. El Buen Pastor es *camino*, pues va delante de sus ovejas, haciéndose para ellas así, un *modelo cercano y creíble* en su proceso de realización y crecimiento integral. Es *Verdad* en cuanto que es la *puerta que conduce a la vida*³⁵. Y el Buen Pastor es finalmente *Vida* porque con su actitud testimonia que el sentido de ésta es *donación* y que, precisamente por ello, en la medida que se da, se recobra plenificada³⁶.

Y con el tiempo, la figura del Buen Pastor llegó a adquirir para el padre Luis una significación e importancia tales, que, cuando quiso trasmitir a sus seguidores su testamento espiritual, humano y pedagógico, optó por legarles lo más castizo e identificante del talante amigoniano a través de la figura del Buen Pastor:

- *Vosotros, zagales del Buen Pastor* –les dice entonces con palabras ya conocidas– *sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor. Y no temáis perecer en los*

30 Cf. AMIGÓ, L. OC, 1020. 1053. 1166. 1819. 1833. 2359.

31 Cf. AMIGÓ, L. OC, 251. 1831. 2359. Cf. también, *ibidem*, 609. 1508-1511.

32 Cf. Jn. 10, 11. 15. 18.

33 Cf. lo dicho y profundizado en la parte III de esta obra, capítulos I, II y IV.

34 Cf. lo dicho y profundizado en la parte III de esta obra, capítulo III.

35 Cf. Jn. 10, 7 y 9. En realidad –según la antropología metafísica cristiana– se es *verdad*, como se ha repetido a lo largo de esta obra, en la medida en que se crece en *amor y humanidad* y se *saborea así la vida*.

36 Cf. Jn. 10, 17-18.

despeñaderos y precipicios en que muchas veces os tendréis que poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren los zarzales y emboscadas...³⁷.

Tonalidades del amor misericordioso

El *carisma*, el *talante amigoniano*, se ha dicho ya, implica un integral crecimiento en el amor, profundizando y vivenciando de manera particular su *dimensión misericordiosa*.

No obstante, el núcleo de la misericordia –por el entramado mismo de los sentimientos de *fidelidad inquebrantable* a la persona concreta, de *amor “a la medida”* y de *preferencia por los más necesitados*, que lo conforman– se favorece y expresa en las más variadas actitudes vitales. Y entre éstas, interesa desarrollar, aquí y ahora, aquéllas que configuran el testimonio de vida del Buen Pastor, por cuanto que son precisamente las que confieren nuclearmente al crecimiento amigoniano en el amor misericordioso su tonalidad característica y propia.

Llamar por el nombre y conocer³⁸

Ya se ha hablado de lo que supone en su profundidad cultural esta actitud del Buen Pastor³⁹. Baste, pues, subrayar ahora que ha sido precisamente esta misma actitud la que ha inspirado en su raíz uno de los matices más propios del sentimiento educativo amigoniano cual es el de *conocer por vía del corazón*, mediante la diaria convivencia, el cordial compartir y la franca y empática relación personal.

Testigo de lo que se anuncia⁴⁰

Caminando delante de sus ovejas –se ha dicho también–, el Buen Pastor se hace, desde su *coherencia de vida, camino*, para ellas.

Y esa actitud del Buen Pastor que tuvo –como se ha dejado dicho asimismo– una honda repercusión en el magisterio del padre Luis

37 Cf. AMIGÓ, L. OC, 1831.

38 Cf. Jn. 10, 3 y 14.

39 Cf. parte III, capítulo I, apartado: *Conocimiento por vía del corazón*.

40 Cf. Jn. 10, 4.

Amigó, fue la que hizo de los educadores amigonianos personas creíbles y testimoniales que, desde su coherencia en el ser y su compromiso en el compartir, descomplicado, sencillo y alegre, hicieron de la educación un verdadero ámbito familiar⁴¹. Fue también esta misma actitud del Buen Pastor la que alimentó, de alguna manera, esa generosidad de los educadores amigonianos que posibilitó que pudiesen educar desde la cercanía, desde la presencia constante y desde la convivencia afectuosa con sus alumnos⁴².

No huir ante las dificultades

El Buen Pastor –en contraposición con el asalariado que cuando ve venir el lobo abandona las ovejas y huye porque éstas no le importan nada⁴³– no sólo da la cara y vela por el rebaño, sino que incluso da la vida por él.

Esa actitud *vigilante* del Buen Pastor, aparte de haber iluminado –desde una perspectiva complementaria a la que se ha visto en la actitud anterior– el quehacer pedagógico amigoniano con su distintiva tonalidad de la *presencia*, fue la que impulsó también a los mismos educadores amigonianos a *ser fuertes ante las dificultades* y a *vivir la propia entrega sin restricciones de horario y con fidelidad incondicional e inquebrantable*⁴⁴.

Ir tras el necesitado sin temor y con esperanza

La actitud de ir tras la oveja extraviada es la que con mayor frecuencia y énfasis subraya el padre Luis Amigó en la figura del Buen Pastor. Dicha actitud, que puede ser leída complementariamente como *búsqueda del descarriado* o como *hacerse el enconradizo con él*, manifiesta de modo particular la dimensión misericordiosa que distingue el talento amigoniano.

Desde el magisterio, pues, del padre Luis –que anima incluso a sus seguidores a desafiar despeñaderos y precipicios, zarzales y emboscadas, en el desempeño de su cometido–, el Cristo que deja las no-

41 Cf. parte III, capítulo IV.

42 Cf. parte III, capítulo I, apartado: *Educación desde la cercanía*.

43 Cf. Jn. 10, 12-13. Cf. también, Jer. 23,1 ; Ez. 34, 5-8. 22. 28 ; Hch. 20, 29.

44 Cf. parte III, capítulo III.

venta y nueve ovejas *en los montes* o *en los desiertos*⁴⁵ para buscar la oveja perdida y que encontrada *la carga sobre sus hombros*⁴⁶, inspiró en la tradición pedagógica amigoniana el *querer a cada uno en su individualidad*, valorando más la persona que sus hechos; relativizando en su favor reglamentos; teniendo una preocupación preferencial por los más necesitados⁴⁷, y procurando siempre que la persona misma se sintiese valorada, estimada y respetada⁴⁸.

Desvivirse por los demás

El mensaje de la vida, central en la parábola del Buen Pastor, tiene su más lograda expresión en el *desvivirse*, en el dar la propia vida, para que los otros puedan encontrar, desde ahí, sentido a la suya.

Desde la centralidad, además, que el padre Luis Amigó confirió en su propia vida y en sus enseñanzas al lema del Buen Pastor: *doy mi vida por mis ovejas*, la escuela pedagógica amigoniana recibió, a través del *desvivirse*, un nuevo impulso⁴⁹ –posiblemente el más radical– para vivir la propia entrega a los alumnos con verdadera *generosidad*⁵⁰ y *plena dedicación*⁵¹.

Celebrar con alegría la fiesta del encuentro

El pastor, tras recuperar la oveja perdida, organiza una *fiesta* para celebrar el hecho con sus amigos⁵².

45 Cf. Mt. 18, 12 y Lc 15,4.

46 Cf. Lc. 15,4. Esta actitud de *poner sobre sus hombros*, contrapuesta diametralmente a la de *poner bajo sus pies*, quiere explicitar, de alguna manera, el matiz de la *dignidad y dignificación* de quien ha sido encontrado. No basta con esforzarme por recuperar a la persona que va como perdida o muerta por la vida, sino que dicho esfuerzo debe de ir acompañado imprescindiblemente de una actitud de respeto a esa misma persona, por el mero hecho de ser tal.

47 Cf. parte III, capítulo II.

48 Cf. parte II, capítulo I, apartado: *Educando desde el sentimiento*.

49 Las actitudes concretas de la verdadera *generosidad* y de la plena *dedicación*, que a continuación se citan, encuentran también, como ya se ha anotado antes, un motivo de inspiración en la actitud del Buen Pastor que *no huye ante las dificultades*, pero no cabe duda de que es esta actitud del *desvivirse* la que le da su profundidad y significación más cabal.

50 Cf. parte III, capítulo I, apartado: *Educación desde la cercanía*.

51 Cf. parte III, capítulo III, apartado: *Dedicación completa, "sin horarios"*.

52 Cf. Lc. 15, 6.

La fiesta pertenece, por su propia naturaleza, a la universal cultura humana. Todas las civilizaciones –y en ocasiones cuanto más primitivas con más intensidad– han cultivado con particular esmero la dimensión alegre y desenfadada de la vida. Los mismos ritos religiosos no sólo encuentran a menudo su origen en las fiestas, sino que se constituyen ellos mismos en una celebración festiva. Y, por lo general, las fiestas de las distintas culturas coinciden fundamentalmente en estas dos dimensiones íntimamente relacionadas entre sí: *la celebrativa y la social*.

Y precisamente desde la perspectiva de alegre y comunitaria celebración, la actitud de Buen Pastor estimuló desde los orígenes a la tradición amigoniana a vivir con gozo y sentido festivo la educación, procurando, por una parte, la *alegría de carácter en los propios educadores como extraordinario medio de comunicación entre ellos y sus alumnos*⁵³, y haciendo también todo lo posible porque la *vida de los alumnos dentro del centro fuera lo más agradable y llevadera posible*⁵⁴.

Últimamente, esta misma actitud del Buen Pastor ha constituido también para la pedagogía amigoniana un motivo más de inspiración en su propósito de integrar en la educación de los niños, adolescentes y jóvenes en conflicto, a su mismo entorno familiar y social⁵⁵.

El evangelio de la misericordia

En realidad todo el evangelio es misericordia y puede ser leído en esta clave. La *buena noticia* de Cristo consiste fundamentalmente en decir al hombre –a todo hombre– que el Padre le ama con amor siempre fiel y “a la medida”, y que lo único que se le pide para empezar a sentirse salvado; para empezar a experimentar la felicidad; para empezar a saborear con verdadero gusto la vida, es que él mismo se aferre al amor de Dios, se sienta amado por él y se decida, desde ahí, a madurar en humanidad por el amor.

53 Cf. PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.126. Cf. también, parte III, capítulo IV, apartado: *Testimonio descomplicado, sencillo y alegre*.

54 Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933 y 1946*, n. 212 en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.170.

55 Cf. parte II, capítulo IV, apartado: *Educando al menor y a su entorno*.

No obstante, hay textos que, han ayudado de forma especial a la tradición amigoniana a tomar conciencia de lo que implica ese matiz misericordioso que caracteriza primordial y particularmente el propio talante o carisma.

Junto a los textos del *hijo pródigo* o del *padre misericordioso* y de la *resurrección del hijo de la viuda de Naim* a los que se ha hecho repetidamente referencia a lo largo del presente escrito, hay otros que han influido, en mayor o menor medida, en la reflexión y consecuente asimilación amigoniana.

Un lugar primordial ocupa, como es natural, la *parábola del Buen Pastor*, a la que se ha hecho especial referencia en el apartado anterior, y también la *parábola de la oveja perdida* que forma con la del Buen Pastor una especie de unidad temática en el magisterio del padre Luis Amigó y en la misma tradición amigoniana. La parábola de la oveja perdida, sin embargo, se hermana en su contexto original con otras dos: la del *padre misericordioso* y la de la *dracma perdida*⁵⁶. Y este mismo contexto ha tenido su resonancia en la tradición amigoniana, que ha sabido leer a través de él tres actitudes complementarias frente al mismo drama, frente a la pérdida de un bien querido. En efecto, en el caso del *Pastor* la solicitud por la oveja perdida se manifiesta en la actitud de *ir tras ella*, emprendiendo así su búsqueda afanosa; en el caso de la *mujer*, la solicitud por la dracma perdida se expresa en la actitud de *barrer y arreglar la propia casa*, y en el caso del *padre* su fidelidad y cariño por el hijo que se marchó de casa, se muestra en la paciencia con que espera, vigilante y esperanzado, su regreso. No siempre –aprendió de todo ello la escuela amigoniana– puede ser idéntica la actitud frente al mismo problema. Cada persona debe ser buscada y encontrada de la forma y manera que ella misma necesita ser buscada y encontrada.

Aparte del anterior núcleo temático –configurado en torno a la figura del *Buen Pastor*– ha habido otros textos del evangelio que han tenido o van teniendo una particular significación entre los amigonianos.

56 Cf, Lc. 15, 1-31.

Uno de ellos ha sido la *parábola del Buen Samaritano*⁵⁷. El padre Luis Amigó, *movido a compasión* –como un día aquel hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó⁵⁸– no pasó de largo frente a los que sufrían, supo detenerse junto a ellos, supo *hacerse próximo y prójimo* para los mismos y no sólo aportó una solución concreta y eficaz a sus problemas, sino que, incluso, llegó a ofrecerse como víctima expiatoria para mitigar el mal de la sociedad⁵⁹. Y la tradición amigoniana – impulsada por este ejemplo de su fundador– supo descubrir también en la parábola del Buen Samaritano un motivo más de crecimiento en esa actitud de inserción y compromiso que caracteriza el propio *ser* y que hace que sus educadores sepan acercarse al alumno necesitado para ofrecerle una ayuda eficaz; sepan *hacerse los encontradizos con él*⁶⁰.

Otros textos que han alimentado, desde la espiritualidad, el crecimiento humano de los amigonianos en amor misericordioso, han sido, por ejemplo: el de Cristo que comparte la comida con los pecadores, porque quiere *misericordia y no sacrificios*⁶¹; el de Jesús que perdona a la pecadora arrepentida y a la adúltera, *valorando más la persona* y su amor, que sus *hechos*⁶²; el del maestro que se detiene con la samaritana y con Zaqueo, porque ha venido a *salvar lo que estaba perdido*⁶³; el del siervo que suplica por la higuera estéril con la paciencia esperanzada de quien piensa que *aún se puede hacer algo más*⁶⁴, y el del propietario de la viña que tras contratar a sus trabajadores a distintas horas del día, les acaba pagando a todos lo mismo, pues sabe superar, desde la sabiduría de su corazón que mira a la persona concreta y sus circunstancias, las exigencias de la mera justicia⁶⁵.

57 Cf. Lc. 10, 29-37.

58 Cf. Lc. 10, 33 y AMIGÓ, L. OC, 86.

59 Cf. AMIGÓ, L. OC, 83.

60 Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933 y 1946*, n. 228.

61 Cf. Mt. 9, 10-13. Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Espiritualidad Amigoniana*, n. 198.

62 Cf. Lc. 7, 36-50 y Jn. 8, 1-11.

63 Cf. Jn. 4, 7-30 y Lc. 19, 1-10.

64 Cf. Lc. 13, 6-9.

65 Cf. Mt. 20, 1-16.

MADRE DEL DOLOR, MADRE DEL AMOR

La espiritualidad personal del padre Luis Amigó es profundamente mariana, es decir, sobresale en ella una gran devoción a la Virgen María. Dentro, sin embargo, de esa dimensión mariana de su vida, adquiere un especial relieve su devoción a la *Virgen de los Dolores*.

Dicha devoción se puso particularmente de manifiesto en la fundación de los amigonianos a quienes quiso colocar bajo su directo patrocinio:

- Todo dispuesto para que pudiese hacerse la inauguración de la Congregación el día de Nuestra Madre de los Dolores –cuenta él mismo–, el 2 de febrero de 1889 puse las Constituciones de la nueva Congregación en las manos de la Santísima Virgen de los Dolores y le pedí que bendijese y recibiese bajo su protección y amparo la fundación que iba a hacer en su honor⁶⁶.

No obstante, dicha devoción empieza a gestarse en sus primeros años de vida. Siempre se ha dicho que el cariño del padre Luis a la Virgen de los Dolores tenía claras raíces familiares, aunque, quizás, no se ha resaltado lo suficiente un hecho que, a mi entender, constituye el motivo principal y más profundo del mencionado cariño.

En la casa de los Amigó y Ferrer, no todo era de color de rosa. El matrimonio –formado por dos personas extraordinarias– se quería entrañablemente y se mantenía íntimamente unido, pero había problemas, que incidían particularmente en el ámbito económico y que atormentaban la vida de doña Genoveva. De hecho, cuando ya en la madurez de sus años, el padre Luis se decide a presentarnos a sus padres en el pórtico de su autobiografía, dice así de su madre:

66 AMIGÓ, L. OC, 104-105.

- *No he conocido señora más sufrida; y tan prudente, que jamás se conocía por su semblante los disgustos o penas que la atormentaban, pues decía que ninguna culpa tenían los de fuera de nuestras tribulaciones*⁶⁷.

No es difícil descubrir, tras esa escueta descripción, la figura de una verdadera *madre dolorosa*; de una madre que sufre intensamente por los suyos porque los ama de manera entrañable.

El propio hogar familiar –a través de la figura materna– fue, pues, sin lugar a dudas, la gran escuela donde el padre Luis empezó a comprender el sentido salvífico del sufrimiento humano cuando es asumido con talante cristiano, es decir, cuando es asumido *por amor y con amor*. La vida posterior se encargaría de hacerle comprender, con más radicalidad aún, la lección, y, a quien le preguntaba el porqué de su extraordinario cariño a la Virgen de los Dolores, solía responder con la sonrisa en su semblante y con ojos que denotaban su emoción:

- *Porque al pie de la cruz es donde María nos ha demostrado ser más madre*⁶⁸.

Con los años también y conforme sus seguidores se fueron adentrando en el quehacer apostólico entre los niños y jóvenes en situación de riesgo o de conflicto, el Señor le haría comprender lo acertado de su decisión de ponerles bajo el patrocinio de la Virgen de los Dolores.

Dicho apostolado entre los menores marginados le ayudó a percatarse cómo, por lo general, detrás de todo niño o niña, detrás de todo adolescente o joven con problemas, suele encontrarse la figura silenciosa de una madre, que *sufre* porque *ama* –con amor inquebrantablemente fiel y con cariño proporcionando a sus necesidades y carencias– a quien es, ante los ojos del desamor, alguien sin ningún valor o, incluso, un mero estorbo social.

Sentido pascual del dolor

El dolor por el dolor no es cristiano. Las palabras de Cristo: *“Padre, si es posible pase de mí este cáliz*⁶⁹, son la sentida súplica del

67 AMIGÓ, L. OC, 6.

68 Cf. Testimonio recogido por FATIZZO, Sebastiano, *El Padre Luis de Masamagrell, su vida, su semblanza y su obra*, p. 135-136.

69 Cf. Mt. 26, 39.

Hombre–Dios que, en los umbrales de su pasión, anhela encontrar en la oración sentido a su sufrimiento. Cristo no goza sufriendo, y si acaba aceptando con serenidad el sufrimiento es porque descubre –no sin angustia ni sin dolor– que sólo sin renunciar a él se puede alcanzar la madurez de la propia identidad humana.

Creado a imagen y semejanza del *Dios–Amor*, el hombre –como ya ha quedado dicho en esta obra⁷⁰– es germinalmente un *proyecto de amor*. Sólo madurando en amor, sólo creciendo en sentimiento, se va personalizando y humanizando. Pero tal personalización, tal crecimiento en sentimiento y en humanidad, implican en la persona –como también se ha dejado dicho⁷¹– una suficiente capacidad de fortaleza.

Siendo fuerte para aceptar con gallardía y reciedumbre de ánimo las dificultades, contratiempos y sufrimientos que conllevaba su pasión, Cristo ofreció al hombre una gran lección de vida. Le mostró, con su propio ejemplo, que el *camino de la felicidad*, de la plena realización humana –que no es otro que el camino del amor– sólo puede recorrerse en la medida que se es *fuerte* para asumir con gozosa libertad y serena alegría el sufrimiento que supone el renunciar al *egocentrismo*. No se puede amar sin salir de uno mismo. *La capacidad de amor* guarda relación directa con la *capacidad de fortaleza* que se necesita para decirse “no” a sí mismo. El que no es capaz de morir a sí mismo –*como hace el grano de trigo*⁷²– no descubrirá nunca el gozoso sentido de la propia razón de ser.

El mensaje de Cristo supone, en este sentido, una revolución cultural en medio de una concepción humana que, siguiendo la inercia de las mismas tendencias del hombre, valora más las *apariencias* que el *ser*, el *poseer* más que el *dar y compartir*, y el *dominar* más que el *servir*.

La escala de valores del evangelio –contenida en ese *arco iris del amor* que son las bienaventuranzas– exalta el ser plena y felizmente hombre, sobre el considerar a las personas como objetos, sobre el tener y retener bienes, o sobre el rodearse de servidores. Y es precisamente en la totalidad integral de ese mensaje amoroso de las bien-

70 Cf. parte I, capítulo II, y parte II, capítulo I.

71 Cf. parte II, capítulo II.

72 Cf. Jn. 12, 24.

aventuranzas donde el hombre puede descubrir el sentido gratificante del dolor.

El dolor es cristiano en la medida que nace del amor y se orienta a madurar –por el amor mismo– la propia identidad humana: *ya pudiera dejarme quemar vivo* –exclama Pablo en el paroxismo de su canto a lo más profundo del sentimiento humano–, *si no tengo amor, de nada me sirve*⁷³.

Pero al aceptar en sus vidas el dolor y el sufrimiento, Cristo y María no sólo testimonian la necesidad estructural que tiene todo hombre de ser fuerte para *morir* a sí, si quiere *vivir* con y para los demás, sino que ponen también de manifiesto la dimensión salvífica que el propio sufrimiento adquiere con relación a los demás. Desde esta perspectiva, el dolor –asumido con talante cristiano, es decir, asumido por amor y con amor–, al tiempo que constituye un claro testimonio de *fidelidad inquebrantable* a la persona amada –pues *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*⁷⁴–, denota en la persona que ama una decidida voluntad de *transmitir vida* al otro.

Cristo se empobrece para enriquecer a los hombres desde su vaciamiento; da la vida, no para quedarse él muerto, sino para recobrarla de nuevo y para que los demás, a través de su generosa y total donación, *tengan vida y la tengan en abundancia*⁷⁵.

Y el dolor de la Madre, como el del Hijo, es también, por esencia, un dolor salvífico, pascual; un dolor que surge del mismo amor misericordioso que siente Dios por la humanidad y que se orienta a restituir al hombre la plena capacidad de amor y de felicidad con que fue revestido originalmente como imagen y semejanza de su Creador.

Por todo ello, el dolor de María, como el de Cristo, no es frustrante ni deprimente, antes bien, constituye una bella y patente expresión de amor. Y es precisamente desde esta profunda visión pascual del dolor, desde la que se abordará ahora un acercamiento a la figura de María para adentrarse en el mensaje que se quiere transmitir desde la advocación de *Madre Dolorosa*.

73 Cf 1Co. 13, 3.

74 Cf. Jn. 15, 13.

75 Cf. 2Co. 8, 9; Filp. 2, 6-10 y Jn. 10, 10.

A partir de la visión pascual del dolor, no se puede acentuar más el adjetivo *Dolorosa*, que el sustantivo *Madre*. María sufre voluntariamente porque ama, con amor maternal, a su Hijo y, en él, a todos los hombres, y sus *dolores* –verdaderas *lecciones de amor* en su singularidad– expresan, en su armónica y conjuntada policromía, los variados matices que confieren su sello de verdadera identidad y garantía al amor mismo. En consecuencia, no se debieran separar nunca las expresiones *Madre del Dolor*, *Madre del Amor*, pues tras la advocación de *Dolorosa* se encuentra presente, de un modo del todo singular y extraordinario, el mensaje del amor, de la *maternidad* de María.

María en la tradición amigoniana

En sintonía con su fundador, el padre Luis Amigó, la tradición amigoniana ha contemplado fundamentalmente tras la figura de la Virgen de los Dolores la dimensión *pascual* que tiene cristianamente el dolor y ha expresado esta dimensión a través de los núcleos teológicos de la *colaboración*, de la *misericordia* y de la *fortaleza*.

La *generosa cooperación* con la redención es la gran lección que la Virgen de los Dolores ofrece a los amigonianos, quienes, asociados a ella, *se sienten cooperadores en la regeneración de la juventud*⁷⁶.

En íntima conexión con el tema de la colaboración, la misma tradición amigoniana ha resaltado también la *misericordia y fortaleza* que demuestra María, especialmente a través de sus dolores, en su singular colaboración con Cristo:

- *María es en nuestra vida* –proclaman los mismos amigonianos– *fuerza de la generosidad y de la misericordia, de la fortaleza y de la ternura que requiere nuestra misión*⁷⁷.

La *fortaleza* –esa capacidad imprescindible para crecer y actuar con amor generoso, tierno y misericordioso– adquiere en los dolores de María la tonalidad característica de la *mujer fuerte* de que habla la Biblia⁷⁸. La fortaleza que exalta en la mujer el Libro de los Proverbios no es la energía física, ni tan siquiera la valentía que aflora en un

76 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1984*, n. 7.

77 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1984*, n. 7.

78 Cf. Pr. 31, 10-31; Sir. 26, 1-18.

momento de heroísmo, es más bien la *entereza* de quien, por amor, asume con sencillez y con dignidad, con alegría y con diligencia, los sacrificios y renunciaciones necesarias para afrontar día tras día los quehaceres propios de su misión⁷⁹; es más bien la *gallardía moral* que se necesita para afrontar, por amor y con amor, la dolorosa renuncia al *yo* en favor del *nosotros*; es, en fin, la fortaleza de María quien, en la peregrinación de la fe, se mantuvo íntimamente *unida* a su hijo y permaneció *erguida* al pie de la cruz.

*Los dolores, siete lecciones de amor*⁸⁰

El modelo supremo del talante amigoniano es –como se ha dejado dicho– Cristo, contemplado particularmente en la figura del Buen Pastor, pero junto a Cristo, al pie de su cruz, se encuentra también la figura de la Virgen, la *zagala*, la primera y singular colaboradora con la obra redentora de su hijo. Y aunque es cierto que las actitudes que manifiesta María en sus dolores –verdaderas *lecciones de amor*, como antes se adelantaba ya, y como a continuación se verá con detalle – están ya expresadas en Cristo, es también cierto que en Ella estas mismas actitudes, revestidas con el tierno hábito de la *maternidad*, resaltan matices que enriquecen la propia identidad amigoniana y su actuación.

El padre Luis invitó a sus seguidores a ser *padres*⁸¹ de quienes conviviesen o se acercasen a ellos. Y al proponerles, junto al Buen Pastor, el modelo de la Madre Dolorosa les invitó también, de alguna manera, a revestir dicha *paternidad* con la caricia misma de la *maternidad*, es decir, a revestir la propia y generosa entrega a los demás –y en especial a los niños, adolescentes y jóvenes en conflicto– con la *ternura*

79 La mujer fuerte es presentada en el canto que le dedica el Libro de los Proverbios como aquella mujer que *está en actividad* (v. 12.18. 27), que *se compromete con los más variados servicios* de la casa (v. 13. 17. 19. 22. 24), que *tiene un corazón abierto* a todos y especialmente a los necesitados (v. 20), y que *tiene*, en fin, *la suficiente calidad humana para desvirarse* y dar así vida abundante a los que la rodean.

80 Cf. Los dolores de María son, según la tradición: 1º la profecía del anciano Simeón; 2º la huida a Egipto; 3º La pérdida del niño Jesús; 4º Encuentra a Jesús cargado con la cruz; 5º María al pie de la cruz; 6º Recibe en brazos el cuerpo difunto de su hijo; 7º Sepultura de Jesús y soledad de María.

81 Cf. AMIGÓ, L. OC, 2348 y 2359 y en *Constituciones de 1910*, n. 252.

y *fortaleza* de quienes paren los hijos con dolor y gozo a un tiempo. Y así parecen haberlo interpretado secularmente los amigonianos cuando se proclaman *ejecutores en favor de los jóvenes de la herencia y voluntad de Jesús: “ahí tienes a tu hijo, ahí tienes a tu madre”*⁸².

Querer al otro “como es”

El primer dolor de María trae como principal y fundamental *lección de amor* la de *querer al otro como es*.

En la *profecía de Simeón*⁸³ se resalta, en un primer lugar, la obediencia y oblación de María al plan salvífico de Dios cuya mejor expresión se encuentra en su *fiat*. Un *fiat* que es una constante en la vida de María, pero que tiene particularmente tres expresiones más significativas. En la primera –en la Anunciación⁸⁴ –, María, con su *fiat*, acepta, de corazón y sin fisuras, el plan de Dios que le obligaba a variar el propio *proyecto de vida* tal cual ella misma lo había soñado. En la segunda –en el *Magnificar*⁸⁵– el *fiat* se hace poesía y canción, al atribuir María a Dios, con toda normalidad, la centralidad y protagonismo de una acción salvífica que Isabel, llevada por la emoción, había exaltado en la persona de quien la visitaba. Y la tercera expresión se produce precisamente en el momento en que María –al presentar a su hijo en el templo y escuchar de labios de Simeón la profecía de lo que aquel niño sería y de lo que ella, como madre, tendría que sufrir por él– mantiene sin titubeos su plena adhesión a la voluntad de Dios, limitándose a *conservar cuidadosamente todo aquello en su corazón*⁸⁶, es decir, limitándose a *amar*, limitándose a querer a su hijo “tal cual era” y a aceptar los acontecimientos “tal cual Dios los había dispuesto”.

Por todo ello, la tradición amigoniana –en sintonía una vez más con el padre Luis Amigó que vio en la adhesión a la voluntad de

82 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones 1984*, n. 58.

83 Cf. Lc. 2, 22-39.

84 Cf. Lc. 1, 26-38.

85 Cf. Lc. 1, 39-56.

86 Lc. 2, 51.

Dios la *mejor prueba de amor a Él*⁸⁷— supo descubrir tras este dolor un nuevo impulso a querer a la persona en su individualidad⁸⁸.

Afrontar con valentía las dificultades

Meditando con detenimiento el texto bíblico que refiere el segundo dolor⁸⁹, se comprueba que la actitud que mueve el actuar de María y de José en su marcha a Egipto no es la actitud temerosa de quien se esconde, intentando escapar de la realidad, sino la actitud valiente de quien afronta con decisión y prontitud las dificultades del momento.

Aunque la piadosa tradición ha enunciado este dolor con la palabra *huida*, el contexto bíblico-espiritual invita a descubrir en María la actitud valiente del emigrante y peregrino, del desplazado, que, por amor a los suyos, es capaz de dejar casa, trabajo, comodidades y seguridades para protegerles de un presente amenazador o para procurarles un mañana mejor.

Y es precisamente esa actitud de María la que constituye la gran *lección de amor* de este segundo dolor, que enseña a *afrontar las dificultades*.

El afrontar las dificultades es, sin duda, una de las más claras manifestaciones de esa *fortaleza de ánimo* que se requiere para la maduración integral y constante de la persona.

María, en todos sus dolores —pero de modo particular en este segundo que relata su marcha al destierro, y en el quinto, en el que se pone de manifiesto su actitud de permanecer de pie junto a la cruz— presenta, junto a su semblante de *madre amorosa*, la fisonomía de la *mujer fuerte* que canta la Biblia y que anteriormente se ha visto.

En la fortaleza, pues, que María demuestra en este dolor, la tradición amigoniana descubrió un renovado impulso para afrontar con

87 Cf. AMIGÓ, L. OC, 828. Cf. también, 552 y 1393.

88 Cf. parte III, capítulo II. Téngase en cuenta que esta misma *lección de amor* la ofrecía también el Buen Pastor con su actitud de saber abandonar las noventa y nueve ovejas fieles para ir tras la extraviada.

89 Cf. Mt. 2, 13-15.

gallardía las dificultades y contrariedades que puedan presentarse en su diario quehacer apostólico entre los menores con problemas⁹⁰.

Buscar con afán al descarriado

Es significativo que el evangelista Lucas, al relatar el acontecimiento en que se desarrolla el tercer dolor de María, use por tres veces el verbo *buscar* y, una de ellas, matizado además con el sentimiento de angustia. La búsqueda afanosa –cariñosa y preocupada a un tiempo– de quien anda por la vida perdido de orientación o necesitado de afecto y comprensión, se convierte así en la actitud más relevante de este pasaje bíblico⁹¹.

Buscar con afán al descarriado constituye, primordialmente, una llamada a vivir en constante tensión por *encontrar*, cada día más y mejor, *en el amor*, el verdadero *tesoro escondido* que da sentido pleno y gozoso a la propia existencia⁹². Sólo desde la experiencia de *haberse encontrado a sí mismo* y haber descubierto el gozo del propio *ser y existir*, puede la persona concreta ponerse en camino hacia el otro. Cuando Cristo invita a sus discípulos a dejar las redes para ser *pescadores de hombres*, lo primero que quiere que aprendan es, precisamente, a *pescar su propia humanidad*, a asumir con decisión la agradable –aunque no exenta de dificultades– aventura de *ser plenamente hombres*. Dicho, si se quiere, de otra manera, el primer compromiso que se adquiere, al asumir la actitud de *buscar al descarriado*, es el de *emprender un viaje hacia el centro de uno mismo en busca del tesoro* –en ocasiones, perdido o devaluado– *de la propia identidad humana*.

Por otra parte, la actitud de María, recorriendo con angustia todos los rincones de la vieja Jerusalén, estimuló a los amigonianos a despertar aún más su conciencia de ser buscadores infatigables de los niños, adolescentes y jóvenes que más necesitan encontrarse y ser encontrados y les ayudó a profundizar, desde ahí, el compromiso de

90 Cf. parte III, capítulo III. Esta misma lección se deriva de la figura del Buen Pastor con su actitud de *no huir ante las dificultades*, como hace el asalariado, al ver venir al lobo.

91 Cf. Lc. 2, 41-51.

92 Cf. Mt. 13, 44.

atender a la individualidad de cada uno de sus alumnos y de querer más al que más lo necesita⁹³.

Hacerse el encontradizo con el que sufre

El cuarto dolor no aparece narrado explícitamente en el evangelio, pero –a partir del texto del *Cantar de los Cantares* que la piadosa tradición ha considerado como el más logrado reflejo de los sentimientos que debió experimentar María cuando se dirigía presurosa al encuentro de su Hijo– se puede deducir fácilmente que la *lección de amor* que la Virgen ofrece en este pasaje es muy similar a la que se ha visto en el tercer dolor⁹⁴.

No obstante, en esta ocasión no se trata tanto de *ir en busca de quien anda perdido*, cuanto de *salir al encuentro* de quien viene por el camino viviendo su viacrucis y cargado con la cruz del desafecto, de la incompreensión, del desamparo, de la enfermedad, de la persecución...

La actitud de María, que *se hace la encontradiza* con su Hijo cargado con la cruz, recuerda, de alguna manera, la actitud misma que el propio Cristo exalta en la figura del *Buen Samaritano*. San Lucas, lo cuenta más o menos así: un “legista”, en su pretensión por encontrar sentido a la vida, le preguntó al Maestro qué tenía que hacer para ello. Y, tras un breve examen, en el que quedó patente que *el problema vital* no era un problema de conocimientos teóricos, el mismo Cristo señaló a aquel “buen” hombre que actuase, es decir, que *amase* –tal cual había respondido en la doctrina– y *viviría*.

Pero el problema de aquella “buena” persona era precisamente que no había aprendido a amar. *Quería amar al otro*, pero partiendo de sí mismo y poniendo el propio “yo” como centro de toda la acción. *¿Quién es mi prójimo?*, preguntaba inquieto, como esperando que se le pusiesen delante, a la vista, para poderle hacer el bien. En principio, da la impresión de que Cristo no quisiera responderle, pues comienza por contarle un cuento, pero a través del mismo, va haciéndole ver

93 Cf. parte III, capítulo II. Dicho compromiso, como ya se sabe, se alimenta primordialmente, dentro de la escuela amigoniana, en la actitud del Buen Pastor que, desentendiéndose de todo, sale en busca de la oveja perdida.

94 Cf. Cant. 3, 2-4a.

que el problema para amar de verdad no está en saber *quién es mi prójimo*, sino en descubrir *cuándo soy yo*, en realidad, *prójimo del otro*.

La actitud de María en este cuarto dolor ayudó a la tradición amigoniana, como complementaria que es a la del tercer dolor, a profundizar desde otra perspectiva el compromiso de educar desde la cercanía, queriendo al alumno “como es” y atendiendo con predilección a quienes *más que ser buscados, necesitan ser encontrados*⁹⁵.

Mantenerse de pie junto al desamparado

La actitud fundamental que testimonia María en su quinto dolor se encuentra expresada lacónica e intensamente a un tiempo, en ese clásico *Stabat* en que la concretó el verbo latino. Con ese *permanecer de pie*, erguida, sin desfallecer, junto a la cruz, la Virgen, por su *presencia y compasión*, participa y colabora de un modo del todo singular en la obra de la Redención llevada a cabo por su Hijo⁹⁶.

La *presencia* junto a la persona que se quiere es, sin duda, una de las manifestaciones más claras de *amor incondicional*. Es significativo que junto a la cruz de Jesús sólo estuviesen los que se sentían unidos a Él por lazos de sangre o de profunda amistad; sólo estuviesen los que le querían verdadera e incondicionalmente. El permanecer junto al que se quiere cuando las cosas no le van bien, cuando arrecian las dificultades, y cuando todos tienden a abandonarle, es una clara prueba de que se quiere a la persona por lo que en realidad *es*, y no, por lo que ha podido representar en un determinado momento. María no aparece en los momentos en que a su Hijo le sonrío la vida y se le acumulan los éxitos; sabía que entonces estaría “bien” acompañado por los oportunistas que gustan cobijarse y arroparse bajo la gloria ajena, pero aparece, cuando todos, incluidos los que se habían declarado más incondicionales, lo abandonan.

Teniendo, pues, en cuenta lo que la *presencia* implica de capacidad de *encarnación y de amor siempre fiel y comprometido*, la actitud de María, erguida al pie de la cruz, significó para la vida de los amigonian-

95 Cf. parte III, capítulo II.

96 Cf. Jn. 19, 25-27.

nos un renovado compromiso a ser verdaderamente generosos en su apostolado, conviviendo con sus alumnos y haciéndose todo para ellos⁹⁷, y a permanecer inquebrantablemente fieles a los mismos⁹⁸.

Acoger con ternura al que viene

En el sexto dolor –cuyo relato, aunque no aparece explícitamente en la Biblia⁹⁹, es fácil imaginar, teniendo presente que el grupo de mujeres había seguido a Jesús hasta el Calvario, y en él estaba María–, la tradición ha resaltado siempre la *maternal ternura* de la Madre acogiendo al Hijo muerto.

Posiblemente, ha sido Miguel Ángel el que mejor ha recogido este sentir unánime de la tradición en su famosa *Piedad*. En ella, aparece María –con lágrimas en los ojos, pero con una serena expresión, carente de amargura–, recibiendo tiernamente en su regazo el cuerpo de Jesús, mientras que con sus brazos, al tiempo que acurruca al Hijo muerto, parece mantener abierto el abrazo de bienvenida para los otros hijos ausentes. La *Piedad* –tal como la concibe Miguel Ángel– parece ser la madre de una gran familia, cuya capacidad de acogida no se agota nunca, porque sabe que siempre falta algún hijo por llegar.

Y fue precisamente esa actitud de María la que iluminó, desde el ámbito mismo de la fe y de la espiritualidad, la dimensión de acogida cariñosa que ha distinguido desde sus inicios a la pedagogía amigoniense¹⁰⁰.

97 Cf. parte III, capítulo I, apartado: *Educación desde la cercanía*. De estas mismas actitudes es modelo primordial el Buen Pastor que no huye ante el lobo y es generoso hasta al punto de dar la vida por los suyos.

98 Cf. parte III, capítulo III.

99 La presencia en el calvario de las mujeres que habían seguido a Jesús en vida está atestiguada por todos los evangelistas (Cf. Mt. 27, 56.61 ; Mc. 15, 40-41. 47; Lc. 23, 49.55 ; Jn. 19,25) y aunque, ni San Juan, que testimonia la presencia entre ellas de María al pie de la cruz, alude explícitamente a que la Virgen recibiera en su regazo el cuerpo de Cristo, es lógico suponer que las cosas sucedieron tal como las transmitió la antigua tradición que afirma que *María recibió en sus brazos el cuerpo de su hijo difunto*.

100 Cf. parte III, capítulo I, apartado: *Acogida cariñosa*. El Buen Pastor es también maestro en esta misma actitud de acogida afectuosa y tierna con su dicente gesto de *colocar sobre sus hombros* la oveja extraviada y encontrada.

Esperar contra toda esperanza

La tradición ha resaltado en el séptimo dolor la soledad de María. Pero la soledad de la Virgen no fue nunca tristemente solitaria, sino gozosamente contemplativa. Fue en esos momentos de ausencia física del Hijo, cuando la Virgen, *que había mantenido fielmente la unión con Él hasta la cruz*, se sintió unida de manera especial con el *Padre* por la fe y esperanza y, animada por el *Espíritu*, perpetuó la unión viva con su Hijo más allá de las fronteras de la muerte. Quizá por ello, María no corrió con las otras mujeres al sepulcro el primer día de la semana a ungir el cuerpo de Jesús, pues por su ilimitada esperanza, vivió anticipadamente la Pascua.

Visto desde esta perspectiva, el séptimo es el dolor de la *pascua anticipada*, de la absoluta confianza en que, incluso contra toda humana esperanza, las cosas –y sobre todo las personas– pueden cambiar, pueden mejorar, pueden volver a la vida. Querer al otro “como es” –tal cual enseñaba María en su primer dolor– no implica el dejar de soñar y esperar para él un mañana mejor, o el dejar de pensar que la persona es un *ser* en constante maduración y cambio, y siempre con posibilidades de una progresiva mejoría.

Esa actitud de esperar, incluso contra toda humana esperanza, en la resurrección, en la recuperación de las personas, contribuyó muy eficazmente a que la tradición amigoniana hiciese, como ya se ha dejado dicho, de la *esperanza ciega en el hombre y en sus posibilidades*, el verdadero credo que fundamenta toda su intervención pedagógica¹⁰¹.

101 Cf. parte II, capítulo III. También de esta actitud de esperanza ilimitada se constituye maestro primero el Buen Pastor cuando sueña que las ovejas que no son de su redil, serán conducidas al mismo y escucharán su voz y habrá un solo rebaño... (Cf. Jn. 10, 16).

CON EL ESTILO
DEL SERVIDOR

Las raíces inspiracionales de la *identidad amigoniana* y de su *actuación* en el ámbito pedagógico no quedarían suficientemente explicitadas, si no se profundizase en lo que ha supuesto para dicha identidad la corriente espiritual, humana y pedagógica iniciada con Francisco de Asís y continuada a través de toda una tradición cultural denominada, por ello, *franciscana*.

La *influencia franciscana*, que ha conferido al talante amigoniano su característico matiz de *servicialidad descomplicada, sencilla y alegre*¹⁰², se inició ya a través de la persona misma del padre Luis Amigó¹⁰³.

No es fácil, sin embargo, situar históricamente los inicios de la experiencia franciscana en la vida del Padre Luis. Al parecer, desde sus años jóvenes, y con anterioridad a su ingreso en la gran familia franciscana –primero como *terciario seglar* y después como *fraile capuchino*– manifestó ya una cierta inclinación a preferir, entre los santos, la figura de San Francisco¹⁰⁴. No obstante, este hecho –y algún otro producido durante su juventud¹⁰⁵– no parece indicar todavía una verdadera influencia de San Francisco sobre el padre Luis Amigó. Tal influencia se inició en verdad a través de las asociaciones juveniles a que perteneció y que se inspiraban directamente en la espiritualidad franciscana¹⁰⁶, y se afianzó de forma definitiva a partir de su ingreso como fraile capuchino en 1874.

102 Cf. parte III, capítulo IV, apartado: *Testimonio descomplicado, sencillo y alegre*.

103 Cf. parte I, capítulo III.

104 Cf. RAMO, Mariano, *Mensaje de Amor y de Rendición*, T.I p. 30.

105 Cf. AMIGÓ, L. OC, 10.

106 Cf. AMIGÓ, L. OC, 9.

La grandeza de servir

Uno de los distintivos más propios y característicos de toda la corriente espiritual y cultural iniciada con Francisco de Asís es, sin duda, la así llamada *minoridad*.

Configurada por distintas virtudes perfectamente hermanadas, la minoridad confiere al que la vive el tono de *servidor* de quien, como Francisco, ha escogido como paradigma el Evangelio del lavatorio de los pies. Minoridad es, por ello, *pobreza, obediencia y limpieza de corazón*, por cuanto que estas tres virtudes hablan, desde perspectivas complementarias, de esa *desapropiación* que posibilita la actitud de servicio. Minoridad es también *mansedumbre, simplicidad y sencillez*, pues sólo desde ellas la acción a favor del necesitado es un verdadero servicio que, lejos de humillar, enaltece a quien lo recibe. Minoridad es además *misericordia y alegría*, pues todo servicio debe ser siempre acción amorosa y alegre a favor del hombre concreto. Pero minoridad es, ante todo y sobre todo, *humildad*, pues es esta virtud la que se encuentra en la base de todas las otras. Hablar de minoridad y de su teología es, en definitiva, hablar de la teología de la humildad, o, si se prefiere, del saber estar entre los demás sin creerse o hacerse superior a ellos.

Ahora bien, la teología de la humildad es, en su misma estructura, pascual y, como tal es paradójica, es decir, juega constantemente – como repetidamente se ha venido insistiendo en esta obra, desde perspectivas complementarias– con la contraposición de dos proyectos antropológicos: el hombre que se realiza según el plan de Dios y el hombre que pretende realizarse según sus propios planes.

El plan de Dios sobre el hombre se fundamenta, como ya se sabe, sobre una escala de valores –poéticamente sintetizada por Cristo en las bienaventuranzas– por la que el hombre madura y desarrolla su ser en la apertura al otro, en la colaboración y participación con los demás y en la relación franca y generosa con ellos. Según el proyecto antropológico de Dios –plenamente manifestado en Cristo¹⁰⁷– el

107 Cf. parte I, capítulo II, apartado: *Acompañando a la persona hacia el ideal humano*.

hombre ha sido creado para el amor y sólo saliendo de sí mismo y siendo un *ser para los demás* encuentra la *verdad* de su identidad y, en ella, su felicidad.

Atraído, sin embargo, por el egoísmo –verdadera raíz de todo desajuste antropológico y moral–, el hombre concreto, todo hombre, siente la tentación de seguir “su propio proyecto” de realización con la ilusión de “ser como Dios”. *Viviendo para sí mismo* intenta entonces el hombre *acaparar* los bienes de la tierra, que pertenecen en esencia a la humanidad; convertir sus relaciones con el hermano, no en una entrega mutua que plenifica desde el libre y respetuoso encuentro a ambos, sino *en una posesión del otro* que los vacía de humanidad, y *en prevalecer* sobre los otros, pretendiendo imponer por la fuerza una primacía que, dada la estructura humana, sólo es tal cuando surge de un reconocimiento amoroso y libre por parte de los demás. El proyecto egoísta del hombre, lejos de plenificar al ser humano, llena a la persona de una insatisfacción creciente al percatarse de que ni las riquezas ni el poder, ni la posesión del otro le hacen feliz, y le hace experimentar entonces la sensación misma que experimentó el primer adán, cuando, pensando *tenerlo* todo, se percató que estaba desnudo, con las manos vacías y con el corazón frío de sentimientos¹⁰⁸.

Las paradojas de la pascua son, en definitiva, paradojas de *vida*. El hombre, por su dramatismo estructural, vive en constante tensión entre el deseo de *tener* y la necesidad de *amar*. En su vida aparecen en cada momento diversas encrucijadas que, salpicando su existir de aventura y riesgo, le hacen experimentar el agri dulce sabor de su propia libertad. Y el hombre, en un ejercicio constante de automaduración y autorrealización, debe renovar su opción de vida por el *tener* o por el *ser*.

La fe cristiana no es sólo para “el más allá”, sino también para “el más acá”. Cristo con su vida, no es sólo un camino hacia Dios, sino también un *camino* hacia la *verdad* y la plenitud de una vida que sólo se encuentra saliéndole al encuentro.

108 Cf. Gn. 3, 7.

Junto a la gran paradoja cristiana configurada alrededor de la *verdad de la vida humana*, existe toda otra serie de aparentes contradicciones que, como se ha señalado también, se iluminan desde ella. Una de estas aparentes contradicciones es la del dolor y la autonegación como camino hacia una felicidad adulta y hacia un verdadero afianzamiento de la propia identidad. Otra es la contradicción que se produce en torno a la humildad en particular y en torno a toda la minoridad o servicialidad en general.

La tendencia, quizá más expresiva, del egoísmo humano es la tendencia a constituirse en el *único señor* de la historia, dominando para ello a los demás. Es la tendencia de todas aquellas personas que en la encrucijada de su vida han escogido, como camino hacia la propia realización, la *autoadoración*, frente al encuentro con el otro. Desde la óptica egoísta, la grandeza del yo se sitúa en el *dominio*. Un dominio que a la larga sólo puede ser mantenido haciendo más patente la esclavitud de los demás y la soledad del propio yo. Por su propia naturaleza, el dominio, surgido del desamor, no crea vínculos de verdadera y gratificante relación personal, sino barreras de incomunicación y, a lo más, de aparente unión.

Frente a esa tendencia egoísta a dominar, la antropología cristiana desarrolla, como valor substancial, en el camino hacia la propia maduración personal, la *servicialidad*, es decir la relación afectuosa que se establece con el otro cuando previamente la persona ha descendido del propio trono y se encuentra con él, libre, respetuosa y deferentemente. En la dinámica del amor la primacía no es fruto de la imposición, sino del reconocimiento. Y las personas sólo reconocen a uno como “mayor”, cuando ven en él más amor, entrega y generosidad. En la dinámica del amor, nadie puede pretender ser “maestro y señor”. El magisterio y el señorío no vienen impuestos por la fuerza de las razones o por las razones de la fuerza, sino conferidos desde la cordialidad de las relaciones: *yo estoy en medio de vosotros como el que sirve... Quien quiera ser el primero, sea vuestro servidor*¹⁰⁹.

109 Cf. Lc. 22, 27; Mt. 20, 25-28. Cf. también, Mt. 18, 4 y 23, 12; Mc. 9, 35 y 10, 31; Lc. 9, 48 y 14, 11.

Las bienaventuranzas, ocho formas de servir

Si el aporte más característico de la Virgen de los Dolores, de cara al integral desarrollo y maduración del carisma o talante amigoniano, consiste –como se ha visto en el anterior capítulo– en *revestir con el tierno hábito de la maternidad* las lecciones de vida y de humanidad aprendidas fundamentalmente junto al Buen Pastor, el aporte más propio e importante del franciscanismo al respecto es, sin duda, el haber enriquecido esas mismas lecciones aprendidas por los amigonianos junto al Buen Pastor, con el clásico toque de la *servicialidad*.

Y esa servicialidad –valor distintivo del franciscanismo– encuentra su mejor expresión en las *bienaventuranzas*. Éstas, pues, que vienen a ser, desde este punto de vista, como una especie de *código del servidor*, constituirán el marco más apropiado para apreciar en su conjunto los matices con que se enriqueció el sentimiento amigoniano desde sus raíces franciscanas.

Empobrecerse para enriquecer

La pobreza es uno de los valores fundamentales sobre los que se asienta la experiencia espiritual de Francisco. La pobreza evangélica de Francisco –que éste presenta en sus escritos hermanada con la humildad– es una pobreza que no abarca sólo el “tener”, sino principal y fundamentalmente el “ser”. Es una pobreza que sólo puede ser cabalmente entendida por quien, como Francisco, ha pasado del “desasimiento del *mío*, al desasimiento del *yo*”. Es, finalmente, una pobreza que más que *carencia* implica el *desapropio* de quien, “no considerando un tesoro celoso su igualdad con Dios, se despojó de sí mismo”¹¹⁰, *se empobreció para enriquecer a sus hermanos*¹¹¹ y dio su vida para que éstos la tuvieran en abundancia¹¹².

La pobreza evangélica, iluminada por el ejemplo de vida de San Francisco constituyó, para los amigonianos, un nuevo estímulo a ser

110 Cf. Filp. 2, 6-7.

111 Cf. 2Co. 8, 9. Este texto es uno de los más apreciados por San Francisco en el Nuevo Testamento.

112 Cf. Jn, 10, 10. 15.

generosos en su apostolado. La generosidad a que les invitaba el Buen Pastor, dando abundantemente su vida para que otros encontrasen sentido a la suya, se reviste así con el matiz del *desapropio* que les impulsa a *gastarse y desgastarse* de tal manera por los demás, que no se reserven nada para sí mismos¹¹³.

Ser en todo los últimos

La segunda bienaventuranza ensalza como valor de Reino la *humildad*, núcleo, como se ha dejado dicho, de toda la teología de la minoridad franciscana.

La humildad de Francisco está íntimamente hermanada con la pobreza, pues implica un *desapropio del ser* que se opone diametralmente al ansia de endiosamiento, raíz y madre de todo egoísmo.

Esta bienaventuranza, que Francisco y el padre Luis Amigó suelen iluminar con el ejemplo de Cristo¹¹⁴, impulsó a la tradición amigoniana a profundizar el mensaje de la presencia, de la convivencia, de la inserción y encarnación en la vida de sus educandos, aprendido fundamentalmente a través del ejemplo del Buen Pastor que llama a las ovejas, las conoce y camina delante de ellas¹¹⁵. A la luz de esta bienaventuranza se percataron que todo ese *ideal de encarnación* en la vida de sus educando supone una sincera renuncia al autoencumbramiento. Sólo quien, como Cristo, renuncia al manto del señorío y viste la humilde toalla del servidor¹¹⁶, es capaz de ponerse de rodillas delante de los más pequeños y adorar en ellos, desde su dignidad de personas, el rostro de Dios.

Abrazar con cariño la cruz

En la tercera —que es la bienaventuranza de los *fuertes*, de los que son capaces de sufrir sin derrumbarse, y en la que San Francisco supo leer un canto a la verdadera *penitencia*, es decir, un canto a esa gallar-

113 Cf. 2Co. 12, 15.

114 Cf. SAN FRANCISCO, *Admonición*, 1, 16; 2 *Carta a los Fieles*, 5 y 2 *Regla*, 6,3 y AMIGÓ, L. OC, 1234.

115 Cf. parte III, capítulo I, apartados: *Conocimiento por vía del corazón y Educación desde la cercanía*.

116 Cf. Jn. 13, 4.

día moral capaz de afrontar las dificultades en el camino hacia una integral maduración humana por el amor— los amigonianos, además de encontrar otro estímulo para hacer vida el espíritu de fortaleza asumido junto al Buen Pastor y refrendado en los dolores de María¹¹⁷, fueron descubriendo en ese mismo espíritu el tono de la alegría; de esa *alegría franciscana* que tiene, entre otros, el rostro de la *serena paciencia* aun en medio de las situaciones más difíciles, complicadas y hasta dolorosas.

Colaborar en la restauración del hombre

Para entender en toda su profundidad la cuarta bienaventuranza, conviene situar en el contexto adecuado la *justicia* a que se refiere el texto evangélico.

Dicha justicia no es siempre una adecuación a las leyes de los hombre —que a veces no coinciden con los caminos de Dios¹¹⁸—, sino una adecuación al proyecto original del Creador sobre el hombre y la sociedad.

Pablo, haciendo síntesis de ese proyecto original, dice: *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*¹¹⁹. *Salvación y conocimiento de la verdad* son, pues, las dimensiones complementarias que sustentan, como pilares, el plan de Dios.

No obstante, existen los peligros —no siempre debidamente superados— de interpretar los contenidos integrales de la fe cristiana, ya desde una pura dimensión trascendente y escatológica, ya desde una dimensión meramente inmanente y temporal. Cuando esto sucede, la salvación se transforma en una categoría que, o bien pierde su verdadera fuerza liberadora para el hoy y el hombre concreto, o se transforma en una mera liberación de tipo estructural o social. La salvación cristiana del hombre, aunque llamada a transformar también las estructuras sociales, debe actuarse desde la transformación

117 Cf. Lo dicho en el capítulo II de esta parte IV, especialmente en los apartados: *No huir ante las dificultades* y *Desvirarse por los demás*, y en el capítulo III, apartados: *Afrontar con valentía las dificultades* y *Mantenerse de pie junto al desamparado*.

118 Cf. Is. 55, 8.

119 Cf. 1Tim. 2, 4.

del hombre concreto, y aunque sólo se plenificará en el más allá, debe ser ya una realidad en el *hoy y aquí* de la historia. El hombre concreto se salva, se libera, se realiza, en la medida que conoce la *verdad*, la actúa en su vida y la irradia en su contexto vital¹²⁰. Y la *verdad* del hombre, según el plan y justicia de Dios, está –como repetidamente se ha dicho en esta obra– en el *amor*. Tener hambre y sed de justicia es, por consiguiente, colaborar a la adecuada maduración del hombre en el amor, según el original proyecto antropológico de Dios, plenamente revelado en Cristo, y contribuir así eficazmente al surgimiento de una civilización basada en los valores altruistas y comunitarios del Reino.

El padre Luis Amigó constituyó esta bienaventuranza en uno de los ejes fundantes de su vida. Todos sus actos estuvieron movidos por la *gloria de Dios*.

La mayor *gloria*, sin embargo, que puede dar el hombre a Dios es *su propia maduración humana*, es decir, realizar en sí mismo el proyecto original del propio Dios y reflejar así, lo menos empañada posible, la imagen del Creador. *La gloria de Dios* –decía uno de los primeros pensadores cristianos– *es el hombre viviente*¹²¹. Dios es glorificado cuando el hombre *vive*, es decir, cuando encuentra sentido gratificante a su vida. Y es tanto más glorificado cuanto más plena es la vida del hombre.

A partir, pues, del magisterio y vida de su propio fundador, los amigonianos descubrieron fundamentalmente, en esta cuarta bienaventuranza, que el mejor servicio que, como franciscanos, podían prestar al hombre concreto –y en especial a los niños, adolescentes y jóvenes en conflicto que les habían sido confiados–, era el de colaborar a su integral transformación, desde las raíces mismas que sustentan sus creencias y principios culturales. Y precisamente desde aquí, supieron leer, tras la alegoría de *devolver la oveja descarriada al redil del Buen Pastor*, todo un mensaje a la *humanización de la persona* desde su integral crecimiento en sentimiento, *por el amor*¹²².

120 Cf. Jn 8, 32.

121 SAN IRENEO, *Adversus haereses*, 4, 20, 7.

122 Cf. parte II, capítulo I.

Amar a la medida

Por su propio ritmo, la quinta bienaventuranza recuerda las palabras del Padrenuestro: perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

La misericordia constituye –como se viene insistiendo, particularmente en esta parte de la presente obra– la característica más peculiar –el *valor estrella*, se podría decir– del talante o carisma amigoniano. Este valor, asimilado primordialmente junto al Buen Pastor –que, dejándolo todo, va en busca de la oveja perdida–, y que se reviste de ternura maternal junto a la Virgen de los Dolores, adquiere en la contemplación franciscana de la quinta bienaventuranza una renovada frescura. Se tonifica aquí de la sencillez y de la mansedumbre, de la dulzura y de la alegría que el propio Francisco de Asís pidió a quienes se sintiesen llamados a *curar a los heridos, vendar a los quebrantados y volver al recto camino a los extraviados*¹²³:

- Gozaos –les dice– *de convivir con gente de baja condición y despreciados, entre los pobres y los débiles, entre los enfermos y los leprosos, y con los que piden limosna a la vera del camino*¹²⁴.

Darse sin esperar recompensa

El mensaje de la *limpieza de corazón* es, en su profundidad espiritual y humana, un mensaje dirigido a todo aquél que quiera encontrar el sentido gozoso de su existencia. La afectividad, vivida limpiamente y con generosidad, contribuye decisivamente a la realización integral de la persona, ayudándola a crecer en un amor, *libre y liberador*. Lo que pervierte y embrutece el corazón es siempre el ansia de posesión. No en vano, la alegría de los limpios de corazón es *ver a Dios*. Los limpios de corazón no sólo verán a Dios en el más allá, sino que lo contemplan y adoran ya en el más acá, reflejado en el rostro de todo hombre.

La bienaventuranza de los limpios de corazón, leída desde el valor del *desapropio* –tan característico de la espiritualidad de Francisco de

123 Cf. *Leyenda de los Tres Compañeros*, 58.

124 SAN FRANCISCO, *1 Regla*. 9, 2. Cf. parte III, capítulo IV, apartado: *Testimonio descomplicado, sencillo y alegre*.

Asís– ha ayudado a la tradición amigoniana a hacer realidad el deseo, expresado por el propio padre Luis, de que sus seguidores *hiciesen para con sus alumnos las veces de padre, teniéndoles las atenciones que necesitasen y tratándoles con verdadero cariño*¹²⁵.

En la escuela franciscana –y al trasluz de la sexta bienaventuranza–, la *paternidad* que los amigonianos están llamados a ejercer para con sus alumnos adquiere nueva significación. Francisco de Asís –situado en la dinámica del Espíritu– supera las fronteras que establece la naturaleza humana entre paternidad y maternidad, y tiende a concebir y expresar el amor de Dios y el amor fraterno dentro de un ámbito en el que no existen diferencias genéricas, y en el que lo único verdaderamente importante es la realidad misma del amor generoso, libre y limpio¹²⁶.

Desde dicha dinámica, el ser *padres* –o si se prefiere, *padres y madres*– de los alumnos implica, de alguna manera, desterrar de uno mismo todo afán posesivo, *procurando* –como ya dejaba anotado la más antigua tradición pedagógica amigoniana– *que los alumnos, después de dirigir hacia Dios lo que a Él corresponde, declinasen hacia sus padres y familias la consideración, amor y respeto que nacen espontáneamente de sus corazones*¹²⁷.

La verdadera función de la paternidad, o más expresivamente aún, de la maternidad, es dar sin esperar nada a cambio; darse y morir, como el grano de trigo, para fecundar nueva vida; disminuir para que el otro pueda crecer¹²⁸. La mujer, cuando da a luz, sufre el desgarramiento de un ser identificado hasta entonces con ella, pero, por ser madre y pensar más en su hijo que en ella misma, se alegra al contemplar una nueva vida.

La superación de paternalismos y autoritarismos que infantilizan, la superación de acaparamientos que objetivan al otro, y la superación, en fin, de todo afán posesivo que esclaviza a quien lo sufre y a

125 Cf. AMIGÓ, L. *Constituciones de 1910*, n. 252.

126 Cf. SAN FRANCISCO, *1 Regla* 9, 11; *2 Regla* 6, 8; *Reglamento para los Eremitorios*; *1 Carta a los Fieles* 1, 7-13.

127 Cf. AMIGÓ, L. *Constituciones de 1910*, n. 252.

128 Cf. Jn. 12, 24 y Jn. 3, 30.

quien lo ejerce, son formas de vivir la limpieza de corazón, la universalidad del amor, en la acción pedagógica¹²⁹.

Ser portadores y constructores de paz

La paz es un regalo del Espíritu, que el hombre concreto y la sociedad misma reciben como consecuencia natural de una armoniosa síntesis de vida realizada, según el plan de Dios, en el amor.

El encuentro con *la verdad*, con las raíces de la propia identidad humana, hace al hombre verdaderamente libre y feliz y le inunda de una gran paz interior.

La paz social es también, dentro de su ámbito, el resultado de una civilización fundada sobre los valores de un amor siempre pronto a compartir solidariamente los bienes y a colaborar al bien común en actitud de servicio y de generosa entrega.

Desde el ejemplo de vida de Francisco de Asís que recomendaba a sus frailes que *la paz que anunciases con la palabra la tuviesen, y en mayor medida, en sus corazones, y que ninguno fuese provocado por ellos a la ira, sino que más bien fuesen inducidos por su mansedumbre a la paz, a la benignidad y a la concordia*¹³⁰, y desde el ejemplo también del mismo padre Luis Amigó —que *tenía como fondo de su ser, la paz y cuya bondad se le irradiaba en una sonrisa que ni la muerte pudo borrar*¹³¹— la séptima bienaventuranza impulsó a los amigonianos a ser *mensajeros de paz entre sus educandos*, procurando que su presencia y convivencia entre ellos —entretejida de alegre y sencilla servicialidad, de generosidad y misericordia y de fortaleza de espíritu— dejase traslucir, con intensidad renovada, el matiz de la *dulzura de trato* que distinguió, desde sus primeros balbuceos, su propio sentimiento pedagógico¹³².

Junto al anterior matiz —enriquecedor de su sentimiento pedagógico— los amigonianos vieron reforzado también, en la séptima bienaventuranza, el valor de la *paciencia*, tan necesaria siempre en educación, pero, sobre todo, cuando se trata de recuperar a quienes

129 Cf. parte III, capítulo II, apartado: *Querer al otro "como es"*.

130 Cf. Cf. *Leyenda de los Tres Compañeros*, n. 58.

131 Cf. LAUZURICA, Javier. *Prólogo a la Autobiografía del padre Luis*, en AMIGÓ, L. OC, p. 3.

132 Cf. parte II, capítulo I, apartado: *Educando desde el sentimiento*.

sufren desarreglos en su personalidad. En este sentido, la bienaventuranza de los pacíficos o pacientes, vendría a proyectar de nuevo el ejemplo mismo del *padre misericordioso*¹³³, quien ejerce su acción con una *paciencia* que no impone ritmos, que respeta el proceso de conversión de su hijo y que, aun desde la lejanía, le acompaña siempre con su cariño fiel y con una esperanza inquebrantable en su recuperación.

Desafiar las dificultades

La octava bienaventuranza está dedicada a los *profetas*, a quienes con sus palabras y especialmente con su vida testimonian unos valores diametralmente opuestos al modo de ser y actuar del egoísmo humano. Y en este sentido, no se trataría tanto de una nueva bienaventuranza, cuanto de una síntesis conclusiva de las otras siete.

Los perseguidos por defender la justicia del plan original de Dios, los profetas, son los pobres, los humildes, los que lloran,... pues todos ellos, desde su opción de vida, son testimonio y anuncio del Reino y provocan resistencia en quienes han cifrado su felicidad en la riqueza y en el dominio, en el gozar y en la hartura de sí mismos, en el condenar a los demás y en utilizarlos, y en la violencia. Por ello, justamente, la *persecución* es el signo más claro de que se está en la *dinámica del Espíritu*.

Francisco de Asís, haciéndose eco de esta bienaventuranza escribe: *A todo aquél que me confesare delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre. Todos los hermanos, dondequiera que estén, recuerden que se dieron al Señor Jesús. Y por su amor deben exponerse a los enemigos; porque dice el Señor: Quien pierde su vida la salvará. Dichosos los que padecen persecución por la justicia. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán. Dichosos cuando os odien los hombres, os maldigan y os persigan. No cojáis miedo ni temáis a los que matan el cuerpo y después de esto no tienen más que hacer. Mirad, no os turbéis, pues en vuestra paciencia poseeréis vuestras almas y el que perseverare hasta el fin, éste se salvará*¹³⁴.

133 Cf. Lc. 15, 11-32.

134 SAN FRANCISCO, *I Regla*, 16, 8-21.

Este precioso discurso de Francisco –entretejido de textos evangélicos y rebosante de la radicalidad profética de Cristo –lo hace propio en su vida el padre Luis Amigó y lo trasmite con estas palabras, ya varias veces citadas en la presente obra: *No temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren zarzales y emboscadas...*¹³⁵.

Para la tradición amigoniana, la meditación de esta octava bienaventuranza, a la luz de Francisco y del propio Luis Amigó, ha supuesto una invitación más a vivir esa fortaleza y gallardía de ánimo –aprendida junto al Buen Pastor y a la Virgen de los Dolores–, que tanto ha caracterizado su misma *identidad amigonia en acción*¹³⁶.

135 AMIGÓ, L. OC, 1831.

136 Cf. parte III, capítulo III.

APÉNDICE*

Conferencia I.

Relación existente entre carisma y pedagogía.

Conferencia II.

Perspectiva humanista.

Conferencia III.

Entre el método y el sentimiento.

* Se incluyen a continuación tres importantes conferencias pronunciadas por el autor del presente libro, en torno al tema de la *pedagogía amigoniana*.

RELACIÓN EXISTENTE ENTRE CARISMA Y PEDAGOGÍA*

Me ha tocado en suerte iniciar las charlas de este Congreso de la Pedagogía Amigoniana, que se celebra con ocasión de su I Centenario de vida, con el tema titulado: *Relación existente entre Carisma y Pedagogía*. Y me parece oportuno, antes de entrar en materia, dedicar unas líneas a lo que los escolásticos llamaban “*explicatio terminorum*” y que yo prefiero considerar una simple “ambientación previa”.

El término *carisma* –aplicado al ámbito concreto de una familia religiosa– significa en definitiva una “manera concreta y particular de entender y vivir la multiforme, y al mismo tiempo unitaria, vocación cristiana”. Carisma es, en este sentido, la manifestación concreta de una realidad más universal que venimos en llamar *espiritualidad*.

Pero el peligro de la palabra *espiritualidad* está en circunscribir su significado a una sola de las dimensiones que configuran unitariamente su complejidad vital. Está en entender que la espiritualidad se refiere sola y exclusivamente a la esfera de lo trascendente.

La palabra *espiritualidad* –o si se prefiere más en concreto *carisma*–, aunque surge históricamente en sociedades típicamente teocéntricas, no tiene necesariamente connotaciones trascendentes en el lenguaje actual. Ha sufrido también ella los avatares de un *proceso de secularización*, caracterizado fundamentalmente por conferir al hombre el protagonismo que la fe atribuye a Dios. Y así, hoy en día –por poner un claro ejemplo de una ideología típicamente construida al margen de lo trascendente– es posible hablar del *espíritu marxista*.

En su concepción más secular, *espíritu* es, en definitiva la inspiración que marca el concebir y realizar la vida humana. Tras toda *espiritualidad* se

* Conferencia pronunciada en Madrid, España, el 12 de abril de 1991 durante la sesión inaugural del Congreso de la Pedagogía Amigoniana, organizado por el Consejo General de los Tercerios Capuchinos, con ocasión de cumplirse el I Centenario de la presencia de la Congregación en la Escuela “Santa Rita”.

encierra una determinada antropología. En el caso de los creyentes, esta antropología hunde sus raíces en Dios, pero abarca, por su misma naturaleza, el conjunto unitario de la vida humana. No es posible, pues, por ello, crear dualismos inexistentes entre espacios o tiempos sagrados y seculares. Todo el conjunto de la vida diaria –con su variedad de acciones, incluso aquellas más aparentemente seculares– debe ser considerado *espiritual* por el creyente, teniendo presente que todo lo que contribuye a la humanización del hombre es querido por Dios y que “nada que sea verdaderamente humano puede ser ajeno al hombre de fe”.

En la antropología encuentra, pues, la espiritualidad su síntesis y armonía, como también en ella encuentra la pedagogía su razón de ser. La ciencia pedagógica –surgida en cuanto tal como auxiliar de la filosofía– tiene en el hombre su punto referencial. Detrás de todo sistema pedagógico, existe siempre una determinada concepción antropológica. Y es la concepción idealizada del hombre la que marca el camino pedagógico como *alfa* y *omega* de toda acción educativa. Detrás de toda verdadera pedagogía hay, pues, una ideología de base, una *espiritualidad*, aún entendida ésta, si se quiere, en su sentido más secular.

Espiritualidad –o si se prefiere, carisma– y *pedagogía* no son, por ello, realidades superpuestas, ni tan siquiera meramente complementarias. Son dimensiones de una misma realidad vital. La relación entre el *ser* y el *hacer* de la congregación, entre su ideología vital y su acción apostólica y pedagógica no son fruto de un discurrir conceptual, sino de la espontaneidad y simbiosis propias de la existencia. Las raíces más profundas de la pedagogía amigoniana hay que descubrirlas en el espíritu que anima el “ser de la Congregación”.

En mi exposición recogeré algunos elementos que configuran la relación existencial entre espiritualidad y pedagogía amigonianas, distribuyéndolos metodológicamente alrededor de estos cuatro apartados:

- Ideal antropológico.
- Principios inspiracionales.
- El educador amigoniano.
- Ambiente educativo.

Ideal antropológico

En el trasfondo de toda la relación existente entre espiritualidad y pedagogía, entre el ser y hacer, se encuentra una determinada visión antropológica. La concepción que se tiene y vive sobre el hombre marca el

crecimiento mismo de una sociedad y ofrece los parámetros fundamentales para su actuación.

La pedagogía amigoniana –surgida en un ambiente religioso– participa plenamente de la visión antropológica cristiana, que presenta al hombre como ser *referencial y relacional*. El hombre –según esta visión– descubre su verdadera identidad humana en la medida que se encuentra con Dios –“a cuya imagen y semejanza fue creado”– y en la medida que se relaciona con los demás, rompiendo las barreras egoístas de su “yo”. Es en el amor, en la apertura al “otro” y en la relación sincera y leal con él, donde el hombre se realiza como tal y experimenta una profunda felicidad. El pensamiento de San Agustín: “Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”, completado con aquel otro en el que expresa que: “el amor es la vida del corazón”¹, es decir, lo que da sentido a la vida humana, constituye en buena síntesis de la antropología cristiana.

La conversión, camino pedagógico

Sin embargo, el pensamiento cristiano es también consciente de que este ideal antropológico –ese natural proceso de humanización mediante la apertura amorosa– fue dañado originariamente por un pecado –por un ansia no contenida de autoadoración y de prepotencia– que ha dejado en todo hombre una fuerte tendencia a encerrarse en sí mismo y a pretender que todo gire a su alrededor. Y es ésta la razón por la que todo intento pedagógico cristiano de humanización pasa necesariamente por el camino de la conversión. La pedagogía cristiana se orienta, en definitiva, a favorecer la transformación del “hombre viejo” –del hombre encerrado en sí mismo– en un “hombre nuevo” que, a imagen de Cristo, sepa descubrir en la entrega y apertura a los demás, un sentido gratificante a su propia existencia. En este camino pedagógico de conversión, se exaltan como valores fundamentales las actitudes de *entrega*, de *servicio* y de *solidaridad*, que expresan desde perspectivas complementarias el núcleo fundamental del mensaje evangélico; favorecen el desarrollo de la persona como un “ser para los demás”, y se contraponen a las actitudes de *posesión*, *dominio* y *acaparamiento*, que distinguen el ser y actuar del hombre encerrado en sí mismo.

1 SAN AGUSTÍN, *Confesiones* 1.1 en *Patrología latina* 32,661 y *Confesiones* 13,9, *ibidem* 32,848-849.

Desde esa perspectiva, toda acción educativa que favorezca la transformación del hombre desde una actitud egoísta a una actitud altruista puede ser considerada válida y eficaz dentro del camino pedagógico de conversión propuesto por el cristianismo; como se puede también afirmar que toda acción que provoque en el educando actitudes y sentimientos de egoísmo, disimulo, insensibilidad o insolidaridad social... son rechazables, aun cuando se pretendan disfrazar con la aureola de lo sagrado.

La ascesis de la conversión

Llegados a este punto, conviene notar, sin embargo, que el camino de la conversión no es un camino que se pueda recorrer, por regla general, de golpe, en una sola etapa. Por su misma naturaleza por dirigirse a la libertad y voluntad humana, necesita de tiempo. De aquí que la tradicional ascética cristiana ha distinguido siempre en la conversión una dinámica gradual y progresiva, enmarcada en dos grandes dimensiones:

La reflexión como autoconciencia.

El enfrentamiento de la realidad y la consecuente superación hacia el ideal.

La reflexión como autoconciencia

La regeneración moral no es algo externo, meramente conductual, que se pueda lograr con la repetición de lo que pudiéramos llamar “actos positivos”. Toda acción moral, para poder ser considerada tal, debe surgir como respuesta de la libertad humana. Sólo cuando la persona toma conciencia de su estado, valora críticamente su presente, añora una nueva realidad y se decide a romper las cadenas que le atan y a emprender como protagonista –en primera persona– el camino de su humanización, se inicia la verdadera andadura de la conversión.

La reflexión –situada fundamentalmente por la ascética clásica como paso previo para iniciar la conversión– es, por su misma naturaleza, un substracto permanente en todo su proceso, pues constituye el ámbito que posibilita que la persona –entrando dentro de sí– pueda optar libremente durante todo ese caminar y ser el verdadero artífice de su propia historia.

El enfrentamiento de la realidad y la consecuente superación hacia el ideal

A partir de la reflexión –de la toma de conciencia que el hombre hace de su realidad–, la ascesis cristiana le propone enfrentar críticamente esa misma realidad e iniciar con coraje y esperanza un camino de superación

hacia el ideal humano. Y es en ese momento en el que la ascética explícita con toda claridad la gradualidad y progresividad de la dinámica de la conversión, distinguiendo en él tres etapas:

- La primera –llamada *purgativa*– tiene como objetivo la enmienda de los defectos.
- La segunda –conocida como *iluminativa*– se centra en el cultivo de las virtudes.
- La tercera –denominada *unitiva*– se encamina a la consolidación de la buena conducta.

Sin entrar ahora en consideraciones críticas sobre esta división en etapas –aplicables, por otra parte, a todos aquellos sistemas pedagógicos que se deciden a distinguir metodológicamente lo que es *unitario* en el conjunto armónico de la personalidad humana– conviene señalar que la distinción –metodológica y pedagógica de la ascesis cristiana– se inspira en una consistente y no despreciable experiencia antropológica y moral.

La conversión como moralización

La pedagogía amigoniana –surgida, como se ha dejado ya señalado al inicio, en un contexto religioso de vida– asimila plenamente los principios pedagógicos que informan la fe cristiana y se inspira abiertamente en la metodología pedagógica de su ascesis. Como puntos más explícitos de esta asimilación e inspiración se pueden señalar: *la orientación del sistema amigoniano hacia la conversión y la concepción de la recuperación del joven como un camino gradual y progresivo*. El sistema amigoniano no se encamina a robotizar comportamientos, sino a suscitar –en línea de continuidad con lo que implica la conversión– un *cambio* en la personalidad del joven desde una llamada “gradual y progresiva” a su libertad y responsabilidad. En cuanto a la gradualidad y progresividad, no se puede afirmar ciertamente que sean una mera traspolación al terreno pedagógico de la metodología clásica de la ascética cristiana. En su etapa de elaboración científica, el método amigoniano ha recibido fuertes influencias de otras corrientes pedagógicas –especialmente de las existentes en el centro y en el norte de Europa– que estructuraban también en diversas y progresivas etapas la recuperación del desadaptado. Pero conviene resaltar al respecto, que la primera formulación de dicha gradualidad y progresividad la explicita el padre Luis Amigó casi contemporáneamente a la edición del Primer Reglamento de la Escuela de Santa Rita, y los términos que usa para

expresar las diversas etapas –*Catecúmenos, Perseverantes y Adoradores*²– están más claramente en línea del lenguaje propio de la ascética, que del lenguaje científico de la pedagogía.

Sin embargo, la original inspiración cristiana de la pedagogía amigoniana está, como es natural, impregnada del ropaje cultural y religioso de la época. Y esta influencia se deja sentir en la forma misma de entender y expresar el concepto de *conversión*. En la primera tradición amigoniana se suele emplear como sinónimo de *camino de conversión*, el término *moralización*, que implica:

- Por una parte, la convicción de que una transmisión explícita de la fe y su aceptación *libre* y viva por parte del alumno es el medio más eficaz para conseguir su regeneración.
- Y por otra parte, la creencia de que la *moral* cristiana es un camino irrenunciable para que el educando pueda encontrar su verdadero equilibrio personal y social, su realización como “hombre nuevo”.

La conversión en un mundo secularizado

Hoy en día, aún reconociendo y reafirmando la convicción de que la fe –transmitida con la palabra y con el ejemplo de vida, y aceptada vitalmente con libertad– es un excelente medio para favorecer el cambio de la persona y de la sociedad, necesitamos adaptar los contenidos esenciales de la pedagogía cristiana –y, en nuestro caso concreto “amigoniana”– a la realidad política, social, religiosa y cultural del hombre actual.

En esta adaptación, juzgo que son imprescindibles, como punto de partida, estos dos criterios:

- La aceptación de la sociedad actual como una sociedad no confesional, sino pluralista, con la que hay que colaborar con criterios de respeto y diálogo, como enseña el Vaticano II.
- La transmisión de los valores antropológicos que caracterizan el humanismo cristiano y que se ordenan a la formación integral del hombre y de la sociedad sin que necesariamente haya que hacer un recurso explícito a los medios propios de la transmisión de la fe.

No obstante, reconozco que esta necesaria tarea de adaptación –aunque apasionante– es árdua y difícil, y supone en su base un análisis sociológico, cultural y religioso e incluso político de cada realidad concreta. Sin

2 AMIGÓ, L., *11ª Ordenación de la Visita Canónica a Escuela de Sta. Rita* en 1892, en *Obras Completas*, nº 2049.

pretender, pues, afrontar un problema que, por su envergadura, sobrepasa los límites de esta charla, me limitaré a ofrecer al respecto algunos puntos de reflexión:

A.- Conviene distinguir claramente entre *civilización cristiana y cristiandad*. El primer concepto indica una promoción humana y social, inspirada en una concepción cristiana de la vida, que no es exclusiva, por otra parte, de quienes han recibido el don de la fe. El segundo concepto, por el contrario, expresa más bien el ámbito de una sociedad humana regida en todos sus órdenes por las reglas morales concretas de la religión cristiana. El término *cristiandad* –muy cercano al de confesionalidad estatal– está, gracias a Dios, superado. Y esto tiene sus repercusiones también en una pedagogía que, como la amigoniana, tiene tintes de *misionera* y no se desarrolla generalmente en centros confesionales o entre personas que aceptan fácilmente la invitación de la fe. El sistema amigoniano no puede apoyarse hoy, como lo hizo en sus orígenes, en la formación religiosa como elemento indispensable para la recuperación o transformación del joven desadaptado.

B.- Supuesto lo dicho en el punto anterior, la acción pedagógico-amigoniana, tiene que estar, sin embargo, abierta siempre a la transmisión de la fe y sus proyectos educativos tienen que ofrecerla explícitamente a los alumnos con grande respeto y libertad, conscientes de que la fe, aceptada y vivida, favorece extraordinariamente la conversión como “humanización y socialización de la persona”.

C.- La formación del joven como ser “relacional y abierto a los demás” –objetivo permanente y último de la pedagogía amigoniana– debe favorecerse mediante terapias –personales o comunitarias– que desarrollen, entre otros, los valores de aprecio por la vida, de respeto y de libertad, de justicia, de solidaridad social y de paz, que inspiran nuclearmente el humanismo cristiano.

Principios inspiracionales

Desde sus mismas raíces cristianas y desde la concepción antropológica que la orienta, la pedagogía amigoniana está inspirada en principios que marcan profundamente su actuación. De entre ellos, me detendré, en esta charla, en explicitar los tres que, por su incidencia, considero más importantes:

- Esperar siempre en la recuperación del joven.
- Tratarlo con criterios de misericordia.
- Educarlo en un sentido realista de la existencia humana.

A pesar de reconocer en el hombre la realidad del pecado, y sin pretender entrar en conflicto científico con las teorías lombrosianas empeñadas en demostrar la predisposición genética de ciertas personas a los desarreglos de personalidad y de comportamiento, el humanismo cristiano –inspirado en la Biblia– espera siempre –y a veces contra toda humana esperanza– en la recuperación del extraviado. Y ha sido justamente esta misma esperanza uno de los distintivos, desde sus orígenes, de la acción pedagógica amigoniana. Textos evangélicos como la parábola del hijo pródigo cuyo padre esperaba confiado su vuelta, y como la resurrección por parte de Jesús de un joven de Naim al que todos daban y lloraban como muerto, han inspirado, desde la conciencia cristiana, la actuación educativa de los amigonianos. No sin intención, la primera revista propiamente pedagógica de esta Congregación, llevaba como título las palabras: “*Adolescens surge*”. El “joven, levántate” –dirigido a todo muchacho, y en particular a los más difíciles– con la profunda convicción de que siempre es posible el cambio, constituye probablemente el lema que mejor sintetiza este principio inspirador de la Pedagogía Amigoniana.

Tratarlo con criterios de misericordia

En la pedagogía que Dios usa –a través de la Biblia– para reconducir al extraviado –bien se trate del pueblo de Israel en cuanto tal, bien de la persona concreta– aparece siempre, como elemento imprescindible de su terapia reeducativa, la dimensión misericordiosa. Esta dimensión, que se hace más cercana y palpable al hombre en la persona de Jesús –que acoge con cariño a los pecadores y come con ellos, y denuncia ante los legistas: *misericordia quiero y no sacrificios*–, es recogida por el humanismo cristiano e informa unánimemente los sistemas educativos que –como el amigoniano– se inspiran en él.

Frente al criterio de la justicia humana que tiende a dar a cada uno según sus merecimientos, el criterio de la misericordia impulsa a dar según las necesidades del otro. Frente al criterio unificador de la justicia humana que tiende a equiparar a todos los hombres ante la ley, la misericordia se inclina por aplicar “parámetros” personales. La misericordia supera así la fría justicia, poniendo su atención no tanto en la salvaguarda de la ley y el orden, cuanto en la salvaguarda de la persona concreta, contemplada ésta en el marco irreplicable de su individualidad y circunstancias. La misericor-

dia no afrenta la ley, pero la relativiza y le devuelve ese hábito de sensibilidad humana de la que surgió.

Y si bien es verdad que el criterio personalizante del amor y de la justicia es importante en todos los órdenes de la existencia –no olvidemos que ya los romanos decían: *maximum ius, maxima iniuria*–, su importancia se acentúa al tratarse de personas que sufren desarreglos de personalidad más fuertes y que acusan de un modo más patente los consecuentes desarreglos conductuales. La ciencia pedagógica ha avanzado mucho en la terapia personalizada y ha ido perfeccionando constantemente al respecto las técnicas de tratamiento, pero estas técnicas, por el hecho de dirigirse a la persona, necesitan acompañarse –para ser verdaderamente efectivas– de una profunda sensibilidad humana. La experiencia enseña que, a veces, lo que no consigue la mano técnica, lo consigue la mano amiga.

La misericordia, ese elemento individualizador de la pedagogía cristiana, esa justicia aplicada personalmente, ese *lenguaje al corazón de la persona* –entretejido unas veces de pequeños detalles, otras de silencios acogedores que no hacen preguntas, otras de saber “hacer la vista gorda”, y siempre de compenetración– es una de las dimensiones que más han caracterizado, a través de la historia, la Pedagogía Amigoniana. Entre los varios textos que se podrían citar traigo aquí éste del padre Vicente Cabanes: “Tengamos en cuenta que no son las plantas ni las flores sólo, ni son los cuadros ni los pájaros los que hacen una casa de familia acogedora, aunque ayudan mucho; es el cariño, la alegría, los brazos abiertos de una madre que oculta las faltas del hijo, que olvida sus andanzas, que recoge sus lágrimas, que cicatriza sus heridas; este espíritu de compenetración es lo que hace acogedora una casa”³.

Educarlo en un sentido realista de la existencia humana

Para el pensamiento cristiano, la realidad de la vida humana es, por su propia naturaleza, dramática. El hombre, creado para amar –para encontrar su plena realización y felicidad en la apertura a los demás– prefirió históricamente el camino de la autoadoración, del encerramiento. A partir de ese momento, la vida humana se convierte en una lucha constante. El hombre siente la necesidad antropológica de amar y ser amado, pero el amor –el encuentro con el otro, como persona y en libertad– sólo es posible en la medida que uno mismo se pone en camino, renunciando a ser el

3 CABANES, V., *Observación psicológica y reeducación de menores*, Vitoria 1940, p. 87.

centro de toda acción. La resurrección al mundo del otro supone abandonar –no sin sufrir, el desgarro del propio yo– los cerrados horizontes de uno mismo. La capacidad de amor queda así, en el humanismo cristiano, unida indisolublemente a la capacidad de enfrentar las renunciaciones y los sufrimientos que éste conlleva, es decir, a la capacidad de enfrentar con gallardía la realidad humana con sus alegrías y tristezas, con sus gozos y angustias, con sus esperanzas y desencantos. Es ésta la razón por la que la pedagogía cristiana tiene, entre uno de sus objetivos primordiales, el de potenciar en el educando su capacidad para afrontar la realidad de la existencia humana, que es cruda, pero, al mismo tiempo, gratificante.

La experiencia pedagógica muestra cómo muchos disturbios conductuales surgen de *actitudes de autodefensa* ante el dolor, el sufrimiento, la renuncia, el esfuerzo. Por otra parte, muchas de las *actitudes de desprecio* hacia todo lo circundante que se aprecian en algunos jóvenes, pudieran encontrar también su raíz en una educación que no les ha ayudado a tomar conciencia –y desde ahí valorizar– lo que cuestan las cosas y, sobre todo, lo que cuesta “*amar y ser amado*”. El Vaticano II dice al respecto: “Con frecuencia, la libertad humana se debilita cuando el hombre cae en extrema necesidad, de la misma manera que se envilece cuando el hombre, satisfecho por una vida demasiado fácil, se encierra como en una dorada soledad. Por el contrario se vigoriza cuando el hombre acepta las inevitables obligaciones de la vida social, toma sobre sí las multiformes exigencias de la convivencia humana y se obliga al servicio de la comunidad en que vive”⁴. No sin intención, la mayoría de las terapias que actualmente se aplican de cara a la superación de traumas personales y de conflictos conductuales tienen como uno de sus puntos referenciales el de provocar que la persona afronte la realidad.

Fortalecer el carácter y personalidad del joven para hacer frente a la vida sin huidas ha sido uno de los objetivos determinantes de la pedagogía amigoniana desde sus orígenes. El sistema de vales –encaminado a promover en el joven la conciencia de que en la vida “nada se da de balde, sino que todo cuesta un precio”– ha sido uno de los medios tradicionales empleados para el fortalecimiento de la personalidad.

⁴ *Gaudium et Spes*, n. 31.

El educador amigoniano

Con ser esenciales los aportes que la concepción cristiana de la vida hace –desde su antropología– al sistema amigoniano, su influencia se deja sentir de un modo más patente, si cabe, en la configuración de la persona del educador. Es en esta configuración donde la relación existente entre carisma y pedagogía adquiere, quizá, su mayor fuerza expresiva. La relación vital que se establece –a través de la figura del educador– entre el pensamiento cristiano y la pedagogía amigoniana humaniza a ésta de tal modo, que no puede clasificarse con justicia dentro de algunos de los sistemas pedagógicos existentes, sin hacer las debidas puntualizaciones. En mi exposición intentaré explicitar metodológicamente la inspiración cristiana del educador amigoniano desde estas tres perspectivas:

- Educador por vocación.
- Educador inspirado en el Buen Pastor.
- Educador con talante franciscano.

Educador por vocación

Con la palabra “vocación” sucede algo similar a lo que se ha anotado al inicio de esta charla con el término *espiritualidad*. Surgida también esta palabra en un contexto religioso, pudiera pensarse que su contenido sólo es válido para quienes aceptan de un modo explícito la dimensión trascendente en sus vidas. Sin embargo, el contenido antropológico que se ha querido expresar clásicamente con el término *vocación* trasciende el ámbito de lo religioso y queda recogido en las sociedades pluralistas con distintas expresiones. La *deontología* –o si se prefiere, la *ética profesional*– recoge en esencia la inspiración que tradicionalmente ha animado el “ámbito vocacional”.

La pedagogía –como ciencia humanista que es– necesita, para su adecuada actuación, establecer entre el profesional de la educación y el educando una relación personal. Y esta relación –a la que sin duda contribuye eficazmente la aplicación de las técnicas apropiadas– se favorece también en la medida en que el profesional –adornado con cualidades personales que le permiten establecer una comunicación franca y cordial con el otro– está dispuesto a desarrollarlas con una generosidad capaz de superar las estrictas obligaciones de lo legal.

Nivel inspiracional

Históricamente, la dimensión vocacional del educador amigoniano, se ha inspirado en la parábola bíblica del Buen Pastor, en la que, como trans-

fondo de la acción, aparecen en contraposición dos personajes: el pastor, dispuesto hasta a dar la vida por las ovejas porque las quiere, y el asalariado que *está* con las ovejas, pero su pensamiento y su corazón están en otra parte.

El P. Luis Amigó en un escrito a sus religiosos –que se considera su verdadero *testamento espiritual*– les invita a trabajar entre los jóvenes marginados como *zagales*⁵, como colaboradores del Buen Pastor. Y la tradición viva de la congregación a la luz de esta sugerente figura, ha entendido que dicha colaboración exige por un igual en el ánimo del educador: *generosidad y fortaleza*. Una generosidad –inspirada directamente en la figura del Buen Pastor– que “*da la vida*” libremente, se “*desvive*” *para que los otros tengan vida*– por la que el educador sea capaz de convivir generosamente con los alumnos “aun en aquellos días que más molestan”⁶; una generosidad por la que aquél “no repare en horas ni demuestre cansancio de estar con los educandos, sino que les haga la vida en el establecimiento lo más agradable posible”⁷; una generosidad, en fin, que se trasluce en un espíritu de “completa dedicación”. Y junto a la generosidad, la fortaleza de ánimo que se necesita para no huir ante las dificultades, sino para afrontar con gallardía –como señalan ya en 1910 las Constituciones– “las fatigas, fastidios y disgustos que se derivan del específico apostolado”⁸. Las palabras que a continuación transcribo –fruto maduro de la reflexión que hace el que fue gran pedagogo y director de la Escuela de Santa Rita, el padre Domingo de Alboraya– son una buena síntesis de la generosidad y de la fortaleza con que la tradición amigoniana ha definido y actuando la dimensión vocacional del propio trabajo pedagógico: “bastante ejercicio es para el terciario capuchino, la fiel adaptación de su persona, en cuerpo y alma, al espíritu de sacrificio que exige y supone la árdua misión propia del Instituto”⁹.

Educador vocacionado en un mundo profesionalizado

No obstante, lo expresado hasta ahora no debe entrar en conflicto con la realidad que nos ofrece una sociedad profesionalizada.

La justicia social que ha recorrido en este siglo su verdadera andadura, constituye uno de los grandes méritos de nuestra civilización y sus avances

5 AMIGÓ, L., *Carta del 3 de Mayo de 1926*, en *Obras Completas*, n. 1831.

6 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1933*, n. 212.

7 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1933*, n. 212.

8 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 257 f.

9 *Manual de 1911*, n. 74.

han aportado nuevos y muy positivos valores a la cultura actual. No se trata, pues, de añorar ahora patrones laborales con interminables horarios de trabajo ya superados, ni se trata tampoco de renunciar a los justos logros sindicales. No sería lógico ni mucho menos, justo.

Opino que actuar hoy la dimensión vocacional en la línea amigoniana implica tan sólo, y no es poco, unir a la adecuada preparación técnica la necesaria disposición y generosidad de ánimo para que el educador no sólo sepa *estar* entre sus educandos sino que sepa *ser*, y ser entre ellos, una persona que les acompañe, les anime y corrija, les escuche y hable; una persona que comparta sus sentimientos y actividades y, sobre todo, una persona que les quiera y se haga querer de ellos. “Durante mis visitas a los centros dependientes del Consejo superior –escribía en *Vida Nueva* Vicente Alejandro Guillamón– encontré educadores terciarios capuchinos *enteramente entregados a su labor* y otros menos capacitados y generosos, como sucede en toda Congregación. Yo sé que en el trabajo de recuperación de los menores se fracasa muchas veces, pero el mero hecho de estar con ellos, de atenderles y tratar de ayudarles, merece todo mi respeto y consideración”¹⁰.

Educador inspirado en el Buen Pastor

Siguiendo el desarrollo del tema inspiracional que se establece entorno a la figura del Buen Pastor, quisiera exponer aquí, aunque sea brevemente, algunas de las características que más han distinguido tradicionalmente la actuación del educador amigoniano:

Conocer a los alumnos

El Buen Pastor llama a cada oveja por su nombre, las conoce *personalmente* y es conocido por ellas. Entramos así en toda la dinámica del conocimiento en la Biblia. Un conocimiento entretelado más de vida que de conceptos; un conocimiento que viene por “vía de corazón”. Sólo relacionándose a nivel personal con el otro, se le conoce en profundidad, porque sólo entonces se comparte el *ser*. “Aprender por experiencia la ciencia del corazón humano”¹¹ –como Luis Amigó indicaba a los primeros religiosos– ha sido una de las máximas del terciario capuchino en su labor educativa. Los mismos estudios psicopedagógicos –que el sistema amigoniano ha aplicado desde sus inicios para favorecer con la

10 *Vida Nueva*, n.º 1634, p. 39.

11 AMIGÓ, L., *9 Ordenación de la Visita Canónica a la Casa de Torrente en 1892*, en *Obras Completas*, n. 2047.

técnica el conocimiento del alumno– han tenido como principal sustento la *observación y la convivencia*.

Educarlos con el ejemplo

El testimonio de vida es –como decía el P. Luis Amigó– “el mejor predicador y su fuerza de persuadir irresistible”¹².

El Buen Pastor se hace camino al andar. Caminando delante de las ovejas, se constituye en camino y modelo de identificación para ellas.

En la tradición pedagógica amigoniana este testimonio ha encontrado su mejor expresión en el *compartir*. El Educador no es un mero espectador o un simple dirigente de la acción educativa, él mismo se compromete en ella participando activamente en las distintas tareas del grupo. El padre Domingo de Alboraya, en la *Memoria* que publica en 1906 sobre la Escuela de Santa Rita, escribe al respecto con palabras desbordantes de llaneza: “los cargos de la Escuela no son meramente directivos y de vigilancia, sino que los religiosos forman parte y muy principal con cuanto se ordena a los alumnos. No dicen al alumno, *haz esto*, sino *hagamos esto*, predicándoles siempre con el ejemplo”, y añade: “el educador come con sus alumnos de la misma olla, con ellos trabaja y con ellos se solaza, participando de sus mismos juegos”¹³.

Preocuparse preferencialmente de los más necesitados

El mensaje cristiano encierra, dentro de su universalidad, una preocupación preferencial y primorosa hacia los más necesitados. Cristo se presenta ante la sociedad del tiempo como aquél que “ha venido a buscar al que está perdido” y a “sanar al que se encuentra enfermo”. Es, en definitiva, la dimensión misericordiosa del evangelio a la que se ha hecho alusión en esta charla.

Luis Amigó, al legar a sus seguidores la preocupación religiosa y social que ha marcado su vida, les invita a que *vayan en pos de la oveja descarriada, sin temor a perecer en los despeñaderos y precipios que tendrán que afrontar*¹⁴.

La tradición amigoniana ha traducido al terreno pedagógico esta preocupación espiritual del fundador, proponiéndose como uno de sus ideales

12 AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 1087.

13 AYARROBLA, *La Escuela de Reforma de Sta. Rita*, Madrid 1906, p. 52 y 75.

14 Cf. AMIGÓ, L., *Carta del 3 de mayo de 1926*, en *Obras Completas*, n. 1831.

el de despertar en el ánimo del educador la sensibilidad, la creatividad y fortaleza suficientes para saber descubrir, en cada momento, cuáles son los jóvenes más necesitados y sus más perentorias carencias, y para saber ofrecer en cada caso una respuesta eficaz, *haciéndose el encontradizo*¹⁵ –como la misma tradición indica– con quienes tienen más dificultades.

Educador con talante franciscano

También la tradición franciscana ha marcado con su impronta la configuración del educador amigoniano.

Francisco de Asís inicia en la Iglesia un movimiento espiritual que se caracteriza fundamentalmente por un seguimiento radical del mensaje evangélico. Vivir el Evangelio “a la letra y sin glosa” –como le gustaba repetir a Francisco– es el núcleo de toda su espiritualidad.

No obstante, Francisco, en ese seguimiento radical, centra de manera particular la atención en lo que se ha venido en llamar la *minoridad*, es decir, en un descubrir y experimentar que la grandeza y felicidad del hombre no está en dominar al otro como “señor”, sino en *ponerse a disposición* del hermano, como “servidor”. La minoridad franciscana –entretejida de mansedumbre y de paciencia, de sencillez y de llaneza, de acogida y de comprensión, de afabilidad y de alegría– encuentra su más acabado canto en las *bienaventuranzas*, que constituyen, por otra parte, la síntesis más lograda de los valores que conforman el humanismo cristiano.

El núcleo espiritual de la minoridad –asumido desde los inicios en el *ser* de Congregación Amigoniana– se ha reflejado también en la persona del educador y se deja traslucir particularmente en la *amabilidad* con que éste acoge a los alumnos y en la *sencillez y afabilidad* con que los trata durante todo el proceso educativo, conviviendo con ellos y compartiendo sus sentimientos y tareas. Los religiosos –enseña la primera tradición pedagógica de los amigonianos– harán en el centro las veces de padres, dispensando a los jóvenes, desde el momento de su ingreso, “cuantas atenciones necesitan no escatimándoles nunca el cariño”¹⁶. El padre Vicente Cabanes añade: “el proceso educativo comienza por una acogida paternal. Si al pisar por primera vez los umbrales del establecimiento, el joven se encuentra con un hombre serio, con rigidez y frialdad pétreas, si las primeras palabras que oyera fueran de reproche y de ironía, exigentes e investigado-

15 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual 1933*, n. 228.

16 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 252.

ras, ese pobre muchacho podría volverse a casa. El establecimiento sería para él la cárcel, pero no centro educativo”¹⁷. Y el Manual de Pedagogía Amigoniana –publicado en 1985– recogiendo estas enseñanzas, expresa al respecto: “el recibimiento del joven debe ser cordial, sin reticencias ni suspicacias; *comprensivo* del estado en que se encuentra el joven y *respetuoso*, ya que es una persona a quien se recibe”¹⁸. “La convivencia del educador con los alumnos, su presencia afectuosa y asequible sin ser absorbente, ofrece seguridad y cohesión al grupo, ánimo y estímulo al individuo, autoridad y liderazgo al educador; liderazgo no tanto otorgado por el cargo, cuanto por la entrega y disponibilidad”¹⁹.

Ambiente educativo

Y como conclusión de toda esta charla, quisiera ofrecer aunque fuera sólo con ligeras pinceladas, una visión del ambiente educativo que ha rodeado la acción formadora de los amigonianos, con el convencimiento de que dicho ambiente, es, por su propia naturaleza, la síntesis más lograda y la expresión más visible de todo sistema pedagógico.

Uno de los ideales del sistema amigoniano –alcanzado por regla general en gran medida, como manifiestan abundantes testimonios–, ha sido el de crear en el centro educativo ese ambiente familiar, del que generalmente han carecido los jóvenes marginados. Este ambiente familiar, en cuya creación intervienen diversidad de factores –estructurales, ambientales y, por supuesto, formativos– se ve favorecido particularmente por el clima de relación personal que se establece entre sus distintos integrantes.

En la familia natural, la creación de dicho clima de relación personal depende en gran parte de los padres, quienes con una actuación positiva y, al mismo tiempo, respetuosa con la libertad individual de cada miembro, van fomentando –junto con todos los integrantes de la familia– una *convivencia* franca y cordial y un *diálogo* abierto y sincero.

En consonancia con lo anterior, la pedagogía amigoniana ha cuidado ya en sus inicios que los centros –desde su misma estructura material hasta los más pequeños detalles de la marcha educativa cotidiana– respirasen un *aire de familiaridad*. Pero no cabe duda que esta familiaridad se ha visto favorecida fundamentalmente por la sencillez, afabilidad, participación,

17 CABANES, V., o.c. p. 24.

18 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual Pedagógico*, Valencia 1985, n. 18.

19 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual Pedagógico*, n. 275.

cercanía y empatía con que los educadores han sabido tratar a los alumnos, contribuyendo así positiva y eficazmente a fomentar una convivencia espontánea y alegre. Se podría decir, por ello, que, en definitiva, el ambiente familiar que ha caracterizado a la pedagogía amigoniana ha sido favorecido, en gran medida, por las actitudes que, desde el *ser* de la Congregación, han informado la actuación de sus educadores. Y en este mismo sentido, se puede concluir esta charla afirmando que el ambiente familiar constituye la síntesis más expresiva de la simbiosis que se establece en la tradición amigoniana entre *carisma y pedagogía*.

PERSPECTIVA HUMANISTA*

Ambientación

Quisiera, en primer lugar agradecer la deferencia que tuvo conmigo el padre Marino al confiarme esta conferencia y, con ella, la oportunidad de poder compartir con todos vosotros estos momentos.

El tema propuesto –*Perspectiva humanista*– que ya de por sí es sugestivo, resultaba además para mí particularmente atrayente y sugerente, por lo que os voy a explicar.

Por uno de esos avatares imprevistos que, de cuando en vez, tiene la historia –aunque no llegué a implicarme directamente con la cuestión–, me tocó ser testigo de primera línea de los primeros pasos dados por la pedagogía amigoniana dentro del campo específico del tratamiento terapéutico de las drogodependencias.

¡Cómo no recordar ahora –con cariño y nostalgia a un tiempo– el énfasis –de tipo parlamentario y rayante con el mitin político por su tono–, con que el gran pionero de esta causa dentro del mundo amigoniano –el padre Marco Fidel López–, defendió con el abundante verbo que le caracteriza la dedicación de los terciarios capuchinos a la labor terapéutica entre los usuarios de estupefacientes, durante las deliberaciones del máximo órgano de gobierno de la congregación, reunido en capítulo general, por decimosexta vez en su historia, el año 1983!

Acababa entonces, el padre Marco Fidel, de asistir en Italia a un prolongado y exigente curso de preparación para monitores especialistas en terapias encaminadas a la recuperación de las drogodependencias. En su decir –ya fluido por lo común– se apreciaba en aquellos momentos lo hondo que toda aquella experiencia había calado en su *sentir*, y yo recuerdo con

* Conferencia pronunciada en Medellín, Colombia, el 3 de noviembre de 1999 durante la sesión inaugural del simposio internacional “Papel de las Comunidades Terapéuticas en el siglo XXI”, organizado por la Fundación Universitaria Luis Amigó.

viveza que uno de los argumentos principales que usó para convencernos a todos los allí presentes de la bondad de su inquietud, fue precisamente el de recurrir a poner en evidencia la hermandad existente entre el sistema pedagógico propio de la congregación y el campo terapéutico.

No sé si nos llegó a convencer entonces de esto último. Sí sé que nos convenció de lo fundamental y, poco antes de despedirnos, le otorgamos luz verde para llevar adelante, de forma oficial –y con todas las bendiciones del caso–, su propuesta de abrir en Colombia, en sintonía con la experiencia pedagógica amigoniana, una comunidad dedicada a la recuperación de los jóvenes, víctimas del consumo de sustancias dopantes.

Y ¿por qué os cuento todo esto? –os preguntaréis. Pues porque, aparte de situarnos en las raíces históricas del acontecimiento que en este congreso celebramos– los 15 primeros años de las comunidades terapéuticas amigonianas en Colombia–, el tema que se me ha confiado se encamina a explicitar de alguna forma lo que ya entonces se afirmaba, es decir, la simbiosis que se podía crear –y que de hecho es hoy ya una realidad– entre el patrimonio histórico del quehacer amigoniano y las terapias liberadoras de drogodependencias.

Educación del sentimiento

A fin de lograr mi propósito con cierta lógica y con cierta garantía de hacerme entender, os invito, en primer lugar, a que os adentréis conmigo en el corazón mismo de la pedagogía amigoniana y nos detengamos, juntos, en el elemento más característico de la misma, cual es, a mi modo de ver, la *educación del sentimiento*.

Frente a quienes –desde una observación fragmentaria, superficial y desencarnada del método reeducativo clásico de la pedagogía amigoniana– han tachado a ésta de ser excesivamente *conductista* y de orientarse fundamentalmente a un *cambio de comportamiento*, hay que afirmar, en base a la más antigua y genuina tradición, que dicha pedagogía amigoniana ha situado, desde sus orígenes, el norte de la propia actuación en una maduración personal de los sentimientos del alumno, o, dicho si se quiere con una expresión típica de los albores amigonianos, en la *educación del corazón*.

Educar el corazón de la persona es, en definitiva, educarla para *ser*, es decir para tomar conciencia de su propia identidad personal, para asumir con libertad el propio derecho a la autodeterminación y para *saborear*, desde ahí, *la vida con el buen gusto de la felicidad*.

Dicha *educación para ser*, para *llegar a sentirse feliz y a gusto con uno mismo*, comporta, sin embargo, en toda cultura humanista occidental – que más directa o indirectamente hunde sus raíces en la bimilenaria civilización cristiana– un crecimiento de la persona en *valores* y, particularmente, en el valor que valoriza, *aprecia* y otorga el verdadero sello de autenticidad a todos los demás, que es el *amor*.

Educación para ser significa, pues, educar para el amor y favorecer, desde ese sentimiento nuclear, la humanización de la persona y su crecimiento y maduración en altruismo y en generosidad, en honradez y en honestidad, en solidaridad y en sociabilidad, y en toda una larga serie de matices que hablan más de *ser* que de *tener* y más de *ser para los demás* que de *ser para uno mismo*.

Relacionados, más o menos directamente, con esta educación del sentimiento –encaminada, como se ha señalado, a transformar no sólo ni primordialmente el comportamiento de la persona, sino su *ser*, contribuyendo así a su maduración armónica e integral–, existen en la tradición pedagógica amigoniana algunos términos que extrapolados de su original medio cultural y desconexionados del objetivo primordial de *educar el corazón*, pudieran indicar lo contrario que genuinamente quisieron expresar.

Uno de ellos, es el término *moralización* que, incluso desde su misma estructura etimológica, tiende a ser referido más al nivel del comportamiento que al de la identidad personal. Y no obstante ello, la escuela amigoniana lo utiliza sin que tal utilización suponga en ningún momento entrar en conflicto con el objetivo fundamental del proceso educativo. Cuando la escuela amigoniana habla de *moralización* no quiere expresar en ningún momento que ésta sea un fin en sí misma. Y si la propicia metodológicamente es siempre desde una mera perspectiva *fenomenológica* –nunca óptica– que quiere descubrir en el cambio de comportamiento, un cambio mucho más profundo, esencial y vital, cual es el cambio en la actitud, en el sentimiento, en el ser del educando.

Otro término –relacionado clásicamente dentro de la pedagogía amigoniana con la educación del sentimiento ha sido el de la *emulación*. Y también él, necesita una reubicación cultural. En la actualidad es muy difícil aislar el término emulación de un fuerte contenido de *competitividad* y de *lucha por la autosubsistencia* que, por su propia naturaleza, entraría en conflicto visceral con un proceso de humanización que –tal cual propone la misma pedagogía amigoniana desde sus más hondas raíces inspiracionales cristianas– está fundado en la *alteridad*.

En su concepción más original, sin embargo –y según ella habría que interpretar, pienso, su utilización en la tradición amigoniana– la *emulación* se encamina, al margen de toda rivalidad con el otro, a estimular los resortes más profundos de la personalidad, impulsando al educando –en una especie de crecimiento en autoestima– a poner en acción sus mejores capacidades y, especialmente, a madurar sus propias actitudes ante la vida. No se trataría, pues, de *emular a otro* o de *rivalizar con él*, sino de *estimular* y activar las posibilidades del propio ser.

Educando en fortaleza y responsabilidad

Fortalecer la capacidad de autodeterminación en el educando o, como clásicamente se decía, *formar el carácter*, ha sido otro de los soportes fundamentales del sistema pedagógico amigoniano a través de su historia.

En orden a su propia identidad, la persona es libre en la medida en que posee la suficiente autonomía para *elegir lo que le conviene para su desarrollo integral y armónico hacia la felicidad*, frente a lo que puede *apetecerle* en un momento determinado. No hay peor esclavitud, que la esclavitud de las propias apetencias cuando éstas separan al hombre de su propia *leyenda o proyecto personal*.

En el mundo de los niños y jóvenes con desarreglos de personalidad y de conducta, es precisamente la falta de autonomía para elegir lo que puede construirle como persona o puede destruirle como tal, una de las más comunes y frecuentes carencias. Por lo general, son niños y jóvenes que se mueven a nivel de sensaciones y de lo momentáneamente agradable, y no sueñan –y ni siquiera, piensan– en inversiones que puedan prometer para el mañana una felicidad más estable y duradera.

Esta carencia –que los imposibilita de hecho para elegir con libertad entre la *estética del ser en armonía consigo mismo* y la *vorágine* que va precipitando el propio ser, la propia identidad personal, en una especie de caída y vértigo cada vez más acelerado y acelerante– es, por otra parte, uno de los *handicaps* más difíciles de superar, ya que, en el fondo, viene siendo el resultado de no creer en nada ni en nadie o, si se prefiere, de creer –y con fe profunda e inquebrantable– que uno mismo es un *don nadie*, un *ninguneado*, al que le es permitido *gozar*, pero no *ser feliz*; al que le son permitidas sensaciones placenteras, pero le es vedado estructuralmente disfrutar el placer de la vida en armonía consigo mismo.

Todo este drama afectivo y existencial –endémico, de alguna manera, en los ambientes de marginación– se ve acentuando, además, hoy en día, por toda una tendencia cultural que se esfuerza por presentar la vida como

una realidad *light*, siendo así que la misma estructura del hombre –orientada a personalizarse y humanizarse creciendo en sentimiento, en amor– es testigo de que sólo *saliendo del propio cascarón*, sólo renunciando –no sin dolor– al propio autoencerramiento y autoadoración, se puede experimentar en verdad la profunda alegría que surge del encuentro empático con los otros y del consecuente crecimiento, en calidad humana, del propio ser, de la propia identidad o “*mismidad*”.

Consciente, pues, de que la falta de la necesaria autonomía para tomar opciones verdaderamente libres ante la vida constituye una de las dificultades estructurales más serias y comunes entre los menores desadaptados, y que, por otra parte, esta misma carencia de verdadera capacidad decisoria disminuye –hasta casi anularlas en algunos casos más graves– las posibilidades de poder afrontar con ciertas garantías de éxito un proceso educativo, la pedagogía amigoniana ha considerado, desde sus inicios, el desarrollo de la *capacidad de autonomía* en dichos menores, como uno de sus objetivos educacionales más fundamentales y perentorios.

Las clásicas expresiones amigonianas de *educar la voluntad o formar el carácter* –aunque favorecidas en la práctica secular por metodologías conductistas, que, por otra parte y en su justo medio, pueden favorecer en determinados grupos el arraigo de hábitos básicos y son utilizadas, por ello, incluso en la recuperación de las drogodependencias–, no han tenido nunca como objetivo último un cambio de comportamiento –que situaría el método en un conductismo extremado y sin sentido–, sino que se ha orientado a *fortalecer* en el niño y en el joven su libertad, es decir, su capacidad de decidir y de optar a favor de su propia y feliz construcción personal.

Educando desde la cercanía

La educación del sentimiento, la educación del corazón –principal objetivo educativo amigoniano– sólo es posible, sin embargo, desde el testimonio.

Sólo crece en sensibilidad y en capacidad de amar, la persona que se ha sentido querida.

Detrás de todo drama personal hay siempre una profunda carencia afectiva.

Y en la progresiva superación de ese drama afectivo se encuentra, quizá, el verdadero secreto de una sincera recuperación personal. En la medida que la persona se va sintiendo querida, acogida, valorada, se va desarrollando en ella la innata capacidad de sentimiento y, junto al primer y más radical de los sentimientos –que es precisamente el del amor, el del aprecio

y cariño— va experimentando también el sentimiento de la propia dignidad personal, el sentimiento de la *autoestima*, básico para que se despierte también en ella esa imprescindible capacidad de *fortaleza* que se requiere para optar con verdadera libertad por inversiones que favorezcan un desarrollo de la propia identidad en felicidad y armonía.

Ahora bien ¿cómo suscitar en la persona del alumno ese despunte primero del sentimiento? ¿cómo hacer que el cariño hacia él sea al mismo tiempo creíble y eficaz en su proceso educativo?

La cuestión no es sencilla.

Por una parte, hay que superar las tentaciones al *paternalismo*, que, por su estructura proteccionista, no colabora a una verdadera educación, en la que el protagonista principal debe ser siempre el propio educando en creciente capacidad de poder conducir con garantía *las riendas de su propio cabalgar por la vida*.

Por otra parte, no se trata tan sólo de querer y *apreciar* al alumno *como es*, sino que se trata de hacerle creíble dicho cariño. Y en este punto, sale al encuentro un drama —no menor— que suelen sufrir los niños y jóvenes marginados. Algunos de ellos han sido tan apaleados en la vida, tan *ninguneados*, tan prostituidos en su psique y hasta en su cuerpo, que da a veces la impresión que han llegado a perder incluso la capacidad de sentirse queridos y les resulta casi imposible pensar que alguien puede quererles por el mero hecho de ser personas y que no tendrán que pagar, por el cariño recibido, ninguna prenda o tributo. La *gratuidad* del amor —esencial al amor verdadero e imprescindible siempre para que éste pueda ser valorado como tal— es algo que parece estar fuera del alcance de una población que al sentir cariño de los otros tiende a pensar, en un primer momento, *qué le estarán pidiendo a cambio con ello o qué tendrá que pagar después*.

Además, es imprescindible también hacer comprender al alumno que, por el hecho de que se le quiera *como es*, no puede él permanecer inactivo y conformista en su proceso de formación, sino que ello le tiene que servir para sentirse espoleado constantemente a la superación, siendo consciente que, en la irrepetible aventura de su propia maduración humana, nadie podrá hacer por él —por mucho que se le quiera— lo que a él corresponde hacer.

No obstante —y a pesar de todas esas dificultades— la pedagogía amigoniense, en su intento por contribuir a la reconstrucción de la persona desde el desarrollo de sus capacidades de *sentir como tal* y de *decidir con libertad*, ha seguido apostando fuerte por conmover las entrañas del alumno a pesar de los traumas padecidos y —consciente de que sólo con sentimiento y

desde el sentimiento se puede colaborar a despertar en el otro el sentimiento— ha propiciado en sus educadores un *talante educativo* profundamente humanista.

Y con relación ya a ese *talante educativo* —que, a mi entender, constituye el aporte más valioso, castizo e identificante de toda la praxis pedagógica amigoniana— hay que señalar que, entre sus notas distintivas, sobresale de modo particular la *cercanía*. Una cercanía que trasmite, en primer lugar, el valor educativo de la *empatía*.

Aun siendo pionera, dentro de España, en la aplicación de las ciencias psicopedagógicas para el conocimiento del alumno, la pedagogía amigoniana ha considerado, de forma constante e indefectible, que el mejor medio para conocer en profundidad al alumno es la *vía del corazón*, es decir, el entablar con él una relación cordial, *empática*, que le vaya impulsando —en la medida que se siente querido y apreciado en su singularidad— a darse a conocer espontáneamente a través de la dinámica misma de la vida diaria.

Favorecer dicha empatía, sin embargo, ha sido tradicionalmente tarea primordial del educador y ha exigido de él una *sensibilidad* y una *disponibilidad* tales, que lo capaciten: para *percibir* las demandas de ayuda o apoyo que sus alumnos le puedan hacer, a menudo desde el silencio; para *sintonizar* personalmente con cada uno de ellos, valorando su individualidad; para *compartir* —con normalidad, pero de corazón— sus alegrías y tristezas; para *convivir* con todos ellos, participando —como la cosa más natural del mundo— en sus actividades de grupo; para *hacerse cercano* a los mismos en todo momento y escucharles sin prisas, y para *saber extremar* dicha cercanía y acompañamiento con quien más lo pueda necesitar.

La figura del educador, pues, con su talante cercano y empático, sensible y afable —que evita por un igual paternalismos y rigorismos— además de haber contribuido muy positivamente a la recuperación de muchos alumnos que han sido atraídos a un cambio de vida, por *fuerza del corazón*, ha contribuido también a dotar a la acción pedagógica de los amigonianos, a lo largo de su historia, de la necesaria dosis de *arte y poesía* que requiere toda ciencia de la educación.

Pedagogía Amigoniana y Comunidades Terapéuticas. Un encuentro a mitad del camino

La pedagogía amigoniana —podríamos decir, concluyendo lo expuesto hasta el momento— tiene una orientación profundamente humanista, no sólo por encaminarse a la reconstrucción de la persona humana despertan-

do en ella el “sagrado” depósito de los sentimientos, sino también por contribuir a dicha reconstrucción desde la empatía misma entre el sentimiento del educador y del alumno.

Y ha sido precisamente este carácter humanista –hecho vida particularmente en el talante característico del educador– el gran aporte que dicha pedagogía ha hecho a las comunidades terapéuticas dependientes de los terciarios capuchinos.

El encuentro entre esas dos instituciones formativas –pedagogía amigoniana y comunidades terapéuticas sobrevivio, por otra parte, como algo natural y lógico. No sólo se daba la circunstancia de que muchos de los jóvenes drogodependientes presentaban un cuadro de carencias afectivas similar, de alguna manera, al que escondía la personalidad de los menores tradicionalmente reclusos en los reformatorios, sino que, además, estos mismos menores, junto a su clásico cuadro de debilidades, venían añadiendo últimamente –y cada vez con más frecuencia– el hecho de alguna drogodependencia.

Sin embargo –y esto también es justo proclamarlo con claridad–, el encuentro entre las dos instituciones educativas, a las que venimos haciendo referencia, fue un *encuentro a mitad de camino*.

No sólo las comunidades terapéuticas se enriquecieron con el aporte humanista proveniente de la tradición pedagógica, al que arriba se ha hecho referencia, sino que también ésta fue enriquecida con valores pedagógicos particularmente cuidados y promovidos por aquéllas.

Y quisiera referirme ahora, particularmente, al valor de las *terapias familiares* promovidas por las comunidades terapéuticas en orden a la recuperación integral de sus pacientes.

La pedagogía amigoniana –es cierto– siempre se orientó a *educar para la vida*, pero a veces se mostró tan celosa de su labor –reducida por lo general al círculo *alumno-centro educativo*–, que se olvidó de promocionar educativamente, al mismo tiempo, el entorno familiar del menor, olvidando así –al menos en la praxis– que el menor tendría que regresar un día a dicho entorno.

Esta debilidad histórica del sistema amigoniano está hoy en proceso de clara superación gracias al encuentro tenido con las terapéuticas.

Un viejo sueño

Y para finalizar –tras ese darse la mano a mitad de camino entre pedagogía amigoniana y comunidades terapéuticas– permitidme que os participe un *viejo sueño*, que, de alguna manera, empieza ya a ser realidad.

Me refiero a las *comunidades terapéuticas* orientadas a la recuperación de los drogodependientes *adolescentes*.

La situación psicológica de estos pacientes –muy distinta a la de los usuarios de drogas ya adultos– exige que la metodología y terapias a seguir con ellos tengan que ser, a menudo, diferentes de las experimentadas con satisfacción entre los mayores.

Si me permitís la comparación, el drogodependiente adulto es, por lo general, como un *avión en fase de aterrizaje*; es una persona que ha tomado ya conciencia de su situación real; se ha percatado de que o *pisa tierra* de una vez por todas, o se despide de la vida, y acepta voluntariamente –aunque con las limitaciones propias de una libertad dañada por las dependencias– someterse a una cura que –sabe– será muchas veces dolorosa.

Frente a él, el adolescente consumidor de estupefacientes es –continuando la comparación– como un *avión en fase de despegue*, que, por la misma naturaleza de la maniobra, piensa en todo, menos en tomar tierra. Es la edad de los descubrimientos, de las nuevas experiencias y de los altos vuelos. Es muy difícil que en ella, pueda la persona adquirir conciencia clara de que se está jugando la vida y de que debe, en consecuencia, encontrar la manera de recuperarla y de aferrarse a ella, prefiriendo su goce pausado y duradero a las delicias fugaces del momento.

Con un cuadro tal de la situación –en su mente y en su corazón–, difícilmente puede el joven adolescente aceptar voluntariamente unas terapias pensadas y articuladas para quienes aceptan seguirlas con unos mínimos de libre compromiso.

¿Cómo posibilitar mejor y con mayores garantías de éxito que puedan dichos adolescentes comprender que, aunque *estén empezando a despegar tienen necesidad y urgencia de tocar tierra*?

¿Cómo elaborar programas cada vez más eficaces para su recuperación?

He aquí el *sueño* y he aquí también un *empeño* del que pudiera hacerse *adadid* la Fundación Universitaria Luis Amigó.

ENTRE EL MÉTODO Y EL SENTIMIENTO*

Ambientación

Entre el método y el sentimiento. Así de sencilla y simple quiere ser esta reflexión que, desde una aproximación a la pedagogía amigoniana, se leerá como obertura de este IV Congreso Latinoamericano de la Pedagogía Reeducativa.

Hablar de la pedagogía amigoniana como una realidad que –en su hacerse y devenir histórico– se ha movido *entre el método y el sentimiento*, no es sino hablar al mismo tiempo, de una pedagogía cuyo objetivo se ha movido de forma armónica *entre la educación de la voluntad y la educación del corazón*; entre la ética de obrar y la estética del ser, o, si se prefiere y por usar una comparación del propio Luis Amigó, *entre el bien* –entendido como comportamiento adecuado– *y la verdad*, como englobante de ese sentimiento humano que identifica el ser de quien es, con propiedad, persona¹.

Hace aproximadamente dos años, en una conferencia que tuve en estos mismos locales, y que deliberadamente quise titular *El humanismo amigoniano se hace pedagogía*, abordé de alguna manera, aunque desde una vertiente más de índole histórica, el tema que hoy quisiera profundizar desde una visión más de tipo filosófico y antropológico.

En el principio, existía el sentimiento

Cuando la congregación amigoniana se hizo cargo en 1890 del primer centro español dedicado a la educación de los niños y jóvenes con problemas, la pedagogía terapéutica, como tal, no había nacido todavía.

* Conferencia pronunciada en Medellín, Colombia, el 4 de mayo de 2000 durante la sesión inaugural del IV Congreso Latinoamericano de Pedagogía Reeducativa, organizado por la Fundación Universitaria Luis Amigó.

1 Cf. AMIGÓ, L. *Obras Completas*, n. 1780.

Los primeros amigonianos llegaron a *Santa Rita* –que así se llamaba aquel centro– sin grandes conocimientos de tipo científico, aunque –eso sí– con una gran dosis de lo que vulgarmente se ha llamado *buena voluntad*, pero que, a mi entender, pienso que hay que bautizar –para ir así más acordes con la realidad– como buen *talante o buen espíritu*, o, en definitiva, como *sentimiento profundamente humano, como humanidad*.

Es esto lo que, de alguna manera, recogía, en 1902, el decreto con que aprobó la Santa Sede a la congregación fundada por Luis Amigó, cuando –haciéndose eco de los informes recibidos de distintas autoridades sobre lo que venían haciendo los religiosos– determinó que la principal misión de los amigonianos, dentro del mundo de los niños y jóvenes desadaptados, consistía en *testimoniarles, de la forma más clara posible, el apremiante amor de Cristo*, es decir, en ayudarles a comprender –y sobre todo a *sentir*– que se les quiere.

En realidad, el mencionado decreto no hacía sino proclamar solemnemente a los cuatro vientos algo de lo que era "vox populi" entre aquellos primeros frailes y de lo que varios de ellos se hicieron portavoces:

–*El medio principal, y me atrevería a decir que único* –escribía uno de ellos– *es la caridad en todas sus manifestaciones: benignidad, paciencia... etc...*².

–*En todo ser humano* –insistía otro– *hay un germen de sentimiento que nosotros desarrollamos... Para ello hay que tener mucha paciencia y caridad en el trato con los niños...*³.

–*El verdadero amor se muestra* –anotaba otro más– *en lo incansable de la solicitud por auxiliar y amparar; en la fidelidad en el guiar y ayudar; en la paciencia en aguardar hasta el tiempo oportuno; en la comprensión con los que yerran; en la caridad que todo lo espera y todo lo perdona y que permanece fiel incluso al que desdeña (la ayuda) y al que parece ya (un caso) perdido*⁴.

–*Cuando haya recurrido a todos los medios para llevar a un alumno por el camino del bien, y él se obstine en ir por el del mal* –recomendaba a los educadores amigonianos la tradición, haciendo hincapié en la fuerza del sentimiento– *busque a un religioso experimentado, para que "haciéndose el enconradizo con él", le hable al corazón*⁵.

2 ALACUÀS, Bernardino de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.074.

3 VALENCIA, Javier de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.042-5.043. Cf. También *ibidem*, n. 5.048 y 5.052.

4 PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.123.

5 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933 y 1946*, n. 228 en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.311.

Concluyendo, para aquella primera pedagogía amigoniana lo importante era que el educador tuviese un *buen corazón*, fuese –como solemos decir, simplificando el complejo y rico mundo de los sentimientos– *una buena persona*.

El sentimiento era el camino y la meta

Llamados a ser testigos de amor y de humanidad y profetas del sentimiento humano, aquellos primeros amigonianos –sin caer en paternalismo y sin renunciar nunca a una sana y seria exigencia cuando las circunstancias así lo requerían– basaron fundamentalmente su método educativo en la fuerza transformadora del sentimiento mismo. Eran conscientes de que, cuando la persona *se siente querida*, sus reticencias ceden y ella, dejando aparte el baluarte de su "yo", se va abriendo a los demás, va creciendo así en humanidad y va, poco a poco, también, humanizando sus comportamientos.

Todo este credo quedó expresado en los orígenes en el recurso denominado *emulación*.

Emulación que –según entiendo y puse ya de manifiesto durante el Simposium internacional sobre el "Papel de las Comunidades Terapéuticas en el siglo XXI" que se desarrolló el pasado noviembre aquí mismo– hay que interpretar, dejando aparte todo sentimiento de rivalidad o de competitividad y siguiendo su concepción más clásica, como un estimular los resortes más profundos de la personalidad del alumno, para que –creyendo y confiando en sí mismo y en sus posibilidades o, lo que es lo mismo, *creciendo en autoestima*– vaya activando su ser, poniendo en acto sus mejores capacidades y vaya madurando, al calor del afecto recibido y engendrado, sus actitudes ante la vida y ante los demás:

– *Por cuanto atendida la índole del corazón humano* –escribía el propio padre Luis Amigó– *el medio más hermoso para estimular a los niños... es el de la emulación, nos parece muy del caso el que se procure ésta entre los niños... Para ello se excogitarán aquellos medios que la industria y experiencia dicte como más propios al efecto... La experiencia misma enseñará a los religiosos que con la emulación conseguirán más de los niños que con ningún otro medio*⁶.

– "*Más mocos se cazan con miel que con hiel*" o "*Más moscas se cazan con una gota de miel que con un barril de vinagre*" –solía repetir un religioso, haciéndose eco de un refrán muy querido por el propio padre Amigó⁷.

6 AMIGÓ, L. *Obras Completas*, n. 2049 y 2054.

7 VALENCIA, JAVIER de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.048 y 5.052.

– *Tratado el alumno con el verdadero cariño que requiere la misión de los religiosos* –sintetizaban a su vez, las Constituciones–, *se abrirá su corazón a las enseñanzas que se le insinúen*⁸.

El recurso a la *emulación* implicaba en definitiva, para aquella primera tradición amigoniana, actuar con la conciencia de quien cree –con fe firme– lo que de alguna manera quiere poner de manifiesto la fábula franciscana del *Lobo de Gubio*, cuya moraleja resumía así el propio padre Luis Amigó en uno de sus escritos:

–*Las misericordias encienden en el corazón del hombre el fuego del amor y acaban por convertir en manso cordero al que era un lobo rapaz*⁹.

O, dicho con una exposición que no nos resulta ya nueva a estas alturas de nuestra reflexión: Quien se siente amado, se siente impulsado al amor:

–*Cuando los alumnos se dan cuentan que uno se sacrifica por ellos y que busca su bien de verdad* –escribía uno de los grandes pedagogos amigonianos– *le cobran cariño y por lo tanto podrá trabajar en su reforma*¹⁰.

El problema está –como en alguna otra ocasión hemos señalado– en que los niños y jóvenes de la calle han sufrido tanto en su vida, han sido tan "ninguneados", que, en ocasiones, han llegado casi a perder, no sólo la capacidad de expresar sentimientos, sino incluso –y esto resulta aún más dramático– la capacidad de percibirlos. Dicen que "el gato escaldado, del agua fría huye". Y algo de esto les sucede a quienes han sido "apaleados en su ser".

Pero en la antigua y primera tradición pedagógica amigoniana, el sentimiento no sólo fue camino, sino que constituyó también *la meta*.

El principal objetivo de la acción educativa de aquellos frailes –que en un análisis superficial y sesgado de su actuación han sido calificados injustamente por algunos como excesiva o meramente *conductistas*– era precisamente *educar el corazón* de sus alumnos. De hecho se sintieron profundamente complacidos cuando exponiendo con sencillez su método educativo a un periodista madrileño, éste espontáneamente los calificó de *cultivadores del sentimiento*¹¹:

8 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 237 en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.313.

9 AMIGÓ, L. *Obras Completas*, n. 1058.

10 PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.048 y 5.052.

11 Cf. VALENCIA, Javier de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.042.

—Sólo desarrollando en nuestros alumnos grandes virtudes —valores, diríamos hoy— podremos llevar a feliz término —afirmaba uno de aquellos primeros amigonianos que llegó a trabajar incluso en Bogotá— *el fin de la educación que es, ante todo y sobre todo, formación del corazón*¹².

Educar el corazón del alumno era en definitiva, para ellos, —como ya se ha oído en otras ocasiones en estos mismos locales— educarle para ser, es decir, para tomar conciencia de su propia identidad personal y sentir cariño por ella; para asumir, al mismo tiempo, con libertad el propio derecho a la autodeterminación, y para *saborear*, desde ahí, *la vida con el buen gusto de la felicidad*.

Fue precisamente esa *educación del corazón* la que ellos quisieron expresar con el clásico término de *moralización*, un término que, aunque en un primer momento puede inducirnos a pensar en la *ética del comportamiento*, quiso expresar primordialmente, a mi entender, la *estética del sentimiento* o del ser:

—*Es menester apelar constantemente* —decía el padre Valentín— *a los sentimientos nobles y generosos del alumno... No se puede sustituir su conciencia personal por una conciencia puramente exterior*¹³.

—*Debemos ser artistas* —insistía él mismo— *de esa obra suprema de arte que tiene por fin forjar los espíritus, cultivar la estética del sentimiento*¹⁴.

Es cierto —y no sería lógico ni serio silenciarlo— que para aquellos primeros frailes, *la educación del corazón* —como el mismo Valentín se encargó de proclamar—, debía armonizarse con la *formación del carácter que es el hábito de la primera voluntad cristalizada en el alma humana*¹⁵. Pero no es menos cierto —y con ello concluimos este apartado— que el objetivo primordial de la educación era precisamente la maduración del *ser* de la persona, el desarrollo de sus sentimientos, y fundamentalmente, como es natural, del más sagrado e identificante de esos mismos sentimientos humanos, que es el *amor*, el abrirse a los demás, el crecer como *ser relacional*.

En el sentimiento había vida y color

Como es natural, todo ese entramado del sentimiento que existió desde el principio en la pedagogía amigoniana; que constituyó el fundamento

12 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.088. Cf. También, *ibidem*, n. 2.138.

13 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.124, 12.126, 12.127 y 12.128.

14 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.024.

15 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.138.

mismo de toda su filosofía antropológica y que se hizo *camino y meta* de su acción, no era algo abstracto o etéreo, sino que, también desde los inicios, se hizo realidad y vida en la persona misma de los educadores.

Son muchos los textos amigonianos de primera época que insisten sobre la importancia capital e irrenunciable que tiene el que los educadores sean primordialmente personas que sobresalgan por la riqueza de su sentimiento; por el testimonio de su cariño y amor. Y entre esos muchos textos, he querido seleccionar, por su frescura, los dos que aquí os traigo:

*—Entre las cualidades del buen educador está, sobre todo, la del amar a los alumnos. Porque si no se les ama, se bastardea el fin de la educación... Quien no sienta latir en su corazón el amor, la compasión hacia los pobres muchachos caídos... no tiene vocación para dedicar su existencia a la reforma de la juventud*¹⁶.

*—El amor será siempre condición indispensable, no sólo para educar y moldear los corazones, sino incluso para instruir y grabar en las inteligencias las obligaciones fundamentales que hacen a los hombres útiles para sí mismos y para los demás... Por esto —sin descuidar las enseñanzas de la ciencia— seguimos procurando inspirar nuestros trabajos en el amor*¹⁷.

Y fue precisamente *en la persona de los educadores*, donde el amor, *vivido y expresado* en contacto con los niños y jóvenes con problemas, fue cobrando poco a poco el *colorido* y la luminosidad que confieren a la identidad, al talante amigoniano, el toque y el sello de la autenticidad. Un colorido y una luminosidad que, por otra parte, se distingue por los matices de la *personalización*, de la *empatía*, de la *fortaleza* y de la *coherencia*.

Amar al otro "tal cual es"

La primera tonalidad del amor y cariño hecho vida en la persona del educador amigoniano es precisamente la capacidad de querer a los muchachos con una fidelidad tan inquebrantable que se les llegue a querer y apreciar "tal cual son en cada momento de su historia personal" y se les quiera —incluso más— cuanto mayores sean sus limitaciones y deficiencias. A las personas, o las queremos como son, o no las acabamos de querer nunca.

16 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.031 y 12.464.

17 IGLESIA, Pedro de la, *Memoria de Santa Rita en 1927*, en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 10.015-10.016.

Esta dimensión misericordiosa del amor –que impulsa a traer las miserias de los demás al santuario del propio corazón para acogerlas y compadecerlas– es la que clásicamente se ha conocido como *educación "a la medida"*:

–*La causa de nuestro éxito* –decía un autor amigoniano– *está en que individualizamos el tratamiento y procuramos la pedagogía a la medida*¹⁸.

–*Este alumno* –confiesa un educador curtido en el diario batallar con los muchachos– *es el que más me ha hecho practicar la humildad. Por ser "más difícil", tengo que quererlo más; esto es lo que dicta la caridad*¹⁹.

Establecer con él un contrato de simpatía

Con la expresión *contrato de simpatía*, utilizada por uno de los antiguos escritores amigonianos²⁰, quisiera referirme ahora a otro de esos valores que contribuyen de forma esencial a conferir al ser del educador amigoniano su característica tonalidad.

Se trata, como fácilmente habéis adivinado, del valor de la *empatía*. *Empatía* que –en su calidad de *cordial comunicación* entre educadores y educandos– ha contribuido a la creación del típico clima familiar que ha reinado en los grupos educativos. *Empatía* que ha nacido tradicionalmente de la *cercanía de vida y corazón* que los educadores han sabido favorecer entre sus alumnos mediante una *presencia constante* entre los mismos, entretejida de *convivir* y de *compartir*; de *servicialidad* y de *sensibilidad* para captar necesidades; de *disponibilidad* y de *solicitud* para atenderlas, y de *normalidad*, de *sencillez* y de *alegría* en las relaciones. *Empatía* que ha posibilitado además el profundo conocimiento del alumno, por la más segura de las vías, cual es la del corazón:

–*El mejor medio para ayudar a los alumnos en su recuperación es* –al decir de un educador amigoniano– *"aconsejar, sufrir, vigilar y llorar con ellos"*²¹.

–*Los religiosos* –escribía otro– *comen con sus alumnos; con ellos trabajan y con ellos se solazan, tomando parte en sus mismos juegos; les responden cariñosamente y sin reservas y se establece así esa mutua relación de estima y afecto que suavizan y hacen llevaderas las prescripciones del reglamento*²².

18 DOS HERMANAS, Bienvenido de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.139. Cf. también *ibidem*, n. 0.246.

19 ALQUERÍA, Lorenzo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 8.043.

20 DOS HERMANAS, Bienvenido de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.330.

21 ALACUÁS, Bernardino de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3008.

22 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.251. Cf. también, *ibidem* 6.034, 5.058, 5.061, 11.126 y 14.866.

La capacidad de amar al otro, y de amarle "tal como es" y de ser capaz de crear con él vínculos de empatía a través de la diaria convivencia y del diario compartir; la capacidad de permanecer junto al alumno "como un latido maternal siempre solícito por su hijo", –como decía el padre Valentín²³– está en relación directa con la capacidad de fortaleza que se necesita para permanecerle fiel, sin huidas ni abandonos, en los momentos de dificultad, que suelen ser abundantes en el mundo de los niños y jóvenes con problemas:

–Los educadores –decía un antiguo manual amigoniano– han de poseer espíritu de sacrificio para soportar con gusto, o al menos con paciencia, a los alumnos aun en aquellos días en que más molesten; para no reparar en horas y no demostrar cansancio de estar con ellos; para hacerles la vida en el establecimiento lo más agradable y llevadera posible²⁴.

Por otra parte, esa misma fortaleza –que posibilita que el educador se mantenga fiel y cercano al alumno incondicionalmente– constituye la expresión más auténtica del cariño y afecto que le pueda tener:

–El espíritu de sacrificio –se insistía en la escuela amigoniana– es consecuencia del amor. Cuando hay amor es natural que sean vencidos los obstáculos y dificultades que se oponen a la realización de lo que se desea. ¿De dónde nacen los mil y mil sacrificios que se imponen los padres por sus hijos? ¿No es acaso del amor que les profesan como pedazos de sus entrañas?

¿Por dónde conoceremos, pues, que un educador quiere y estima a sus alumnos? Por los sacrificios que se imponga por ellos. ¡Y qué pronto conocen éstos –incluso los más pequeños– si su educador es poltrón o sacrificado²⁵.

Ser, para él, un testigo creíble

En educación es siempre imprescindible el testimonio, pues los alumnos, en su proceso de maduración, sienten necesidad de ver reflejado –*encarnado*– el mensaje que se les proclama, en personas que sean para ellos *modelos de identificación*.

23 TORRENTE, Valentín, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.154 y 12.123.

24 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933 y 1946*, n. 212.

25 TORRENTE, Valentín de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.464.

No obstante, la necesidad del testimonio es tanto más perentoria en un mundo como el nuestro –en el que la gente, cansada de palabras huecas y falsas promesas, tiene urgencia, más de testigos que de maestros– y en un sistema pedagógico que –como el amigoniano– se orienta fundamentalmente a favorecer en la persona el desarrollo del sentimiento humano y de los valores que le son más propios.

En el ámbito del sentimiento humano y de sus valores sólo puede ser *modelo de identificación creíble*, quien se distinga por su *honestidad* y por su *honestidad*, es decir, por su *coherencia* en el *ser* y en el *hacer*:

–*La gran palanca para los brillantes resultados de esta escuela* –se escribía ya en 1906– *es el ejemplo vivo y personal de los educadores. Aquí no se obliga al alumno a ejecutar obra alguna por sí solo; nunca se le dice "haz esto", sino "hagamos esto"... Con esto está dicho todo; el discurso vence, pero el ejemplo arrastra*²⁶.

–*Los religiosos, comprensivos y abnegados* –se insistía en otro texto–, *des-cienden a las necesidades y aun simples deseos de los alumnos para, ganándoles la voluntad, remontarlos al cumplimiento del deber, del que se constituyen modelos*²⁷.

Amor "a la medida", empatía, fortaleza y coherencia son, pues, los cuatro principales valores que matizan con su luz y dan el tono propio de colorido que tiene el sentimiento educativo amigoniano hecho vida en la figura de sus educadores, que constituyen, sin lugar a dudas, lo más valioso y castizo del sistema educativo que han ido generando los seguidores de Luis Amigó en su trabajo educativo entre los niños y jóvenes en dificultad.

Del sentimiento, nació el método

Poco a poco, y desde la misma práctica pedagógica, fue surgiendo el método educativo propio de los amigonianos. Al principio fue algo muy elemental, pero posteriormente –y de modo principal a partir de las influencias científicas recibidas, en el campo mismo de la pedagogía, por las escuelas del norte de Europa– se fue enriqueciendo y configurando ya como un verdadero sistema, admirado y hasta imitado por unos y otros.

No es ahora el momento de entrar aquí a analizar dicho método. Bástenos decir que, en algún momento, se llegó a crear alrededor del mismo

26 ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.033 y 6.034.

27 DOS HERMANAS, Bienvenido de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.139.

una áurea tal de sacralización que se llegó a considerar que lo más importante de la pedagogía amigoniana era precisamente el método, y se pretendió, incluso, confundir método con pedagogía, como si toda la riqueza espiritual y cultural de ésta pudiese ser contenida por aquél.

Lo que sí es importante notar ahora es que el método amigoniano fue principalmente expresión del propio *sentimiento pedagógico*. Fue una forma de encauzar ese sentimiento que tiende a ganar el corazón del otro desde el propio corazón, pero sin renunciar a la seriedad, firmeza y fortaleza que se necesita para que los educadores no se conviertan en paternalistas, y para que los alumnos asuman, con todo realismo vital, que el crecimiento en sentimiento y en amor, sólo es posible desde la renuncia libre y gozosa al "yoismo".

El método no cabe duda fue, en ese sentido, un medio importantísimo para armonizar la suavidad con la fortaleza, el cariño con la exigencia... Fue, dicho de otra manera, el mejor medio que se encontró para regular, de alguna manera, el proceso educativo que –en expresión de un amigoniano de primera hora– *es un contrato bilateral que afecta tanto al maestro como al discípulo*²⁸.

De hecho, los grandes principios filosófico–antropológicos que subyacen tras el clásico método amigoniano: *Fortiter in re et suaviter in modo; en la vida todo cuenta y nada se da de balde; a mayor responsabilidad mayor libertad, etc.* son matices y expresiones de un sentimiento que tiene como meta *educar el corazón, fortaleciendo para ello el carácter y la voluntad de la persona concreta e individual*.

Pero el método no agotó el sentimiento

No obstante, la *pedagogía amigoniana* –se ha repetido ya durante esta reflexión, pero hay que subrayarlo de nuevo cuando ya estamos concluyendo– es una realidad mucho más amplia y rica que haya podido ser o pueda seguir siendo su método. Y esa mayor amplitud y riqueza –centrada en el sentimiento educativo que inspiró desde sus mismas raíces cristianas su nacimiento y desarrollo– se hace vida y color en la persona de los educadores que, desde su vocación de artistas –y no de artesanos– encuentran en el método un cauce que no agota su libertad de acción en un momento concreto ni su creatividad e iniciativa ante las situaciones personales.

28 DOS HERMANAS, Bienvenido de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.144.

El método deja de ser así algo frío y automático, pues queda animado, a favor de los educandos, con la llama del amor²⁹.

Por otra parte –y en sintonía con lo anterior– hay que tener presente que la pedagogía amigoniana puede hacerse plenamente presente en una realidad o ambiente concreto, sin que necesariamente tenga que hacerse presente también su método tradicional.

Aún más, desde el núcleo mismo de la pedagogía amigoniana –configurado en torno al sentimiento educativo– hay que afrontar no sólo una revisión del método tradicional –analizando hasta qué punto en la actualidad sus terapias continúan siendo válidas para expresar o conseguir lo que originalmente se quiso, y hasta qué punto hay que articular o introducir otras nuevas–, sino incluso también para elaborar nuevos métodos que respondan mejor a las características de los niños y jóvenes a quienes se orienta o a las características de un ambiente educativo distinto al tradicional.

Pero, además de todo ello –y esto es mucho más importante todavía de cara al futuro– hay que saber retroalimentar, saborear y transmitir el sentimiento educativo propio o, si se prefiere –asumiendo ese mismo sentimiento desde una opción abierta a la trascendencia – el espíritu o *espiritualidad amigoniana*.

Conclusión

Y quisiera ahora, finalizar toda esta reflexión, articulada principalmente entorno al sentimiento educativo amigoniano, recitando unos versos del gran poeta romántico Adolfo Becquer, que están considerados, –precisamente por su carga sentimental– un verdadero poema pedagógico y sobre todo un poema dedicado a la pedagogía reeducativa:

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo,
véase el arpa.
¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!

29 Cf. PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.108.

¡Ay!, pensé; cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: "levántate y anda".

El secreto de devolver a la vida a quien anda como muerto, consiste en definitiva en pulsar, con mano de nieve, es decir, con mano cándida, delicada y tierna, la cuerda sensible de su corazón y despertar así en él el *gusto por la vida* que está como adormecido.

En el principio existía el sentimiento.
El sentimiento era el camino y la meta.
En el sentimiento había vida y color.
Del sentimiento nació el método.
Pero el método no agotó el sentimiento.

BIBLIOGRAFÍA

AMIGÓ Y FERRER, Luis, *Obras Completas*. Madrid. Editorial B.A.C. 1986. Primera edición preparada por los padres Agripino González y Juan Antonio Vives, terciarios capuchinos*.

AA. VV. *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*. Colección de 19 volúmenes, preparada por el padre Fidenciano González Pérez, con textos entresacados de escritos sobre *Legislación y gobierno*, de los escritos del padre *Luis Amigó*, y de los escritos de 19 *educadores amigonianos*.

FATTIZZO, Sebastián, TC, *Padre Luis de Masamagrell. Su vida, semblanza y obra*. Medellín. Editorial Bedout, 1953.

RAMO, Mariano, TC, *Mensaje de Amor y de Redención*. 2 volúmenes. Valencia. Editorial J. Doménech, 1973, 1977.

TERCIARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, en AMIGÓ, Luis, *Constituciones escritas, acomodadas y enmendadas por el Siervo de Dios*, Madrid 1978.

- *Manual de Usos y Costumbres*. Valencia 1911

- *Manual de Usos y Costumbres*. Valencia 1933 y Valencia 1946.

- *Manual Pedagógico*. Valencia 1985 y Medellín–FUNLAM 1987 y 1988.

- *Espiritualidad Amigoniana* (Manual de Espiritualidad) Madrid 1987.

VIVES, Juan Antonio, TC, *Un hombre que se fió de Dios (Luis Amigó, su vida y su obra)*. Roma . Tipografía Aldo Palombi, 1984.

- *Testigos del Amor de Cristo*. Estudio sobre la espiritualidad del padre Luis Amigó y de los Terciarios Capuchinos (Tesis doctoral) Roma. Tipografía Aldo Palombi, 1986.

* Este libro se cita en la presente obra como AMIGÓ, L. OC. El número que se pone a continuación, a menos que se especifique lo contrario, corresponde al número marginal que acompaña dicha edición.

- *Trilogía Amigoniana*. Estudio espiritual en torno al Buen Pastor, la Virgen de los Dolores y Francisco de Asís. Separata de *Pastor Bonus* 46 (1997).

- *Comentario a la Carta Testamento del P. Luis Amigó*, en *Pastor Bonus* 35 (1986) p. 75-114 (Existe en separata)

- *El fondo de su ser, la paz*. Estudio sobre el itinerario espiritual del padre Luis Amigó, en *Pastor Bonus* 45 (1996) p. 63-76 (Existe en separata)

- *Conferencias pronunciadas en la FUNLAM en enero de 1997*, en *Alborada* 45 (1997) n. 310 (Edición especial) p. 4-32.

- *Identidad Amigoniana*. Medellín–FUNLAM 1998.

- *Identidad Amigoniana II*. Medellín–FUNLAM 2000.

ÍNDICE GENERAL

Presentación de la segunda edición	5
Presentación de la primera edición	7
Prólogo.....	9

PARTE I

LUIS AMIGÓ HUMANISTA Y PEDAGOGO

Capítulo I. <i>Breve recorrido por su vida</i>	13
El ambiente familiar	13
Tempranas muestras de sensibilidad social	14
Un fraile y sacerdote cercano a los hombres	15
Las fundaciones, respuesta a necesidades del entorno.....	17
El obispo que no renunció a ser sencillo ni hermano	19
Vivió feliz y murió sonriendo	20
Capítulo II. <i>Su concepción del hombre y de la educación</i>	23
Acompañando a la persona hacia el ideal humano	26
Acompañamiento nacido del corazón	29
Hacia la búsqueda de un método.....	30
Capítulo III. <i>Raíces franciscanas de su antropología y pedagogía</i>	33
La novedad franciscana.....	33
Testigos de humanidad	35
Preferencia por los marginados	36

PARTE II

SOPORTE ANTROPOLÓGICO Y PEDAGÓGICO DE LA AMIGONIANIDAD

Capítulo I. <i>El objetivo, encontrar sentido a la vida</i>	41
Jóvenes apartados del camino de la verdad y del bien.....	41

La felicidad como referente.....	43
Educación del sentimiento	48
Educando desde el sentimiento.....	51
Capítulo II. <i>El medio, fortalecer la voluntad</i>	55
La vida no es light	56
La educación de la voluntad	58
Hacia la autonomía personal, sin engaños ilusorios.....	59
La educación de la fortaleza hoy	61
Capítulo III. <i>El credo, fe ciega en el hombre</i>	63
Importa la persona, no sus actos	66
Esperar contra toda humana esperanza en la recuperación	67
Capítulo IV. <i>El ambiente, familiar</i>	71
Educando a través del grupo.....	72
Educando al menor y a su entorno	74

PARTE III

EL SENTIMIENTO PEDAGÓGICO AMIGONIANO

Capítulo I. <i>Un contrato de simpatía</i>	79
Acogida cariñosa.....	80
Conocimiento por vía del corazón.....	81
Educación desde la cercanía.....	83
Capítulo II. <i>Atención a la individualidad</i>	87
Querer al otro “como es”	89
Preferencia por el más necesitado.....	92
Capítulo III. <i>Fidelidad inquebrantable</i>	93
Fortaleza ante las dificultades.....	95
Dedicación completa, “sin horarios”	96
Capítulo IV. <i>Credibilidad y testimonio</i>	99
Testimonio hecho vida en el compartir	101
Testimonio descomplicado, sencillo y alegre	102
Testimonio generador de familiaridad.....	103

PARTE IV
ESPIRITUALIDAD Y PEDAGOGÍA

Capítulo I. <i>El carisma amigoniano un nuevo talante de ser y hacer ...</i>	107
Un crecimiento unitario en amor	107
Acentos particulares del carisma amigoniano	112
La espiritualidad, fuente de sabiduría pedagógica.....	114
Modelos de la amigonianidad	118
Capítulo II. <i>Tras el Buen Pastor</i>	121
Tonalidades del amor misericordioso	124
El evangelio de la misericordia.....	127
Capítulo III. <i>Madre del dolor, madre del amor</i>	131
Sentido pascual del dolor.....	132
María en la tradición amigoniana	135
Los dolores, siete lecciones de amor	136
Capítulo IV. <i>Con el estilo del servidor</i>	145
La grandeza de servir	146
Las bienaventuranzas, ocho formas de servir	149

APÉNDICE

Conferencia I. <i>Relación existente entre carisma y pedagogía</i>	161
Conferencia II. <i>Perspectiva humanista</i>	179
Conferencia II. <i>Entre el método y el sentimiento</i>	189
Bibliografía.....	201

